

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TESIS DOCTORAL

LA TRANSFERENCIA Y SUS DESTINOS.
La posición del analista frente a la invención
psicótica

DOCTORANDO: ERNESTO VETERE

DIRECTOR: ROLANDO KAROTHY

CO-DIRECTOR: JORGE ZANGHELLINI

AÑO 2012

A Lucía y Agustín, mis maravillosos hijos

A Leticia, mi entrañable compañera

A la memoria de Jorge Zanghellini

INDICE

INTRODUCCIÓN	5
PRIMERA PARTE: CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS	
Capítulo 1. Antes de Lacan: el legado freudiano	10
El escepticismo de Freud	10
La enseñanza de Schreber	12
Capítulo 2. Lacan con Aimée	16
Primer anudamiento entre amor y saber en la transferencia psicótica	16
La publicación de los escritos de Aimée	19
¿Qué es el saber?	20
La “Aimée” de Lacan	22
Capítulo 3. Lacan con Schreber	25
La función del secretario	25
El testimonio de Schreber	29
La necesidad de reconocimiento del psicótico	32
Sumisión completa a las posiciones subjetivas del analizante	36
Capítulo 4. Lacan con Lol V. Stein	45
El vestido del amor y su caída	45
El ‘cuidado demasiado cercano’ de Jacques Hold	53
Capítulo 5. Lacan con Joyce	57
La clínica nodal	57
La escritura de Joyce, la lectura de Lacan	59
El saber-hacer con la lengua	61
El cuerpo y el ego	64
El nombre propio de James Joyce	66

Desde la singularidad de Joyce hacia una teoría del <i>sinthome</i>	68
Capítulo 6. Después de Lacan: diferentes perspectivas de investigación	70
La posición de otros autores	70
Nuestra perspectiva de investigación	79
Aspectos teóricos	79
Aspectos epistemológicos y metodológicos	84
Consideraciones epistemológicas del psicoanálisis como método terapéutico y de investigación	84
Estudio de casos	91
Metodología de nuestra investigación	94
SEGUNDA PARTE: ESTUDIO DE CASOS CLÍNICOS	
Capítulo 7. Saber, objeto y amor en la transferencia psicótica	100
La noción de disparidad subjetiva	100
La transferencia y su disparidad subjetiva por el lado del saber	101
La transferencia y su disparidad subjetiva por el lado del objeto	105
Caso Gabriel	108
La amistad en la transferencia psicótica	113
Capítulo 8. El padre del nombre y los nombres del sujeto en las psicosis	120
Del Nombre-del-Padre al Padre del nombre	121
Primeras apariciones del Nombre-del-Padre	121
La metáfora paterna	122
El seminario interrumpido	125
La castración del padre	126
<i>Les non dupes errent/Les noms du père</i>	127
La función nombrante del padre en <i>RSI</i>	128
La falla en la función de nominación	129
Caso Carlos	131
Un nombre sin padre, un hijo sin nombre	131

Un hombre en busca de un nuevo nombre	135
Capítulo 9. El psicoanálisis en la época: cuerpo y lenguaje	137
La normalidad de las psicosis	137
El cuerpo para el discurso posmoderno	139
Estructura y funcionamiento del discurso capitalista	141
¿Qué es el cuerpo para el psicoanálisis?	146
Caso Juan	152
Capítulo 10. Consistencias del cuerpo en las psicosis	156
La falta de agresividad frente a la intrusión del semejante	156
La ‘lucha sorda’ de Aimée	157
El estadio del espejo	161
La segunda versión del estadio del espejo	166
El cuerpo como consistencia	168
Caso Alejandro	171
Capítulo 11. El artificio de la transferencia	179
La transindividualidad del inconciente	179
Sobre la clínica de las psicosis a partir del <i>sinthome</i>	183
El <i>saber-hacer</i>	186
La función del <i>artífice</i>	188
Caso Pablo	195
CONCLUSIONES	199
La destinación de la transferencia	199
La ética del saber-hacer	201
El saber-hacer del analista	208
Posición y función del analista en la transferencia psicótica	210
BIBLIOGRAFÍA	212

“Los hombres no han nacido para morir, sino para inventar”

Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*¹

¹ Paráfrasis de la famosa expresión de Hannah Arendt: “Los hombres, aunque han de morir, no nacieron para morir, sino para innovar”.

INTRODUCCIÓN

La clínica psicoanalítica es esencialmente transferencial también en el abordaje de las psicosis. Esta afirmación constituye el punto de partida de una investigación que se propone un exhaustivo estudio de la *transferencia*, en las psicosis y desde las psicosis.

En un extremo, las psicosis nos muestran la radical imposibilidad del desarrollo de un análisis cuando, por diferentes razones, la entrevista con el psicótico se transforma en un puro desencuentro. No obstante, en muchas otras ocasiones, las psicosis también nos enseñan el notable valor que la capacidad de *invención* del sujeto tiene para la transferencia y por ende, para la eficacia misma del tratamiento. De este tipo de casos nos ocuparemos fundamentalmente en este trabajo.

Entre fracasos e invenciones entonces fuimos avanzando en nuestra práctica clínica. Esta tesis representa uno de los modos que elegimos para poder formalizarla. En las páginas que siguen revisitamos algunas de las nociones centrales de la teoría psicoanalítica e íntimamente anudadas a la de transferencia -tales como sujeto, cuerpo, lenguaje, objeto, deseo, goce, amor, saber, *sinthome*-. La puesta en relación de estas nociones -con la consecuente reformulación conceptual de las mismas-, está orientada por la perspectiva que le imprime nuestra pregunta de investigación: *¿cuáles son las particularidades de la posición del analista en la transferencia psicótica?*

El eje metodológico que vertebra las articulaciones teórico-prácticas que recorren nuestra tesis, es el *estudio de casos*.

Introducción

En un primera parte, destinada a la construcción del marco teórico en el que se inscribe nuestra investigación, el estudio de casos nos aporta un criterio ordenador para sumergirnos en la vasta y compleja enseñanza de Jacques Lacan. Sus encuentros con Aimée, Schreber, Lol V. Stein y James Joyce son los hitos escogidos para poder surcar su camino y extraer de allí las ideas más consistentes y estimulantes para nuestra tarea.

En la segunda parte de la tesis, nos dedicamos al análisis de cinco casos pertenecientes a nuestra propia experiencia clínica en el ámbito de las psicosis. En este contexto, entendemos por “caso” el relato elaborado acerca de las configuraciones transferenciales establecidas entre analizante y analista. Desde la singularidad despejada en cada uno de estos fragmentos clínicos, examinamos algunas de las temáticas antes apuntadas y asociadas intrínsecamente al análisis de la transferencia en las psicosis.

Por último, el presente escrito propone una tercera instancia de articulación clínico-conceptual: el espacio de las conclusiones. A partir del estudio comparativo de los casos trabajados, destacando aquí no sólo las singularidades recién mencionadas sino también el uso instrumental que de ellas podamos realizar, recortamos los elementos comunes encontrados con el propósito de efectuar un análisis más estructural respecto de nuestro objeto de investigación.

En sintonía con el valor que le otorgamos al estudio de casos, esta tesis tiene como finalidad la transmisión de un saber original y rigurosamente fundamentado sobre la posición del analista en la transferencia psicótica que pueda incidir con mayor eficacia en nuevos tratamientos con analizantes psicóticos.

Introducción

Los distintos momentos transitados durante este proceso de investigación, si bien estuvieron signados por esa inspiradora soledad que todo acto de escritura necesita, contaron, a su vez, con el acompañamiento de muchas personas con quienes compartimos la inmensa alegría que nos produce la publicación de este texto. Vaya entonces nuestro más profundo agradecimiento...

A Leticia Muñiz Terra, por su amorosa compañía, por su permanente incentivo y por su admirable saber-hacer disciplinar.

A mis padres y a mi hermana, por el cariño históricamente dispensado y por la transmisión del deseo de saber.

A Rolando Karothy y Jorge Zanghellini, por causar tempranamente un apasionado interés por el psicoanálisis.

A Walter Cortazzo, por los amistosos y enriquecedores diálogos compartidos.

A María Elina Hiriart, por su confianza y por la transmisión de su ética en los comienzos de mi práctica clínica.

A Francisco Senegaglia, por compartir el arte de la política y de las letras.

A los directivos, profesionales y personal de la Clínica Neuropsiquiátrica San Agustín de La Plata, mi lugar de encuentro con la clínica de las psicosis y que dejó marcas indelebles en mi formación como analista.

A Celeste Di Camillo, Liza Alberdi, Celia Caminos, Miriam Figliuolo, Claudia Pegoraro, Ruben Goldberg y demás compañeros de Lazos Institución Psicoanalítica de La Plata, por las transferencias de trabajo siempre renovadas y dirigidas a nuestra comprometida tarea de transmisión del psicoanálisis.

A Maximiliano Antonietti, Julia Germani, Marisa Badr y demás compañeros de la Cátedra de Teoría Psicoanalítica de La Plata, por aquellos luminosos años de trabajo compartido.

Introducción

A las autoridades de la Facultad de Psicología de La Plata y de la Universidad Nacional de La Plata, por la aprobación del proyecto de tesis y el otorgamiento durante cuatro años consecutivos de una beca de formación que permitió una mayor dedicación de tiempo al trabajo de investigación.

A los alumnos, colegas, participantes de grupos de estudio y supervisantes de los Hospitales Dr. Alejandro Korn de Melchor Romero, Dr. Rodolfo Rossi de La Plata y Dr. Mario Larrain de Berisso, por nuestros animados y fructíferos intercambios.

A Juan Carlos Volpatti, por el modo en el que supo escucharme.

Y muy especialmente, a mis queridos analizantes, por sus enseñanzas sobre el psicoanálisis y sobre la vida misma.

PRIMERA PARTE.

CONSIDERACIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS

CAPÍTULO 1.

ANTES DE LACAN: EL LEGADO FREUDIANO

“...nada hubo comparable a la manera en que procede con Schreber. ¿Qué hace? Toma el libro de un paranoico, cuya lectura recomienda platónicamente en el momento en que escribe su propia obra -no dejen de leerlo antes de leerme- y ofrece un desciframiento champollionesco, lo descifra del mismo modo en que se descifran los jeroglíficos. Entre todas las producciones literarias del tipo del alegato, entre todas las comunicaciones de quienes, habiendo pasado más allá de los límites, hablan de la extraña experiencia que es la del psicótico, la obra de Schreber es ciertamente una de las más llamativas. Hay allí un encuentro excepcional entre el genio de Freud y un libro único”.

Jacques Lacan, *Seminario 3, Las psicosis.*

El escepticismo de Freud

Examinar la posición de Freud respecto de las psicosis no es tarea sencilla. Sabemos que la obra del maestro vienés nos compele a un trabajo de relectura constante y a un rastreo minucioso de las distintas formulaciones vertidas a lo largo de su rica y vasta producción intelectual. Confesadas estas dificultades, proponemos subrayar, en relación con la temática que nos convoca, dos cuestiones centrales, tan contradictorias como articulables entre sí. La primera de ellas consiste en lo que se dio en llamar el “escepticismo freudiano”, concerniente a la eficacia del método psicoanalítico en las psicosis. Freud sostiene la inadecuación del dispositivo analítico para el tratamiento de estos casos sobre una razón decisiva: no hay transferencia en las psicosis. Esta taxativa e inquietante afirmación -por lo menos para los freudianos que desarrollamos

cotidianamente nuestra práctica con analizantes psicóticos- es introducida por Freud en 1906 y mantenida durante toda su obra.²

Brevemente presentamos el planteo freudiano, solidario de su teoría del narcisismo: en los psicóticos se produce un extrañamiento del mundo exterior, se resignan las investiduras de objeto y se reproduce un estado de narcisismo primitivo. Este estado los vuelve incapaces de transferir una porción de libido y ligarla a un objeto -entre los cuales podría estar un analista-. A partir de estos desarrollos, Freud establece su conocida nosología: neurosis de transferencia y neurosis narcisistas o psicosis. Y como la clínica psicoanalítica es esencialmente transferencial, Freud dirá consecuentemente que “las neurosis de transferencia (histeria y neurosis obsesiva) son los genuinos objetos de la terapia psicoanalítica mientras que las otras, las neurosis narcisistas, si bien permiten su indagación con ayuda del psicoanálisis, deparan dificultades de principio al influjo terapéutico”.³

Para esclarecer la argumentación de Freud respecto de la tesis planteada podemos remitirnos a varios pasajes de su obra, uno de ellos las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), 27ª conferencia titulada *La transferencia*. Extraemos los dos últimos párrafos del artículo: “Les prometí hacerles comprensibles, con el auxilio del hecho de la transferencia, la razón por la cual nuestro empeño terapéutico no tiene resultado alguno en las neurosis narcisistas (...) La observación permite conocer que los que adolecen de neurosis narcisistas no tienen ninguna capacidad de transferencia o sólo unos restos insuficientes de ella. Rechazan al médico, no con hostilidad, sino con indiferencia. Por eso éste no puede influirlos; lo que dice los

² *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, tomo I: 1906-1908, Sesión del 21 de noviembre de 1906, págs. 81-82.

³ Sigmund Freud: “Breve informe sobre psicoanálisis” (1924), en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, tomo XIX, pág. 215.

deja fríos, no les causa ninguna impresión, y entonces no puede establecerse en ellos el mecanismo de curación que implantamos en los otros, a saber, la renovación del conflicto patógeno y la superación de la resistencia de la represión. Permanecen tal cual son. A menudo ya han emprendido intentos de curación por cuenta propia, los que han llevado a resultados patológicos; nada podemos modificar ahí (...) Sobre la base de impresiones obtenidas en la clínica habíamos aseverado que en estos enfermos debía de haberse resignado la investidura de objeto, trasponiéndose la libido de objeto en libido yoica. Por este rasgo los habíamos separado del primer grupo de neuróticos (histeria, neurosis de angustia y neurosis obsesiva). Y bien; su conducto frente al intento terapéutico confirma aquella conjetura. No muestran transferencia alguna y por eso son inaccesibles para nuestro empeño; no podemos curarlos”.⁴

La enseñanza de Schreber

Pero la lectura del texto freudiano no puede ser unívoca. A pesar de esta cuestionable concepción acerca de la inanalizabilidad de las psicosis, Freud somete a un riguroso examen el delirio paranoico del ex presidente del Superior Tribunal de Sajonia, el doctor en jurisprudencia Daniel Paul Schreber, escrito autobiográficamente y publicado bajo el título de *Memorias de un enfermo nervioso*.⁵ Las *Memorias...* constituyen el alegato de defensa utilizado por Schreber para conseguir la libertad del asilo en el que estuvo internado durante varios años. En este libro, Schreber relata detalladamente sus martirizantes padecimientos -insomnio, ideas hipocondríacas y de persecución, alucinaciones visuales y auditivas, sensaciones corporales de fragmentación, entre otros- y con lógica agudeza expone el contenido de su sistema

⁴ *Ibid.*, tomo XVI, págs. 406-407.

⁵ Daniel Paul Schreber: *Memorias de un enfermo nervioso*, Libros Perfil, Buenos Aires, 1999.

delirante que, resumido en pocas palabras y siguiendo la lectura freudiana, se trataba de un delirio de persecución sexual transformado luego en un delirio religioso de grandeza, en el cual el paciente se sentía llamado a redimir al mundo y a devolverle la bienaventuranza perdida. Y creía que, para la consecución de este providencial fin, era necesaria su emasculación; a través de su mudanza en mujer y de la fecundación directa de Dios gestaría hombres nuevos salvadores del mundo.

Freud interpreta analíticamente este material ubicando en primer plano, precisamente, la transferencia establecida entre Schreber y el consejero privado doctor Flechsig, su primer médico. Encontramos así el segundo punto que queríamos acentuar: la única forma de analizar el discurso de un sujeto, siguiendo la enseñanza del propio Freud, es mediante la consideración de la dimensión transferencial en juego.

Flechsig ocupó en el delirio de su paciente el lugar del perseguidor; es más, Schreber lo acusa directamente de ser el autor de lo que denomina “almicidio”, es decir, del asesinato de almas que ha provocado una grave crisis en los reinos de Dios. Flechsig es un “alma probada”, “...hinchida solamente del afán egoísta de autoconservación y del despliegue, contrario al orden cósmico, de su poder en contra de la omnipotencia de Dios”.⁶ Tal es el poder que, según Schreber, Flechsig detenta no solamente sobre su persona sino sobre el mundo entero. Y si bien es cierto que, en muchas ocasiones, el perseguidor tiene un sitio asegurado en la estructura psicótica, esto no desresponsabiliza al psiquiatra, al terapeuta o al analista de las maniobras fallidas que puedan realizar para conducirse directamente a ese lugar, desde el cual, por supuesto, ya no podrán alojar el testimonio del psicótico. La falta de Flechsig fue no mostrar su falta; al ubicarse como portador absoluto del saber, no dejó lugar para la verdad del sujeto.

⁶ *Ibid.*, cap. VIII: “Experiencias personales durante la permanencia en el hospital del doctor Pierson. Almas probadas”, pág. 137.

La posición de Flechsig en el tratamiento queda claramente establecida ya desde la primera entrevista con su paciente. Sobre la misma Schreber comenta: “Siguióse una larga conversación, en la cual el profesor Flechsig, no puedo negarlo, desplegó una elocuencia sobresaliente que no dejó de producir un profundo efecto sobre mí. Habló de los progresos que había hecho la psiquiatría desde mi primera enfermedad, de los somníferos recientemente descubiertos, etc, y me dio la esperanza de que toda la enfermedad (...) -desaparecería- mediante un solo sueño prolongado...”.⁷ Ante esta omnipotente ostentación de saber el sujeto responde con un persistente insomnio y un intento de suicidio. El sujeto se vio obligado a aparecer en ese rechazo radical ante la posición desubjetivante del Otro, encarnado en Flechsig transferencia paterna mediante.

Con las elucidaciones precedentes, estamos ya en condiciones de realizar una primera puntuación respecto del lugar del analista en la transferencia psicótica: escuchando a Schreber entendimos lo riesgoso que es para el paciente -como también para el analista- ocupar un lugar de Otro todopoderoso que sabe todo lo que al paciente le pasa. Esto no es transferencia, es sólo sugestión, que condena al sujeto a ser despojado de su condición de tal, reduciéndolo al silencio o a la captura en el dolor de la locura. La posición de Flechsig es la del alienista, que podemos caracterizar, en forma sucinta, diciendo que para él la palabra del loco no tiene sentido; que el loco vive encerrado en sí mismo y es imposible un verdadero diálogo con él; que no hay verdad en su decir y que no es responsable de lo que dice y hace. Así, el alienista interpone entre su paciente y él un muro segregativo, lo que Allouch denomina “la roca de la alienación”.⁸

⁷ *Ibíd.*, cap. IV: “Experiencias personales vividas durante la primera y al comienzo de la segunda enfermedad nerviosa”, pág. 85.

⁸ Jean Allouch: *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*, E.P.E.L, París, 1990, capítulo 14, “De la transferencia psicótica”, pág. 601.

Capítulo 1. Antes de Lacan: el legado freudiano

En consecuencia, sugerimos comenzar delineando la posición del analista a partir de su antagonismo con la del alienista. ¿Cómo derribar el muro, la roca de la alienación? Freud nos pone en la pista: acoger el testimonio del psicótico y reconocer verdad en su decir.⁹ Es lo que él efectuó en su análisis del texto schreberiano. Lacan así nos lo recuerda: “la soltura que se permite Freud en este asunto es simple pero decisiva: introduce en él al sujeto en tanto tal, lo cual significa no evaluar al loco en términos de déficit y de disociación de funciones”.¹⁰

⁹ Tal es así que Freud termina su análisis de las *Memorias* ubicando en serie su teoría de la libido -y de la paranoia- con la de los “rayos divinos” de Schreber: “Queda para el futuro decidir si la teoría contiene más delirio del que yo quisiera, o el delirio, más verdad de lo que otros hallan hoy creíble” (Sigmund Freud: “Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”, en *op. cit.*, tomo XII, pág. 72).

¹⁰ Jacques Lacan: “Presentación de la traducción francesa de las *Memorias* del presidente Schreber”, en *Intervenciones y textos II*, Manantial, Buenos Aires, 1988, pág. 29.

CAPÍTULO 2.

LACAN CON AIMÉE

“Oh niña, oh muchachas que mueren, flores blancas derribadas por una guadaña sorda, riente ojo de agua secado, ocultado por el negro y sublime misterio del globo, paloma caída del nido y que hila su sudario sobre el suelo asesino, frágil pecho de pájaro expirante en el pico ensangrentado del gavilán, negra visión, ¡cómo sois amadas!”.

Marguerite Anzieu, *El detractor*.

Primer anudamiento entre amor y saber en la transferencia psicótica

En 1932 Lacan escribe su tesis de psiquiatría sobre el caso “Aimée”.¹¹ Siendo Jefe de Clínica en Sainte-Anne, comienza a entrevistar a esta paciente internada luego de un pasaje al acto homicida. Su verdadera identidad se revela recién en 1986: se trata de Marguerite Anzieu, la madre del psicoanalista Didier Anzieu. Esta información sirvió para profundizar el estudio de la historia familiar y enriquecer así las nuevas lecturas de la tesis lacaniana a las que se abocaron algunos analistas y que dieron lugar incluso a la publicación de artículos y libros especialmente recomendables.¹²

Lacan toma a este caso como un “prototipo” que le permitirá introducir una nueva entidad clínica: la *paranoia de autocastigo*. Para hacerlo, y orientando su investigación a partir de la máxima clásica “la naturaleza de la curación nos demostrará

¹¹ Jacques Lacan: *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Siglo XXI editores, México, 1985.

¹² Entre ellos mencionamos los siguientes: Jean Allouch: *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée*, Epele-SITESA, México, 1995; Silvia Tendlarz: *Aimée con Lacan. Acerca de la paranoia de autopunición*, Editorial Lugar, Buenos Aires, 1999; Marie-Magdeleine Chatel: “A falta de estrago, una locura de la publicación”, en *Littoral* n° 17, Edelp, Córdoba, 1994.

la naturaleza de la enfermedad”, se propone interpretar la evidente reducción del delirio de la paciente: “...a los veinte días de haber sido encarcelada, y con un carácter de brusquedad muy nítido, sanó la psicosis manifestada por el delirio, con sus diferentes temas. A partir de entonces, nuestra paciente ha permanecido en el asilo, y la curación se ha mantenido hasta el presente, o sea durante un año y medio (...) Todo el delirio y todos sus temas, lo mismo los temas de idealismo altruista y de erotomanía que los de persecución y celos -“el delirio bueno y el malo”, según la expresión de la enferma-, caen de un solo golpe”. Más adelante se dedica a un intento de justificación de este novedoso diagnóstico de paranoia de autopunición: “(...) algo ha cambiado del lado de la agresora. Aimée ha realizado su castigo: ha experimentado lo que es esa compañía de delincuentes diversas a que se ha visto reducida; ha entrado en contacto brutal con sus hazañas, sus costumbres, sus opiniones y sus exhibiciones cónicas para con ella; ha podido palpar la reprobación y el abandono de todos los suyos; y de todos, con excepción de esas mujeres cuya vecindad le inspira una viva repulsión. Lo que Aimée comprende, entonces, es que *se ha agredido a sí misma*, y paradójicamente sólo entonces experimenta el alivio afectivo (llanto) y la caída brusca del delirio, que caracterizan la satisfacción de la obsesión pasional.

Se ve adonde estamos llegando. El atentado contra la señora Z. seguiría siendo enigmático si un número enorme de hechos objetivos no impusieran ya ahora a la ciencia médica la existencia y el inmenso alcance de los mecanismos psíquicos de *autocastigo* (...) El análisis de sus correlaciones subjetivas u objetivas permite demostrar que estos mecanismos tienen una génesis social, y es eso lo que expresa el

término *autocastigo* con que se les designa, o bien el de *sentimientos de culpabilidad*, que representa el lado subjetivo”.¹³

Lo que queda sin desarrollar en el análisis del material clínico -incluyendo el establecimiento del diagnóstico, recién transcrito- es el estudio de la transferencia desplegada entre médico y paciente. No podemos pasar por alto el hecho de que estamos en tiempos donde Lacan todavía es psiquiatra. A pesar de ello, podemos resaltar que en el detallado informe que él presenta ya muestra cierto interés por las características de la relación terapéutica, haciendo mención por ejemplo a la existencia de una nascente erotomanía¹⁴ -a la que volverá a referirse con mayor énfasis muchísimos años más tarde, en 1975-.¹⁵ Pero además y fundamentalmente, algunas de las intervenciones que ensaya nos señalan qué otras inquietudes lo animaban ya en esa época. Intervenciones que van a ir anticipando algunas marcas distintivas de su posicionamiento ético frente al sufrimiento humano.

En este sentido, quisiéramos comenzar subrayando el marcado interés de Lacan por las producciones literarias de su paciente: “Ya hemos mencionado e incluso citado ciertos escritos de la enferma. Vamos a detenernos ahora en las producciones propiamente literarias que ella destinaba a la publicación.

El interés de su singularidad justificaría por sí solo el lugar que le concedemos; pero es que, además, tienen un alto valor clínico desde un doble punto de vista. Estos

¹³ Jacques Lacan: *De la psicosis paranoica...*, op.cit., págs. 226-227.

¹⁴ “En los interrogatorios ulteriores la enferma da muestras de mayor confianza, y a veces hasta de jovialidad, con alternancias de desaliento algunos días. El humor, sin embargo, se mantiene siempre en una tonalidad media, sin la menor apariencia ciclotímica. Por lo demás, sus relaciones con el médico no están exentas de un eretismo imaginativo vagamente erotomaniaco” (*Ibíd.*, pág. 143).

¹⁵ Jacques Lacan: *Conferencias y charlas en universidades norteamericanas*, inédito en español, traducción de Rodríguez Ponte (Versión francesa publicada en *Scilicet*, 6/7, Éditions du Seuil, París, 1976).

escritos nos informan acerca del estado mental de la enferma en la época de su composición; y, sobre todo, nos permiten captar en vivo ciertos rasgos de su personalidad, de su carácter, de los complejos afectivos y de las imágenes mentales que la habitan, y estos puntos de vista suministrarán unos materiales preciosos para nuestro estudio de las relaciones del delirio de la enferma con su personalidad”.¹⁶

La publicación de los escritos de Aimée

Pero el tratamiento que Lacan le otorga a esos escritos va aún más lejos: “Tenemos, en efecto, la fortuna de poder publicar, siquiera sea parcialmente, esas dos novelas que la enferma, después de recibir la negativa de varias editoriales, envió como último recurso a la corte de Inglaterra”.¹⁷ Cabe recordar que estas dos novelas, *Le Detracteur (El detractor)* y *Sauf votre respect (Salvo vuestro respeto)*, fueron elaboradas en los ocho meses que precedieron al atentado. La tan ansiada y necesaria publicación de estos textos encontró un agente de efectuación en Lacan, quien se encargó de incluir extensos extractos de los mismos dentro de su tesis doctoral. ¿Por qué no suponer que uno de los resortes de la cura para este caso pudo haberse apoyado en esta decisión de Lacan?

Fue tal su compromiso con los escritos de la paciente, que el seudónimo que eligió para ella es precisamente el nombre de la heroína de las novelas: “Aimée”. A partir de esta denominación, y con el fin de recortar qué es lo que su análisis aporta para nuestro marco teórico, intentaremos destacar algunas de las profundas consecuencias que tuvo para la formación del, en aquel entonces, joven psiquiatra así como para su

¹⁶ Jacques Lacan: *De la psicosis paranoica...*, op.cit., pág. 161.

¹⁷ *Ibíd.*, págs. 161-162.

posterior enseñanza como analista, la singular transferencia construida entre él y Aimée. El excepcional encuentro con esta paciente “verdaderamente conmovedora” lo llevará, como él mismo afirma, hacia Freud pero también hacia R. Loewenstein, con el que desarrolla su análisis durante seis años. Cabe anotar además que, durante el transcurso de este análisis, en 1936, comienza su práctica clínica como analista. Años decisivos para su definitiva inserción en el campo del psicoanálisis y en la que tuvo una notable incidencia su trabajo con Aimée y con las psicosis. ¿De qué manera? Adelantamos nuestra conjetura para luego pasar a fundamentarla: creemos que, valiéndose del vínculo transferencial con su paciente, Lacan pudo enlazar un primer anudamiento entre el amor y el saber; llamará Aimée a aquella que, para él, encarna la figura que más tarde designará con el nombre de *sujeto supuesto saber*.¹⁸

¿Qué es el saber?

No dejará de referirse a ella a lo largo de toda su obra ni de reconocerla como sabedora. Por ejemplo, casi cuarenta años después de aquel encuentro dirá: “[...] hay algo que me intrigó y que me hizo deslizar suavemente hacia Freud [...] puede parecer sorprendente el que haya sido la psicosis la que me condujo a esa pregunta. Gracias a Freud pude planteármela realmente. La pregunta es: ¿qué es el saber? [...] es una cuestión que me atrapó debido a la paciente de mi tesis; Aimée sabía. De manera simple, ella confirma aquello de lo que partí, como ustedes se habrán dado cuenta: Aimée inventaba. Por supuesto, esto no es suficiente para asegurar, para confirmar, que

¹⁸ Si bien la primera aparición de la noción de *sujeto supuesto saber* la podemos encontrar en la primera clase del *Seminario 9* sobre la identificación, Lacan la retoma en el *Seminario 11* -especialmente en las clases dictadas el 22/04; 3 y 10/06 de 1964- y es allí donde la sitúa como el fundamento de la transferencia -y la retoma precisamente en relación con la psicosis, a través de la idea de *discordancia*-.

el saber se inventa, porque, como se dice lo que ella hacía era desbarrar. Pero fue así como me abordó la sospecha. Por supuesto, yo no lo sabía”.¹⁹ Tomando como eje central al saber, Lacan presenta una triangulación entre su paciente, él mismo como analista de ella y Freud. En una de las conferencias dictadas en la universidad de Yale, en 1975, declara: “Yo me permití a mí mismo ser coherente, y pensé que una persona que sabía siempre tan bien lo que hacía, sabía también a qué la llevaría eso, y es un hecho que su estadía en prisión la calmó. De un día para otro desaparecieron sus hasta entonces rigurosas elucubraciones. Yo me permití -tan psicótico como mi paciente- tomar esto en serio y pensar que, si la prisión la había calmado, ahí estaba lo que ella había realmente buscado. También di a eso un nombre más bien bizarro: lo llamé ‘paranoia de autocastigo’. Evidentemente, quizá era llevar la lógica un poco lejos. Y eso me hizo observar que había en Freud algo del mismo orden”.²⁰

Tal como se puede apreciar, Lacan supone que su paciente no está sin saber lo que le hace saber sobre su goce. Lacan se deja llevar subjetivamente hacia ese reconocimiento, suscitado a su vez por la posición de Aimée respecto del saber. La relación de Marguerite con el saber lo conduce a quedar “atrapado” por la pregunta “¿qué es el saber?”, interrogante que debía llevarlo a su vez a Freud y que, a fin de cuentas, sólo con Freud pudo terminar de formularse.²¹ Podemos sostener, entonces, que el vínculo transferencial establecido entre el joven psiquiatra y su paciente psicótica no se cerraba allí, entre ambos, sino que, por el contrario, se revelaba abierto hacia

¹⁹ Jacques Lacan: *Seminario 21, Los no incautos yerran o los nombres del padre*, inédito, versión CD, clase del 19/02/1974.

²⁰ Jacques Lacan: *Conferencias...*, op.cit., pág. 6.

²¹ “Tampoco les he dicho todo lo que he recorrido antes de interesarme en los psicóticos y antes de que ellos me condujeran a Freud, habiendo simplemente subrayado que, en mi tesis, yo me encontraba aplicando el freudismo sin saberlo”, en *Ibíd.*, pág. 11.

Freud; y no solamente hacia él pues Lacan con la denominación “Aimée” y con algunas de las intervenciones que realiza, declara públicamente su amor hacia Aimée a través de su tesis.

Posición del analista que entra en consonancia con los desarrollos posteriores de Lacan acerca de la articulación entre el amor y el saber, y, fundamentalmente, con el hecho siguiente: que el amor se dirige esencialmente al saber.

La “Aimée” de Lacan

Podríamos inclusive avanzar un paso más, si correlacionamos el signo público por parte de Lacan de su amor hacia Marguerite y los tangibles indicadores de una falta de amor, señalados en la tesis a propósito de Aimée, la heroína de *Le Détracteur*, y sobre los que el autor francés volverá muchos años más tarde. En la primera de las conferencias dictadas en las universidades norteamericanas en 1975, Lacan comenta: “Es cierto que yo llegué a la medicina porque tenía la sospecha de que las relaciones entre hombre y mujer desempeñaban un papel determinante en los síntomas de los seres humanos. Eso me ha empujado progresivamente hacia aquellos que no han tenido éxito en eso, puesto que se puede ciertamente decir que la psicosis es una suerte de bancarrota en lo que concierne al cumplimiento de lo que es llamado `amor´. En el dominio del amor, la paciente de la que les hablaba podía seguramente [detestar] la fatalidad. Y yo quisiera terminar con esta palabra”.²²

En su tesis Lacan pone de relieve las características de la “aspiración amorosa” de la paciente, el modo en el que se inserta en su discurso y en la realidad de su vida

²²*Ibíd.*, pág. 13.

afectiva: “Al lado de él (un sentimiento de la naturaleza) se expresa una aspiración amorosa cuya manifestación verbal es tanto más tensa cuanto más discordante está en realidad con la vida, y cuanto más condenada al fracaso. En esa aspiración se revela una sensibilidad que podemos calificar de esencialmente “bovarista”, refiriéndonos directamente con esta palabra al tipo de heroína de Flaubert. Esta discordancia afectiva se aviene muy bien con la aparición incesante de movimientos que se acercan a la sensibilidad infantil: revelaciones repentinas de un pensamiento fraternal, salidas en busca de aventura, pactos, juramentos, vínculos eternos”.²³ Elegimos algunos pasajes de la novela *El detractor* -dedicada al Príncipe de Gales- que dan cuenta de dicha discordancia afectiva:²⁴

-“Ella se siente en recogimiento a la ventana sin lámpara. Ella piensa en el novio desconocido. ¡Ah! ¡si hubiera uno que la ame, que la espere, que le diera sus ojos y sus pasos por ella!”

-“El amor es como un torrente, no trates de detenerlo en mitad de su carrera, de aniquilarlo, de ponerle diques, lo vas a creer subyugado y él te anegará. ¡Las fuentes son tan inmutables cuando vienen del corazón de la tierra que cuando vienen del corazón del hombre!”

-“Toma mi mano, te la doy/ Pues desde el día en que te vi/ No amo a Dios como solía/ Lo amo más, lo amo menos/ ¿Es él o eres tú a quien amo?/ ¡Tú eres, sin dudar, el mismo!”

²³ Jacques Lacan: *De la psicosis paranoica...*, op.cit., pág. 164.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 165 y siguientes.

Capítulo 2. Lacan con Aimée

Ahora bien, presentada esta primera relación entre amor y saber en la transferencia psicótica, nos preguntamos: ¿qué otras particularidades definen la posición del analista para Lacan en este mismo caso? Las intervenciones que él realiza en la transferencia con Aimeé nos aportan una pista, a la cual consideramos al mismo tiempo, un anticipo de lo que, una vez comenzada su labor y enseñanza psicoanalíticas, formalizará como la *función del secretario*.

CAPÍTULO 3.

LACAN CON SCHREBER

“Me fueron dadas luces raras veces dadas a un mortal”.

Daniel Paul Schreber, *Memorias de un enfermo nervioso*.

La función del secretario

El seminario dictado por Lacan en los años 1955 y 1956 es dedicado íntegramente al tema de las psicosis. Allí analiza la posición del psicótico tomando como referencia ya no el caso Aimée sino las *Memorias...* de Schreber. En sintonía con uno de los planteos principales de esta primera época de su enseñanza psicoanalítica, a saber, la primacía del registro de lo simbólico por sobre los otros dos restantes, lo imaginario y lo real, realizará esta lectura situando en primer plano la relación del sujeto con el significante. Y una de las cuestiones centrales de este seminario es, a nuestro entender, la consecuente preocupación de Lacan por despejar el lugar y la función que pueden caberle al analista en el tratamiento de las psicosis. A dicha función la llamará, como adelantamos en el final del capítulo anterior, *función del secretario*.

Nos detendremos en la clase del 25 de abril de 1956, titulada precisamente “Secretarios del alienado” y donde Lacan, entre otras cosas, formula su conocida propuesta: “Aparentemente nos contentaremos con hacer de secretarios del alienado. Habitualmente se emplea esta expresión para reprochar a los alienistas su impotencia

Pues bien, no sólo nos haremos sus secretarios, sino que tomaremos su relato al pie de la letra; precisamente lo que siempre se consideró que debía evitarse”.²⁵

La premisa necesaria para que el analista esté en condiciones de ocupar este lugar es poner en juego su herramienta fundamental, a saber, su escucha. Lacan se apoya en esta idea inicial para, unas líneas más adelante, diferenciar la posición del analista de la del psiquiatra: “El viernes presenté una psicosis alucinatoria crónica. ¿No les impactó, a quienes allí estaban, ver hasta qué punto se obtiene algo mucho más vivaz si, en lugar de tratar de determinar como sea si la alucinación es verbal, sensorial o no sensorial, simplemente se escucha al sujeto?”.

Tal es el valor que Lacan le otorga a la palabra del psicótico, valor en el que se sustentan la ética y el método en los que se inscribe su posición clínica de base para alojar, justamente, el testimonio del sujeto independientemente de su diagnóstico.²⁶ Es lo que demuestra incluso en su abordaje del caso Aimée cuando todavía estaba impregnado del discurso psiquiátrico. En este sentido, y con el fin de medir los alcances de la función de secretario, podemos afirmar que Lacan en un mismo movimiento se hizo secretario de Marguerite y la reconoció como sabedora. Ahora bien, esta función

²⁵ Jacques Lacan: *El seminario, Libro 3, Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 1984, clase del 25/04/1956, págs. 295-296.

²⁶ Lacan lleva al extremo su posición clínica cuando algunos años después, en 1962, lejos de considerar a la psicosis en términos meramente deficitarios en relación a lo que pudo ser alcanzado por el sujeto en la neurosis y menos aún de situarla fuera de estructura, define a la psicosis como una de las caras de una estructura única -y fallada, podríamos agregar- calificada de normal: “[...] el neurótico, como el perverso, como el psicótico mismo, no son sino caras de la estructura normal [...] El neurótico es el normal en tanto para él el Otro con una A mayúscula tiene toda su importancia. El perverso es el normal en tanto para él el falo –el Φ mayúscula, que nosotros vamos a identificar a ese punto que da a la pieza central del plano proyectivo toda su consistencia-, el falo tiene toda su importancia. Para el psicótico el cuerpo propio, que hay que distinguir en su lugar, en esta estructuración del deseo, el cuerpo propio tiene toda su importancia” (en Jacques Lacan: *El seminario, Libro 9, La identificación*, inédito, traducción de Ricardo Rodríguez Ponte, clase del 13/06/1962) La psicosis, la neurosis y la perversión comportarían entonces diferentes modos de responder a una falla central y radical propia de la estructura del sujeto, concebida por Lacan, según distintos tiempos de su enseñanza, en términos de “carencia del Otro”, “no hay Otro del Otro”, “no hay relación sexual”.

no la cumple pasivamente sino que, por el contrario, su papel es notoriamente activo: escribe sobre el caso de su paciente y publica sus textos, divulgando de esta forma el saber que ella intenta transmitir.²⁷

Desde este modo de escuchar y de intervenir, ubicando a su paciente del lado del sujeto supuesto saber y tomando su testimonio “al pie de la letra”, Lacan participa en la elaboración de lo que escribe bajo dictado, es decir, registra lo que Aimée en posición de testigo cuenta acerca de lo que le viene del Otro y confirma el saber que ella inventa. La tarea del analista oficia de constituyente mismo del testimonio del psicótico.

Nos resulta oportuno remarcar la importancia que, en este seminario, adquieren para Lacan dos palabras recién mencionadas y que comparten incluso la misma raíz: “*testimonio*” y “*testigo*”, términos que le sirven para definir la posición del sujeto en la transferencia psicótica. El término “testimonio” es situado por Lacan en la base de la estructura misma de la paranoia y de la relación del sujeto con el Otro. Al decir de Lacan: “El fundamento mismo de la estructura paranoica es que el sujeto comprendió algo que él formula, a saber, que algo adquirió forma de palabra, y le habla [...] El paranoico testimonia acerca de la estructura de ese ser que habla al sujeto”.²⁸

El paranoico entonces es hablado por el Otro pero también habla al otro y habla del otro en tanto objeto. Estas distintas dimensiones de la relación del psicótico con el fenómeno de la palabra son ilustradas por Lacan cuando alude a la paciente paranoica que empleaba el vocablo *galopinar*: “lo que llaman en nuestra jerga, la parte sana de la

²⁷ Adherimos a las consideraciones de Jean Allouch quien en su reinterpretación del caso comenta que Lacan “jugó socialmente el juego del deseo del hacer saber”, entendiendo la idea del “hacer saber” en una doble acepción: transmitir el saber pero también constituirlo. (En Jean Allouch: *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*, op. cit., pág. 629).

²⁸ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 3, Las Psicosis*, op. cit., clase del 30/11/1955, pág. 63.

personalidad, se basa en que ella le habla al otro, que es capaz de burlarse de él. En esa medida, existe como sujeto.

Ahora bien, hay otro nivel. Habla de ella, y sucede que lo hace un poco más de lo que quisiera. Nos percatamos entonces de que delira. Habla de nuestro objeto común: el otro con una *a* minúscula. Sigue hablando ella, pero hay otra estructura que, por cierto, no se entrega por completo. No es exactamente como si hablase de cualquier cosa; me habla de algo que para ella es muy interesante, ardiente, habla de algo donde continúa comprometiéndose de todos modos; en suma, testimonia”.²⁹ Y a continuación, agrega: “Intentemos penetrar un poco la noción de testimonio. ¿Acaso el testimonio es también pura y simplemente comunicación? De ningún modo. Pero está claro que todo lo que para nosotros tiene valor en tanto que comunicación, es del orden del testimonio”.

En estrecho anudamiento con este término introduciré el de “testigo”, lugar siempre reservado para el sujeto: “[...] el psicótico es un mártir del inconsciente, dando al término mártir su sentido: ser testigo. Se trata de un testimonio abierto. El neurótico también es un testigo de la existencia del inconsciente, da un testimonio encubierto que hay que descifrar. El psicótico, en el sentido en que es, en una primera aproximación, testigo abierto, parece fijado, inmovilizado, en una posición que lo deja incapacitado para restaurar auténticamente el sentido de aquello de lo que da fe, y de compartirlo en el discurso de los otros”.³⁰

²⁹ *Ibid.*, clase del 30/11/1955, págs. 59-60.

³⁰ *Ibid.*, clase del 08/02/1956, pág. 190.

El testimonio de Schreber

Desde esta perspectiva, Lacan se aboca al análisis del testimonio de Schreber: “¿Por qué entonces juzgar por adelantado la caducidad de lo que proviene de un sujeto que se presume pertenece al orden de lo insensato, pero cuyo testimonio es más singular, y hasta cabalmente original? Por perturbadas que puedan ser sus relaciones con el mundo exterior, quizás su testimonio guarda de todos modos su valor.

(...)

Metodológicamente, tenemos el derecho de aceptar entonces el testimonio del alienado sobre su posición respecto al lenguaje, y tenemos que tomarlo en cuenta en el análisis del conjunto de las relaciones del sujeto con el lenguaje. Este es el interés mayor y permanente legado que Schreber nos hizo en sus memorias, cosa memorable efectivamente y digna de ser meditada”.³¹

Recordemos que todavía estamos en tiempos de primacía del orden simbólico y que, por lo tanto, el interés de Lacan se centra en el desarrollo de un análisis estructural de las relaciones del sujeto con el lenguaje. En el caso de Schreber, se trata de una lengua privada -aunque una de sus virtudes, consista en hacer de esta lengua privada cierto uso público-, llamada por él *lengua fundamental*, trama simbólica e imaginaria que le ofrecen un cauce al empuje de sus mociones libidinales. Al respecto, comenta Lacan: “Nuestro trabajo es situar estructuralmente el discurso que da fe de las relaciones eróticas del sujeto con el Dios viviente, que es también el que, por intermedio de esos rayos divinos, y de toda una procesión de formas y emanaciones, le habla, expresándose en esa lengua desestructurada desde el punto de vista de la lengua común, pero

³¹ *Ibid.*, clase del 25/04/1956, pág. 298.

asimismo reestructurada sobre relaciones más fundamentales, que él llama la *lingua fundamental*".³²

Tal como se puede observar en este último pasaje, Lacan propone una lectura de la obra de Schreber que pone de relieve la relación entre lenguaje y cuerpo. Dicha relación será uno de los ejes centrales de su enseñanza psicoanalítica. Destacamos por el momento la temprana impronta que, sobre el estudio que Lacan ensaya respecto de este eje temático, tiene su análisis de las psicosis: "Si la aplicación del método psicoanalítico sólo proporcionara una lectura de orden simbólico, se mostraría incapaz de dar cuenta de la distinción entre ambos campos (el de la neurosis y el de la psicosis). Es entonces más allá de esta dimensión donde se plantean los problemas que son el objeto de nuestra investigación este año.

Ya que se trata del discurso, del discurso impreso del alienado, es manifiesto entonces que estamos en el orden simbólico. Ahora, ¿cuál es el material mismo de ese discurso? ¿A qué nivel se despliega el sentido traducido por Freud? ¿Dónde se toman prestados los elementos de nominación de ese discurso? De manera general, el material, es el propio cuerpo.

La relación con el propio cuerpo caracteriza en el hombre el campo, a fin de cuentas reducido, pero verdaderamente irreductible, de lo imaginario. (...) Esta relación, siempre en el límite de lo simbólico, sólo la experiencia analítica permitió captarla en sus mecanismos últimos".³³

³² *Ibíd.*, clase del 14/12/1955, pág. 101.

³³ *Ibíd.*, clase del 16/11/1955, pág. 22.

Algunos años más tarde, Lacan profundizará este planteo afirmando que para la psicosis, concebida junto con la neurosis y la perversión como una de las caras de la estructura normal, el cuerpo propio tiene toda la importancia. También en esta ocasión enfatiza la dimensión imaginaria del cuerpo y sus fenómenos en el psicótico. No obstante, dejamos tan sólo presentadas estas menciones de Lacan sobre la relación entre lenguaje y cuerpo en las psicosis, para retomarlas más tarde a los fines de complejizar su estudio y medir los alcances de su incidencia en el modo operatorio con que analizamos el testimonio del sujeto psicótico.

Respecto de este modo operatorio, podemos decir además que, para Lacan, el valor otorgado al testimonio del sujeto psicótico determina el método para su abordaje, que no puede ser otro que el analítico: “¿Cuál es nuestro método a propósito del presidente Schreber?

Indiscutiblemente éste se expresó en el discurso común para explicar lo que le ocurrió, y que todavía persistía en el momento de redacción de su obra. Este testimonio da fe de transformaciones estructurales que sin duda deben considerarse reales, pero lo verbal predomina, puesto que la prueba de ello la tenemos por intermedio del testimonio escrito del sujeto.

Procedamos metódicamente. Avanzamos en el análisis de este territorio, las psicosis, a partir del conocimiento que tenemos de la importancia de la palabra en la estructuración de los síntomas psiconeuróticos. No decimos que la psicosis tiene la misma etiología que la neurosis, tampoco decimos, ni mucho menos, que al igual que la neurosis es un puro y simple hecho de lenguaje. Señalamos simplemente que es muy fecunda en cuanto a lo que puede expresar en el discurso. Prueba de ello es la obra que nos legó el presidente Schreber, y hacia la que atrajo nuestra mirada la atención casi

fascinada de Freud, quien, en base a esos testimonios, y por un análisis interno, mostró cómo estaba estructurado ese mundo. Así procederemos, a partir del discurso del sujeto, y ello nos permitirá acercarnos a los mecanismos constitutivos de la psicosis”.³⁴

A partir de la ejemplaridad de los casos de Aimée y Schreber, quedan despejadas algunas de las peculiaridades de dos lugares claramente diferenciados en la transferencia psicótica: el lugar de “testigo abierto” para el sujeto psicótico y el de “secretario” para el analista. En este capítulo y en los siguientes trataremos de situar otras especificidades de ambos lugares, señaladas por Lacan en ulteriores pasajes de su obra, pero reteniendo de ahora en más una idea central para el desarrollo de nuestra investigación: la *disparidad subjetiva* existente entre analista y analizante. Sobre esta idea también volveremos más adelante.

La necesidad de reconocimiento del psicótico

Los dos genitivos contenidos en el título de este apartado encuentran su legitimidad en algunos argumentos esgrimidos por Lacan en el transcurso de su seminario. El psicótico es el primero en reconocer su verdad y en defenderla como tal. En este reconocimiento se apoya la fuerza de su testimonio. Pero este reconocimiento demanda -a veces incluso exige- otro, precisamente, el reconocimiento del otro. La relación entre estos dos reconocimientos es sugerida por Lacan a propósito del testimonio de Schreber: “¿Sobre qué versan estos testimonios delirantes? No digamos que el loco es alguien que prescinde del reconocimiento del otro. Si Schreber escribe esa enorme obra es realmente para que nadie ignore lo que experimentó e incluso para que, eventualmente, los sabios verifiquen la presencia de los nervios femeninos que

³⁴ *Ibid.*, clase del 14/12/1955, págs. 91-92.

penetran progresivamente en su cuerpo, objetivando así la relación única que ha sido la suya con la realidad divina. Es algo que de hecho se propone como un esfuerzo por ser reconocido. Tratándose de un discurso publicado, surge el interrogante acerca de qué querrá decir realmente, en ese personaje tan aislado en su experiencia que es el loco, la necesidad de reconocimiento. El loco parece distinguirse a primera vista por el hecho de no tener necesidad de ser reconocido. Sin embargo, esa suficiencia que tiene en su propio mundo, la auto-comprehensibilidad que parece caracterizarlo, no deja de presentar algunas contradicciones”.³⁵

Ahora bien, una vez situada esta aparente contradicción -entre la auto-comprehensibilidad del psicótico y su búsqueda de reconocimiento- y en tanto la tarea de reconocimiento concierne también al analista, cabe preguntarse de qué tipo de reconocimiento se trata. En este sentido, Lacan ofrece una respuesta posible a partir de la distinción que introduce entre lo que sería un reconocimiento imaginario y un reconocimiento simbólico. Precisa y taxativa distinción que compromete decididamente la relación transferencial entre analizante y analista. Acerca de estas dimensiones del reconocimiento por parte del analista, Lacan apunta: “El manejo actual de la relación de objeto en el marco de una relación analítica concebida como dual, está fundado en el desconocimiento de la autonomía del orden simbólico, que acarrea automáticamente una confusión del plano imaginario y del plano real. La relación simbólica no por ello queda eliminada, porque se sigue hablando, e incluso no se hace otra cosa, pero el resultado de este desconocimiento es que lo que en el sujeto pide ser reconocido en el plano propio del intercambio simbólico auténtico -que no es fácil alcanzar ya que es constantemente interferido- es reemplazado por un reconocimiento de lo imaginario, del

³⁵ *Ibid.*, clase del 11/01/1956, pág. 114.

fantasma. Autenticar así todo lo que del orden de lo imaginario en el sujeto es, hablando estrictamente, hacer del análisis la antecámara de la locura, y debe admirarnos que este hecho no lleve a una alienación más profunda; sin duda este hecho indica suficientemente que, para ser loco, es necesaria alguna predisposición, si no alguna condición”.³⁶

Condición esencial de las psicosis que más tarde denominará *forclusión del significante del Nombre-del-Padre* pero que puede encontrar su indeseada precipitación en un inadecuado manejo de la transferencia. En este sentido, y después de aludir a aquel aforismo escrito en la pared de su sala de guardia, “*no se vuelve loco quien quiere*”, Lacan agrega: “Pero no deja de ser cierto que debemos atribuir a cierto modo de manejar la relación analítica, que consiste en autenticar lo imaginario, en sustituir el reconocimiento en el plano simbólico por el reconocimiento en el plano imaginario, el desencadenamiento bastante rápido de un delirio más o menos persistente, y a veces definitivo, en casos harto conocidos”. Y unos párrafos más adelante, concluye: “Es bien conocido el hecho de que un análisis puede desencadenar desde sus primeros momentos una psicosis, pero nadie ha explicado nunca por qué. Evidentemente está en función de las disposiciones del sujeto, pero también de un manejo imprudente de la relación de objeto”.³⁷

Con estas preliminares consideraciones de Lacan, queda presentado un aspecto que atañe a la posición del analista y que retomaremos más tarde. Mientras tanto, podemos subrayar que este reconocimiento simbólico estuvo expresado en las interesadas y rigurosas lecturas que de las *Memorias...* realizaron tanto Freud como Lacan. Éste último comenta acerca del maestro vienés: “Señala al final de su análisis del

³⁶ *Ibíd.*, clase del 16/11/1955, pág. 27.

³⁷ *Ibíd.*, pág. 28.

caso Schreber, que nunca hasta entonces había visto algo que se asemejase tanto a su teoría de la libido, con sus desinversiones, reacciones de separación, influencias a distancia, como la teoría de los rayos divinos de Schreber, y no se perturba por ella, ya que todo su desarrollo tiende a mostrar el delirio de Schreber como una sorprendente aproximación de las estructuras del intercambio interindividual así como de la economía intrapsíquica”. Acto seguido, comienza a brindar su propio reconocimiento de la obra schreberiana: “Como ven, estamos ante un caso de locura sumamente avanzado. Esta introducción delirante les da una idea del carácter acabado de la elucubración schreberiana. No obstante, gracias a este caso ejemplar, y a la intervención de una mente tan penetrante como la de Freud, podemos captar por vez primera nociones estructurales cuya extrapolación es posible a todos los casos. Fulgurante novedad, a la vez esclarecedora, que permite rehacer una clasificación de la paranoia sobre bases completamente inéditas. Encontramos también en el texto mismo del delirio una verdad que en este caso no está escondida como en las neurosis, sino verdaderamente explicitada, y casi teorizada. El delirio la proporciona, ni siquiera a partir del momento en que tenemos su clave, sino a partir del momento en que se lo toma como lo que es, un doble perfectamente legible, de lo que aborda la investigación teórica.

Allí radica el carácter ejemplar del campo de las psicosis...”.³⁸

Carácter ejemplar del campo de las psicosis que constituye una de las motivaciones principales en la que se sostiene nuestro interés por el objeto de estudio de la presente investigación. Volveremos más adelante, en la sección dedicada a los casos

³⁸ *Ibíd.*, 23/11/1955, pág. 45.

clínicos, sobre el estatuto conceptual de este reconocimiento simbólico, con el propósito de medir su eficacia en el curso de algunos de los tratamientos allí examinados.

Sumisión completa a las posiciones subjetivas del analizante

Entre diciembre del año 1957 y enero del 58, Lacan escribe su célebre trabajo *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*, texto de capital importancia no sólo para la conceptualización de las psicosis sino también para la teoría psicoanalítica en general.

La cuestión preliminar que allí propone a los fines de contribuir a la concepción que hay que formarse, a su entender, de la maniobra de la transferencia para este tratamiento, es la de la forclusión del significante del Nombre-del-Padre y el concomitante fracaso de la metáfora paterna, atendiendo a las consecuencias respecto de la constitución subjetiva que se derivan de ello. Estamos en un tiempo de la enseñanza de Lacan donde el padre queda ligado a una función que introduce una palabra que ordena y que produce la articulación entre la ley -de la cual el padre es el representante- y el deseo del Otro, y por lo tanto, del sujeto. Por consiguiente, el Nombre-del-Padre pasa a ser un significante, pero no cualquiera, sino el significante primordial, aquel cuya especificidad es posibilitar la articulación significativa, conducir a la producción de significación. Significante esencial y principio organizador que constituye una razón de estructura y la “carretera principal” en la vida de un sujeto. Esta alegoría fue trabajada por Lacan ya en el *Seminario 3*, permitiéndole de un modo muy ilustrativo precisar la función de ese significante primordial así como también dimensionar las consecuencias de su ausencia: “La carretera principal es así un ejemplo particularmente sensible de lo que digo cuando hablo de la función del significante en

tanto que polariza, aferra, agrupa en un haz a las significaciones. Hay una verdadera antinomia entre la función del significante y la inducción que ejerce sobre el agrupamiento de las significaciones. El significante es polarizante. El significante crea el campo de las significaciones.

(...)

El significante *ser padre* hace de carretera principal hacia las relaciones sexuales con una mujer. Si la carretera principal no existe, nos encontramos ante cierto número de caminitos elementales, copular y luego la preñez de la mujer. Según todas las apariencias el presidente Schreber carece de ese significante fundamental que se llama *ser padre*. Por eso tuvo que cometer un error, que enredarse, hasta pensar llevar él mismo su peso como una mujer. Tuvo que imaginarse a sí mismo mujer, y efectuar a través de un embarazo la segunda parte del camino necesaria para que, sumándose una a otra, la función *ser padre* quede realizada”.³⁹

Ahora bien, profundizando aún más este planteo, Lacan se abocará en este escrito -y en el *Seminario 5* sobre las formaciones del inconciente, contemporáneo al mismo-, a la formalización de la metáfora paterna. A través del algoritmo hace entrar al Nombre-del-Padre en la consideración científica, ya que introduce una definición de padre que lo inserta en una relación de significante a significante, alejándolo de cualquier caracterología del padre pretendidamente normal o ideal. Mediante la articulación que Lacan realiza entre metáfora paterna y castración, el Nombre-del-Padre queda concebido como significante de la falta en el Otro y ligado a una función esencial: la de metaforizar, a través de la prohibición, una imposibilidad -ser el falo que completa al Otro-. La resolución de la metáfora es la siguiente: el significante Nombre-

³⁹ *Ibid.*, clase 20/06/1956, pág. 416-418.

del-Padre, que ha sustituido al deseo omnipotente de la madre, induce la inscripción en el inconciente del Falo simbólico, que le aportará al sujeto la posibilidad de la significación a partir de la cual el mundo incoherente cobra algún sentido. Momento crucial de la constitución subjetiva ya que propicia una apertura de la dialéctica entre el deseo del Otro y el del sujeto.

A partir de esta novedosa concepción, Lacan precisa las condiciones del desencadenamiento psicótico: “Tratemos de concebir ahora una circunstancia de la posición subjetiva, en que, al llamado del Nombre-del-Padre responda, no la ausencia del padre real, pues esta ausencia es más compatible con la presencia del significante, sino la carencia del significante mismo”.⁴⁰ Y unos párrafos más adelante prosigue: “La *Verwerfung* será considerada por nosotros pues como preclusión del significante. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre-del-Padre, puede responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica”.⁴¹

Asimismo, Lacan agrega que, para que se produzca la actualización del llamado y por consiguiente del agujero, es necesario el embate de lo que designa como “Un-padre”: “Pero ¿cómo puede el Nombre-del-Padre ser llamado por el sujeto al único lugar de donde ha podido advenirle y donde nunca ha estado? Por ninguna otra cosa sino por un padre real, no en absoluto necesariamente por el padre del sujeto, por Un-padre.

Aún así es preciso que ese Un-padre venga a ese lugar adonde el sujeto no ha podido llamarlo antes. Basta para ello que ese Un-padre se sitúe en posición tercera en

⁴⁰ J. Lacan: "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis", en *Escritos II*, Siglo XXI editores, Argentina, 1987, pág. 539.

⁴¹ *Ibíd.*, pág. 540.

alguna relación que tenga por base la pareja imaginaria *a-a'*, es decir yo-objeto o ideal-realidad, interesando al sujeto en el campo de agresión erotizado que induce.

Búsqese en el comienzo de la psicosis esta coyuntura dramática. Ya se presente para la mujer que acaba de dar a luz en la figura de su esposo, para la penitente que confiesa su falta en la persona del confesor, para la muchacha enamorada en el encuentro del “padre del muchacho”, se la encontrará siempre, y se la encontrará más fácilmente si se guía uno por las ‘situaciones’ en el sentido novelesco del término.

(...)

Para ir ahora al principio de la preclusión (*Verwerfung*) del Nombre-del-Padre, hay que admitir que el Nombre-del-Padre redobla en el lugar del Otro el significante mismo del ternario simbólico, en cuanto que constituye la ley del significante”.⁴²

El personaje que con su impostura venga a ocupar ese lugar para el sujeto psicótico, se presentará entonces no como representante de esta ley sino como legislador mismo. Lacan explica la invasiva intervención del Un-padre en el desencadenamiento de la psicosis, valiéndose de los lugares y encarnaduras de la metáfora paterna, y de la dinámica que entre ellos pueda establecerse: “Pero sobre lo que queremos insistir es sobre el hecho de que no es sólo de la manera en que la madre se aviene a la persona del padre de lo que convendría ocuparse, sino del caso que hace de su palabra, digamos el término, de su autoridad, dicho de otra manera del lugar que ella le reserva al Nombre-del-Padre en la promoción de la ley.

Aún más allá, la relación del padre con esa ley debe considerarse en sí misma, pues se encontrará en ello la razón de esa paradoja según la cual los efectos

⁴² *Ibíd.*, pág. 559.

devastadores de la figura paterna se observan con particular frecuencia en los casos en que el padre tiene realmente la función de legislador o se la adjudica, ya sea efectivamente de los que hacen leyes o ya que se presente como pilar de la fe, como parangón de la integridad o de la devoción, como virtuoso en la virtud o en el virtuosismo, como servidor de una obra de salvación, trátase de cualquier objeto o falta de objeto, de nación o de natalidad, de salvaguardia o de salubridad, de legado o de legalidad, de lo puro, de lo peor o del imperio, todos ellos ideales que demasiadas ocasiones le ofrecen de encontrarse en postura de demérito, de insuficiencia, incluso de fraude, y para decirlo de una vez de excluir el Nombre-del-Padre de su posición en el *significante*".⁴³

El párrafo recién citado nos resulta exquisito ya que muestra no sólo la rigurosidad teórica y lógica de Lacan, sino también su notable agudeza clínica y el poético uso que hace de la lengua francesa. Siguiendo con lo que allí transmite, y considerando lo que nos aporta a los fines de nuestra investigación, podríamos situar lo siguiente: por un lado, la importancia de la relación del sujeto psicótico con el deseo materno -y el especial vínculo de éste con la ley paterna- y por otro, la relación del padre con esa ley que puede dejar el terreno abonado para que Un-padre venga a encarnar un lugar de poder y saber, y precipitar así el desencadenamiento en la estructura psicótica.

Con este esquema Lacan interpreta, siguiendo las huellas de Freud, el desencadenamiento de Schreber a través de la transferencia que el sujeto ha operado sobre la persona de Flechsig, su primer médico.⁴⁴ Transferencia que a su vez viene a

⁴³ *Ibíd.*, pág. 560.

⁴⁴ Cf. capítulo 1 de esta tesis.

inscribirse en serie con la relación de Schreber con su propio padre, Daniel Gottlob Moritz Schreber.⁴⁵

Respecto de la incidencia de dicha serie en el ocasionamiento de la enfermedad de Schreber, Lacan despliega sus argumentos en los siguientes términos: "...si nos remitimos a la obra Daniel Gottlob Moritz Schreber, fundador de un instituto de ortopedia en la Universidad de Leipzig, educador, o mejor, para articularlo en inglés, "educacionalista", reformador social "con una vocación de apóstol para llevar a las masas la salud, la dicha y la felicidad" (citado de Ida Macalpine) por medio de la cultura física, iniciador de esos cachitos de verdor destinados a alimentar en el empleado un idealismo hortelano, que conservan todavía en Alemania el nombre de *Schrebergärten*, para no hablar de las cuarenta ediciones de la *Gimnasia médico casera*, cuyos monigotes "pergeñados a tontas y a locas" que la ilustran son como quien dice evocados por Schreber, podemos considerar como rebasados los límites en que lo nativo y lo natal van a la naturaleza, a lo natural, al naturismo, incluso a la naturalización, en que lo virtuoso resulta vertiginoso, el legado liga, la salvación saltación, en que lo puro bordea lo malempeorial, y en que no nos asombrará que el niño, a la manera del grumete de la pesca célebre de Prévert, mande a paseo (*verwerfe*) a la ballena de la impostura, después de haber traspasado, según la ocurrencia de este trozo inmortal, su trama de padre a parte.

⁴⁵ Para enriquecer la hipótesis de la preeminencia de la transferencia paterna en la psicosis de Schreber, son de incalculable valor las investigaciones realizadas por Niederland y Baumeier -reunidas en el libro *Los casos de Sigmund Freud 2, El caso Schreber*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1972-, de las cuales Freud no dispuso para su análisis del caso. Precisamente del primero de los autores mencionados, Lacan toma, entre otras cuestiones, la siguiente: "la genealogía delirante de Flechsig, construida con los nombres de la estirpe real de Schreber, Gottfried, Gottlieb, Fürchtegott, Daniel sobre todo que se transmite de padres a hijos y cuyo sentido en hebreo nos da, para mostrar en su convergencia hacia el nombre de Dios (*Gott*) una cadena simbólica importante para manifestar la función del padre en el delirio" (en *Ibíd.*, pág. 561).

No cabe duda que la figura del profesor Flechsig, en su gravedad de investigador (el libro de la señora Macalpine nos da una foto que nos lo muestra perfilándose sobre la colosal ampliación de un hemisferio cerebral), logró suplir el vacío bruscamente vislumbrado de la *Verwerfung* inaugural (“*Kleiner Flechsig! ¡Pequeño Flechsig!*”, claman las voces).

Por lo menos tal es la concepción de Freud, en cuanto que designa en la transferencia que el sujeto ha operado sobre la persona de Flechsig el factor que ha precipitado al sujeto en la psicosis”.⁴⁶

De esta manera, el texto nos ofrece algunos elementos para pensar la posición del analista en la transferencia psicótica, en principio por la negativa: el analista no debe ocupar ese lugar de Otro todopoderoso pues corre el riesgo de encarnar la figura de Un-padre y provocar el arrasamiento subjetivo del paciente, ya que fuerza al psicótico a apelar a una referencia que no tiene a su disposición. Por el contrario, las indicaciones de Lacan van en la vía opuesta, esto es, convocar al sujeto para que ponga en juego las referencias con las que sí cuenta, y que pueden reflejarse en las ya consagradas palabras vertidas en este mismo escrito acerca de la posición del analista que debe consistir esencialmente, según el autor, en “una sumisión completa, aun cuando sea enterada, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo, posiciones que son demasiado a menudo forzadas al reducirlas en el diálogo al proceso mórbido, reforzando entonces la dificultad de penetrarlas con una reticencia provocada no sin fundamento en el sujeto”.⁴⁷ El espíritu de esta verdadera declaración se expresa también en la lectura

⁴⁶ *Ibíd.*, págs. 562-563.

⁴⁷ *Ibíd.*, pág. 516.

misma que Lacan realiza de las *Memorias...* cuando nos propone explícitamente “entrar en la subjetividad del delirio de Schreber”.

Aseveración, además, que pondremos en correlación con otro planteo también expuesto por Lacan en este escrito. Se trata del lugar del analista en tanto semejante, que ocuparía entonces no el lugar del Otro sino el del otro imaginario. Después de la presentación de su *esquema I* -esquema de la estructura del sujeto al término del proceso psicótico- Lacan apunta: “No podemos extendernos aquí sobre la cuestión sin embargo de primer plano de saber lo que somos para el sujeto, nosotros a quienes se dirige en cuanto lectores, ni sobre lo que permanece de su relación con su mujer a quien estaba dedicado el primer proyecto de su libro, cuyas visitas durante su enfermedad fueron siempre acogidas por la más intensa emoción, y hacia quien nos afirma, compitiendo con su confesión más decisiva de su vocación delirante, ‘haber conservado el antiguo amor’.

El mantenimiento en el *esquema I* del trayecto *Saa’A* simboliza en él la opinión, que hemos sacado del examen de este caso, de que la relación con el otro en cuanto semejante, e incluso una relación tan elevada como la de la amistad en el sentido en el que Aristóteles hace de ella la esencia del lazo conyugal, son perfectamente compatibles con la relación salida de su eje con el gran Otro, y todo lo que implica de anomalía radical, calificada, impropriamente pero no sin algún alcance de enfoque, en la vieja clínica, de delirio parcial”.⁴⁸

Esta idea de Lacan se ha convertido en una propuesta conocida a la que adhieren varios autores dentro del lacanismo. Dada la importancia y la complejidad de dicha

⁴⁸ *Ibíd.*, pág. 555.

Capítulo 3. Lacan con Schreber

propuesta, decidimos dejarla aquí tan sólo presentada para retomarla luego a la luz de uno de los casos clínicos elegidos, esperando poder contar allí con nuevos elementos de análisis que favorezcan su mejor interrogación.⁴⁹

⁴⁹ Cf. capítulo 7 de esta tesis.

CAPÍTULO 4.

LACAN CON LOL V. STEIN

“En Lol V. Stein ya no pienso. Nadie puede conocer a L.V.S., ni usted ni yo. Y hasta lo que Lacan dijo al respecto, nunca lo comprendí por completo. Lacan me dejó estupefacta. Y su frase: “No debe de saber que ha escrito lo que ha escrito. Porque se perdería. Y significaría la catástrofe”. Para mí, esa frase se convirtió en una suerte de identidad esencial, de un “derecho a decir” absolutamente ignorado por las mujeres”.

Marguerite Duras, *Escribir*.

El vestido del amor y su caída

En el año 1965, Lacan realiza su homenaje a Marguerite Duras abocándose a la lectura de su obra *Le ravisement de Lol V. Stein*, que podría traducirse como “El rapto, el arrebató, incluso el encantamiento de Lol. V. Stein”. Jugando con las palabras de este título, Lacan adelanta su reconocimiento hacia la escritora y su arte: “Este arte sugiere que la raptora es Marguerite Duras y nosotros los raptados”.⁵⁰

Reconocimiento que hace extensivo al artista, y que le permite, una vez más, acercar literatura y psicoanálisis a partir de la convergencia existente entre la práctica de la letra y el uso del inconciente: “Pienso, aunque la propia Marguerite Duras me entera

⁵⁰ Jacques Lacan: “Homenaje a Marguerite Duras, del rapto de Lol V. Stein”, en *Intervenciones y textos 2*, op.cit., págs. 64.

de que no sabe de toda su obra de dónde le viene Lol, y aunque pueda yo entreverlo por lo que me dice en la frase siguiente, pienso que un psicoanalista sólo tiene derecho a sacar una ventaja de su posición, aunque ésta por tanto le sea reconocida como tal: la de recordar con Freud, que en su materia, el artista siempre le lleva la delantera, y que no tiene por qué hacer de psicólogo donde el artista le desbroza el camino.

Reconozco esto en el rapto de Lol V. Stein, en el que Marguerite Duras evidencia saber sin mí lo que yo enseño.

Con lo cual no perjudico su genio al apoyar mi crítica en la virtud de sus recursos.

Que la práctica de la letra converja con el uso del inconciente, es lo único de lo que quiero dar fe al rendirle homenaje”.⁵¹

Vayamos ahora a la puntuación de la novela que Lacan propone, comenzando por la interpretación que ensaya sobre una cuestión ya acentuada por la misma escritora, a saber, la ausencia de afecto en Lol frente a un acontecimiento para ella traumático: la noche del baile en T. Beach, su novio Michael Richardson, queda fascinado con Anne-Marie Stretter, con la que acaba de bailar frente a la mirada de Lol, y la abandona definitivamente. A propósito de esta escena central, comenta Lacan: “La escena -y la novela entera no es más que su rememoración- es propiamente el rapto de dos en una

⁵¹ *Ibíd.*, págs. 65-66.

danza que los suelda y ante los ojos de Lol, tercera, junto con todos los del baile, padece en él el rapto de su novio por aquella que sólo tuvo súbita que aparecer”.⁵²

Así describe Duras la posición de Lol: “En Lol, esta visión y esta certidumbre no parecían ir acompañadas por el sufrimiento”.⁵³ Y unos párrafos más adelante añade: “A medida que avanzaba la noche, parecía que las posibilidades de sufrir que Lol pudiera tener habían incluso disminuido, que el sufrimiento no había encontrado en ella donde deslizarse, que había olvidado el viejo álgebra de las penas de amor”.⁵⁴ En palabras de Lacan, “...ella no puede decir que sufre”.⁵⁵

Acerca de esta escena Lacan señalará que Lol es despojada de su amante como de un vestido. “Vestido”, término especialmente subrayado por Lacan no sólo para referirse a la fantasmática que sostiene y que atraviesa a Lol sino también a lo que él denomina “vestido del amor”, es decir, la imagen narcisista con la que el Otro, a través de su amor, reviste al sujeto. Al respecto, dice Lacan: “Debe tomarse en la primera escena donde Lol es despojada de su amante como de su vestido, propiamente. Es decir, que debe entonces seguirse en el tema del vestido, que aquí sustenta el fantasma al que se prende Lol, en el tiempo siguiente, de un más allá cuya palabra clave no supo descubrir, esa palabra que, al cerrar las puertas tras ellos tres, la hubiese conjugado con el momento en que su amante levantara el vestido, el vestido negro de la mujer, y descubriera su desnudez. ¿Llega esto entonces más allá? Sí, llega a lo indecible de esta desnudez que se insinúa hasta reemplazar su propio cuerpo. Aquí todo se detiene”.⁵⁶

⁵² *Ibíd.*, pág. 64.

⁵³ Marguerite Duras: *El arrebato de Lol V. Stein*, Tusquets, Barcelona, 1987, pág. 14.

⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 16.

⁵⁵ Jacques Lacan: “Homenaje...”, en *Intervenciones y textos 2*, op.cit., pág. 64.

⁵⁶ *Ibíd.*, pág. 65.

Lacan continúa su análisis con esta pregunta: “¿No basta esto para reconocer lo que le pasó a Lol, y que revela lo tocante al amor?; o sea, a esa imagen de sí mismo, con que el otro nos reviste y que nos viste, y que nos deja, cuando nos despojan de ella ¿ser qué debajo? ¿Qué decir de ello cuando esa noche era para ti, Lol, toda entregada a tu pasión de diecinueve años, tu puesta de largo y la desnudez que llevabas puesta daba a su traje su esplendor?”.⁵⁷

La imagen narcisista, la imagen amada de sí es el vestido, el hábito con el cual el Otro nos recubre con su amor, otorgándonos un lugar en el conjunto de los significantes. Idea que se puede fundamentar a partir de la reformulación del estadio del espejo que Lacan efectúa en el 53: valiéndose del agregado del esquema óptico indica que el engendramiento de la visión está condicionado por una palabra del Otro. La proyección imaginaria en la imagen del otro está determinada por la introyección simbólica de un trazo ideal del Otro, mediatizada por su palabra: “...la mirada del Otro, que puede hacer bascular en todo momento la preferencia entre los dos hermanos gemelos, enemigos del yo y de la imagen del otro especular, ¿cómo la interioriza el sujeto? Esta mirada del Otro, debemos concebir que se interioriza mediante un signo. Con eso basta. *Ein einziger Zug*. No hay necesidad de todo un campo de organización y de una introyección masiva. Este punto I mayúscula del rasgo único, ese signo del asentimiento del Otro, de la elección de su amor, sobre el cual el sujeto puede operar, se encuentra ahí en algún lugar y se ajusta en el desarrollo del juego del espejo. Basta con

⁵⁷ *Ibíd.*, pág. 67.

que el sujeto llegue a coincidir con él en su relación con el Otro, para que este pequeño signo, este *einzigster Zug*, se encuentre a su disposición”.⁵⁸

Por consiguiente, es gracias a esta mirada y al rasgo que inscribe en la subjetividad en constitución del niño, que éste puede tener a su disposición cierta posesión y utilización de la imagen que el espejo -o el semejante en posición de espejo- le devuelve: “Si puede funcionar algo que supone la fecundidad de la relación propiamente narcisista, es en la medida en que el tercero, el Otro con mayúscula, interviene en la relación del yo con el otro con minúscula.

Ejemplifiquémoslo con un gesto del niño ante el espejo, gesto que es bien conocido y que no es difícil de observar. El niño que está en los brazos del adulto es confrontado expresamente con su imagen. Al adulto, lo comprenda o no, le divierte. Entonces hay que dar toda su importancia a este gesto de la cabeza del niño que, incluso después de haber quedado cautivado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, vuelve hacia el adulto que lo sostiene, sin que se pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro desempeñará aquí una función esencial. Articular esta función de esta forma no es forzarla, ni lo es disponer de esta manera lo que se vinculará respectivamente con el yo ideal y con el ideal del yo en la continuación del desarrollo del sujeto.

De este Otro, en la medida en que el niño frente al espejo se vuelve hacia él, ¿qué puede llegarle? Nosotros decimos que no puede llegarle sino el signo *imagen de a*, esa imagen especular, deseable y destructiva al mismo tiempo, efectivamente deseada o

⁵⁸ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2003, clase del 07/06/1961, pág. 395.

no. He aquí lo que ocurre con aquel hacia quien el sujeto se vuelve, en el lugar mismo donde en ese momento se identifica, en la medida en que sostiene su identificación con la imagen especular”.⁵⁹

Precisamente de esta imagen es repentinamente despojada Lol, quedando al descubierto una originaria y radical desnudez. Esta conmovedora escena del baile concluye con el desvanecimiento de Lol, seguido por la inauguración de un prolongado período de postración. Así lo relata la autora: “Poco a poco, dejó también de hablar. Su ira se avejentó, perdió fuerza. Sólo hablaba para decir que le resultaba imposible expresar lo aburrido y largo, largo que era ser Lol V. Stein. Le pedían que hiciera un esfuerzo. No comprendían por qué, decía. Su dificultad ante la búsqueda de una sola palabra parecía insuperable. Parecía que ya no esperara nada.

¿Pensaba en algo, en ella?, le preguntaban. No entendía la pregunta. Hubiérase dicho que no era necesario pensar en el cansancio infinito de no poder desprenderse de eso, que se había convertido en un desierto al que un poder nómada la había arrojado en la persecución interminable de ¿qué? No se sabía. No contestaba.

Sólo el tiempo daría razón de esta postración de Lol, de su abatimiento, de su inmensa pena, decían. Se juzgó menos grave que su primer delirio, no era susceptible de durar mucho, de acarrear una modificación importante en la vida mental de Lol. Su extrema juventud la barrería pronto. Resultaba explicable: Lol sufría una inferioridad pasajera a sus propios ojos porque había sido abandonada por el hombre de T. Beach.

⁵⁹ *Ibíd.*, págs. 392-393.

Ahora pagaba, debía ocurrir tarde o temprano, la extraña omisión de su dolor durante el baile”.⁶⁰

La escritora avanza en la caracterización de la posición subjetiva de Lol, apoyándose en la mirada de su amiga de la infancia: “Tatiana no creía que ese baile fuese el único impulsor de la locura de Lol V. Stein; la remontaba hasta mucho antes, mucho antes en su vida, mucho antes en su juventud, la situaba en otra parte. En el colegio, dijo, a Lol le faltaba algo, estaba extrañamente incompleta, había vivido su juventud como en una petición de lo que sería pero que nunca llegaría a ser. En el colegio era una maravilla de dulzura y de indiferencia, cambiaba de amigas, jamás luchaba contra el aburrimiento, nunca una lágrima de muchacha”.⁶¹

“Según Tatiana Karl, los orígenes de esta enfermedad se remontan a mucho antes, mucho antes incluso de su amistad. Estaban ahí, en Lol V. Stein, incubados, pero sin llegar a exteriorizarse debido al gran afecto que siempre la había rodeado en su familia y luego, a continuación, en el colegio. En el colegio, dice, y no era la única en pensarlo, a Lol ya le faltaba algo para estar –dice: ahí. Daba la impresión de soportar con un sosegado fastidio a una persona a quien debía parecerse pero de la que se olvidaba a la menor ocasión. Aureola de dulzura, se descubrió muy pronto que también de indiferencia, nunca pareció sufrir ni sentirse apenada, nunca se le vio una lágrima de muchacha. (...) Lol era divertida, burlona impenitente y muy aguda aunque un aparte de sí misma estuviera siempre ida lejos de ti y del momento presente. ¿Dónde? ¿En los sueños adolescentes? No, responde Tatiana, no, diríase que en nada aún, exactamente, en nada. ¿Era el corazón el que no estaba ahí? Tatiana tiende a cree que quizás fuera, en

⁶⁰ Marguerite Duras: *El arrebató de Lol V. Stein*, op.cit., págs. 19-20.

⁶¹ *Ibíd.*, pág. 65.

efecto, el corazón de Lol V. Stein lo que no estaba ahí –dice: ahí-; sin duda llegaría, pero ella no lo conoció. Sí, al parecer era esa zona del sentimiento lo que, en Lol, se diferenciaba de los demás”.⁶²

El vestido de Lol, entonces, cae por el abandono de su prometido. No obstante, si la escena comentada resulta traumática para Lol es porque tal desinversión de la imagen-hábito deja aparecer lo que siempre estaba allí, a saber, la ausencia de afecto cuando la relación imaginaria falta. Tesis que Lacan sometió a prueba no sólo en el presente caso sino además en el de Aimée, en el de Schreber y en el de Joyce. De este modo, son concebidos algunos de los problemas relativos al amor en las psicosis con las nefastas consecuencias que acarrearán sobre la sensación de tener un cuerpo y sobre las relaciones del sujeto con los semejantes y con el goce del Otro. Quizás con estas consideraciones podremos dar cuenta, aunque más no sea parcialmente, de la frase que Lacan proferirá años más tarde en Estados Unidos y que ya transcribimos a propósito de Aimée: “se puede ciertamente decir que la psicosis es una suerte de bancarrota en lo que concierne al cumplimiento de lo que es llamado ‘amor’”. La misma Lol, a través de Duras, lo dice a su modo:

“...no puedes imaginar hasta dónde se puede llegar en la ausencia del amor.

-Dime una palabra para decirlo.

-No la conozco”.⁶³

Estas cuestiones ligadas al amor y al registro imaginario en la constitución subjetiva del psicótico serán profundizadas en esta tesis a los fines de dimensionar la

⁶² *Ibíd.*, pág. 10.

⁶³ *Ibíd.*, pág. 110.

relevancia que puede tener, en el tratamiento de las psicosis, la transferencia amorosa que, por lo pronto en un comienzo, parte del analista mismo. Por el momento, y atendiendo a la posición de Jacques Hold respecto de Lol, acentuaremos los riesgos que puede traer aparejados una modalidad excesiva de dicha transferencia amorosa.

El ‘cuidado demasiado cercano’ de Jacques Hold

Lacan se interesa especialmente por este personaje de la novela, pretendiendo dilucidar los alcances de su función en el nudo de la historia que Duras construye: “Lo que allí se rehace no es el acontecimiento (escena del baile) sino un nudo. Lo que este nudo encierra es propiamente lo que rapta, pero de nuevo ¿a quién?

Lo menos que puede decirse es que la historia aquí pone a alguien en el otro platillo de la balanza, y no sólo porque Marguerite Duras lo convierta en la voz del relato: el otro integrante de la pareja. Su nombre, Jacques Hold.

Porque tampoco él es lo que parece ser cuando digo: la voz del relato. Es más bien, y mucho más, su angustia. Y aquí vuelve de nuevo la ambigüedad: ¿su angustia o la del relato?”⁶⁴

Unos párrafos más adelante, y este es el punto que queremos resaltar a los fines de nuestra interrogación sobre la posición del analista, Lacan subraya las nefastas consecuencias que tuvo para Lol la comprensión de Jacques Hold: “No es su división de sujeto, manifiesta en Jacques Hold, lo que nos retendrá ya más tiempo, es más bien lo que él es en ese ser de a tres en el que Lol se suspende, plantando sobre su vacío el “yo [je] pienso” de sueño desagradable que constituye la materia del libro. Pero, al hacerlo,

⁶⁴ Jacques Lacan: “Homenaje...”, en *op.cit.*, pág. 65.

Jacques Hold se contenta con darle una conciencia de ser que se sostiene fuera de ella, en Tatiana.

Pero es verdaderamente Lol quien organiza este ser de a tres. Y porque el “yo [je] pienso” de Jacques Hold llega a obsesionarla con un cuidado demasiado cercano, al final de la novela, por el camino por donde él la acompaña en un peregrinaje al lugar del acontecimiento, Lol se vuelve loca.

De esto, en efecto, hay señales en el episodio, pero quiero dar fe de que me viene de Marguerite Duras.

Porque la última frase de la novela, que hace retornar a Lol al sembradío de centeno, me parece constituir un final menos decisivo que esta observación. En ella se adivina la advertencia sobre lo patético de la comprensión. Ser comprendida no le conviene a Lol, a quien no se salva del rapto”.⁶⁵

Duras relata magníficamente este último y enloquecedor encuentro: “Estoy obligado a desnudarla. No lo hará por sí misma. Hela aquí, desnuda. ¿Quién está en la cama? ¿Quién, cree ella?

Está tendida y no se mueve. Está inquieta. Está inmóvil, permanece donde la he colocado. Me sigue con la mirada como a un desconocido a través de la habitación mientras yo me desnudo a mi vez. ¿Quién es? La crisis está ahí. La ha desencadenado nuestra situación en ese momento, en esta habitación en la que nos hallamos solos, ella y yo (...)

Me tiendo a su lado, al lado de su cuerpo cerrado (...)

⁶⁵ *Ibid.*, págs. 69-70.

Después, en plena crisis, ha insultado, ha suplicado, implorado que la tome y que la deje a la vez, acosada, intentando huir de la habitación, de la cama, regresando al lecho para hacerse capturar, hábil, y no hay diferencia entre ella y Tatiana Karl salvo en su mirada exenta de remordimientos y en la propia designación -Tatiana no se nombra- y en los dos nombres que se otorgaba: Tatiana Karl y Lol V. Stein”.⁶⁶

El psicoanalista Philippe Julien retoma la interpretación de Lacan, haciendo un contrapunto con la propuesta del escrito *De una cuestión preliminar...* referida a la amistad aristotélica como modalidad posible de transferencia con el psicótico -y aquí presentada en el capítulo anterior-: “Como ‘buen’ terapeuta en su *furor sanandi*, Jacques Hold, por su interés y su atención con demasiada prisa por ‘comprender’ a Lol, a ‘toda’ Lol, no mantiene esta amistad aristotélica de la que Lacan hablaba a propósito de Schreber. Y la vuelve loca en el viaje a T. Beach, al decir de M. Duras, confirmando la opinión de Lacan sobre este punto. Sin embargo, ella le había pedido a Jacques Hold que no dejara a Tatiana, en especial que no lo hiciera. Pero él no lo toma en cuenta, lo que tiene como efecto que Lol no sepa más que cuerpo tiene ¿es el suyo o el de Tatiana? Es decir que reencuentra su antigua capacidad para responder, como hace diez años atrás: ¿qué cuerpo fue desvestido por Michael? ¿El suyo o el de Anne-Marie?”.⁶⁷

Lacan insiste durante toda su enseñanza en remarcar los efectos nocivos de la comprensión del analista, oponiéndola explícitamente a la escucha del analista. Respecto de nuestro tema de investigación, podemos remitirnos, por ejemplo, a las recurrentes menciones que realiza en su seminario sobre las psicosis y en *Breve discurso* dirigido a los psiquiatras. Tomando en consideración estas indicaciones,

⁶⁶ Marguerite Duras: *El arrebato de Lol V. Stein*, op.cit., págs. 151-152.

⁶⁷ Philippe Julien: “Lacan y la psicosis”, en *Litoral* 7/8, Editorial La torre abolida, Córdoba, 1989, pág. 27.

dejamos anotado por el momento que, aún reconociendo la importancia operatoria que tiene para el abordaje de las psicosis la transferencia del analista al analizante, ésta no debe confundirse con la comprensión o con un cuidado benefactor; por el contrario, deberá contar con condiciones muy precisas atinentes a la posición del analista y que iremos recortando a la largo de nuestra investigación.

CAPÍTULO 5.

LACAN CON JOYCE

“Leer desde donde se escribió no define al lector ideal como el que mejor lee sino como el que lee desde una posición cercana a la composición misma. Nabokov lo señala con claridad: ‘El buen lector, el lector admirable no se identifica con los personajes del libro, sino con el escritor que compuso el libro’”.

Ricardo Piglia, *El último lector*.

La clínica nodal

A partir de la década del 70, el maestro francés comienza a pensar la teoría y la praxis psicoanalíticas valiéndose de un concepto utilizado por la topología matemática, a saber, el nudo borromeo. El nudo o cadena borromea es una estructura formada por tres anillos, hilos, cuerdas, toros, etc., que se entrelazan de tal forma que si se corta cualquiera de ellos -los tres son equivalentes- los otros dos quedan sueltos. Otra de las propiedades de este nudo -solidaria de la anterior- es que ninguna de las cuerdas pasa por el agujero de la otra; fue quizá por este motivo que Lacan prefirió el término nudo y no cadena.

Los nombres del padre de ahora en más serán puestos en relación con las tres *dit-mensiones* que fundan el espacio habitado por el hablante: lo real, lo simbólico y lo imaginario, ubicando en el calce del nudo al objeto a. Por consiguiente, el hecho de que Lacan sostenga que estas tres dit-mensiones anudadas borromeamente son nombres del padre, nos introduce en lo que será para él la esencia de la función del Nombre del Padre: la nominación.

Durante el transcurso del *Seminario RSI*,⁶⁸ la propuesta clínica de Lacan pasa a estar completamente nodalizada. El análisis de la cuestión de la paternidad y de su función esencial, la nominación, va a permitirle armar un nudo borromeo de cuatro consistencias y ya no de tres. Para Lacan es necesaria una cuarta consistencia que nomine RSI, y como nominar implica otra dimensión, la nominación se convierte en el cuarto anillo que anuda a los otros tres desanudados: "De tres consistencias, no se sabe nunca cuál es real. Es por eso que es preciso que sean cuatro. El cuarto es lo que por este doble bucle, soporta lo simbólico de eso para lo cual está hecho, a saber, el Nombre del Padre. La nominación es lo único de lo que estamos seguros que haga agujero".⁶⁹ Y más adelante prosigue: "Toda la cuestión es saber si la nominación resulta, como aparentemente parece, de lo simbólico. Lo menos que se puede decir es que, para mi nudo, la nominación es un cuarto elemento...Un cuarto círculo anuda los otros tres ante todo planteados como desanudados".⁷⁰

Ahora bien, en el seminario dictado en el transcurso de los años 1975 y 1976, Lacan profundiza a tal punto esta línea de trabajo que llega a precipitar un nuevo momento de viraje en su enseñanza. Allí introduce una nueva denominación para esa cuarta consistencia que anuda borromeamente real, simbólico e imaginario: apelando a la grafía del francés antiguo de la palabra "síntoma", pasará a llamarlo *sinthome*.

El *sinthome* devendrá concepto durante el desarrollo mismo del seminario como consecuencia de una exhaustiva búsqueda emprendida por Lacan y orientada esencialmente por la "pista de Joyce". Tal es así que él mismo reconoce que la noción

⁶⁸ J. Lacan: *Seminario 22, RSI*, inédito, versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para circulación interna de la EFBA.

⁶⁹ *Ibíd.*, clase del 15/04/1975, pág. 112.

⁷⁰ *Ibíd.*, clase del 13/05/1975, pág. 120.

de *sinthome* le fue “entregada” por el genial escritor irlandés.⁷¹ A continuación propondremos algunas puntuaciones de ese riguroso y original trabajo de lectura de la obra joyceana ensayado por Lacan con el objetivo de destacar, por un lado, la singularidad del “caso Joyce” y, por el otro, los efectos que dicho trabajo trajo aparejados sobre la elaboración de una teoría del *sinthome* que dio lugar a una sustancial reformulación en la formalización de la estructura del ser hablante.

La escritura de Joyce, la lectura de Lacan

Con el estimulante acompañamiento de Jacques Aubert, Lacan se aboca a la lectura de algunos libros de Joyce, de su vasta correspondencia⁷² y de su biografía escrita por Richard Ellmann, en el afán de conjugar vida y obra de Joyce, o más precisamente, la función de la obra en la vida del autor.⁷³

Ya en la primera clase de este seminario, Lacan anticipa su tesis principal: el arte de Joyce es lo que ha suplido a su sostén fálico. Se trata para Lacan de una suplencia necesaria a raíz de una radical carencia paterna.

La relación de James Joyce con su padre, John Joyce, está especialmente presente en el *Ulises* y en el *Retrato del artista adolescente*. Respecto del primero de los libros mencionados, Lacan dirá que Joyce, a través de su arte, debe sostener a su padre

⁷¹ “(...) cómo por su arte alguien ha podido apuntar a entregar como tal, hasta el punto de aproximarle tan cerca como es posible, ese cuarto término, a propósito del cual hoy he querido mostrarles que es esencial al nudo borromeo mismo” (en Jacques Lacan, *Seminario 23, El sinthoma*, versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para circulación interna de la EFBA, clase del 9/12/1975, pág. 13).

⁷² “El conjunto de ese fárrago es tal que uno allí no se encuentra. En todo caso, confieso que yo no me encuentro” (*Ibid.*, clase del 10/02/1976, pág. 3).

⁷³ Aún cuando el mismo Lacan reconoce las evidentes limitaciones que semejante propósito conlleva: “¿cómo saber, a la lectura de Joyce, lo que él se creía? Porque es completamente cierto que no lo he analizado. Lo lamento. Pero en fin, es claro que él estaba poco dispuesto a ello” (*Ibid.*, clase del 10/02/1976, pág. 3). Y más adelante: “Lo que él escribe es una consecuencia de lo que él es, ¿pero hasta donde llega eso?”.

para que subsista.⁷⁴ “Padre indigno, carente” buscado pero nunca encontrado por su hijo en todo el *Ulises*. La relación existente entre los principales personajes de la novela, Bloom y Stephen, muestra este profundo desencuentro: “(...) porque hay evidentemente un padre en alguna parte, que es Bloom, un padre que se busca un hijo, pero Stephen le opone un: muy poco para mí, después del padre que he tenido. Estoy hasta la coronilla, basta de padre”.⁷⁵

En la misma dirección pero respecto ahora del *Retrato...*, Lacan pone el acento en el final de la historia de Stephen Dédalus. Transcribimos las últimas líneas: “Salgo a buscar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza. Abril, 27. Antepasado mío, antiguo artífice, ampárame ahora y siempre con tu ayuda”.⁷⁶ Una de las interesantes cuestiones ligadas a este pasaje, e incluso aludida en el diálogo de Lacan con Aubert, es el posible alcance de la misión redentora en la vida de Joyce. No obstante, en esta ocasión haremos hincapié en otro punto también subrayado por Lacan y que terminará transformándose en un valioso aporte para su conceptualización del *sinthome*: la función del artífice. Sobre este pivote, Lacan apoyará la singularidad de la respuesta subjetiva -y artística- de Joyce a los problemas derivados de la relación con su padre: “él invoca al ‘artificer’ por excelencia que sería su padre, mientras que es él el ‘artificer’, que es él quien sabe lo que tiene que hacer”.⁷⁷

Lacan ubicará el saber-hacer del artífice en el centro de su interrogación sobre el arte: “¿en qué el artificio puede apuntar expresamente a lo que se presenta ante todo

⁷⁴ *Ibíd.*, clase del 18/11/1975, pág. 16.

⁷⁵ *Ibíd.*, clase del 13/01/1976, pág. 9.

⁷⁶ James Joyce: *Retrato del artista adolescente*, Literatura Alianza Editorial, Madrid, 2001, pág. 293.

⁷⁷ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 13/01/1976, pág. 10.

como síntoma?”⁷⁸ Entendemos que, en el contexto del seminario, esta pregunta indica un pasaje posible para promover en la dirección de algunas curas, a saber, el pasaje del síntoma al *sinthome*. En los apartados que siguen intentaremos precisar el modo en el que ese pasaje fue atravesado por James Joyce.

El saber-hacer con lalengua

¿Cuáles son las características distintivas del saber-hacer joyceano? “Él escribe el inglés con esos refinamientos particulares que hacen que lalengua, inglesa en este caso, él la desarticule. No hay que creer que eso comienza con *Finnegans Wake*. Mucho antes que el *Finnegans Wake*, él tiene una manera de hachar las frases, en *Ulises* especialmente, esto es verdaderamente un proceso que se ejerce en el sentido de dar a la lengua en la que escribe otro uso, un uso, en todo caso, que está lejos de ser ordinario. Eso forma parte de su saber-hacer”⁷⁹.

A pesar de la sugestiva coincidencia con la definición del inconciente que Lacan ofreciera en la última clase del *Seminario 20*,⁸⁰ el saber-hacer joyceano con lalengua, con *su* lalengua, está enlazado a un estilo de escritura que apunta más al juego con la letra que con la equívocidad del significante. Escritura, además, que tiene para él un rol específico: la producción de enigmas -con función reparadora, agregará Lacan-. Y estos enigmas son elevados a la segunda potencia por esa particular tarea de vaciamiento de sentido y de descomposición de las palabras a la que tan tenazmente Joyce se encomienda.

⁷⁸ *Ibíd.*, clase del 18/11/1975, pág. 16.

⁷⁹ *Ibíd.*, clase del 20/01/1976, pág. 2.

⁸⁰ “(...) el inconciente es un saber, una habilidad, un *savoir-faire* con lalengua” (en Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 20: Aún*, Paidós, Buenos Aires, 1981, clase del 26/06/1973, pág. 167).

Ahora bien, luego de preguntar con cierta insistencia si Joyce estaba loco, Lacan abordará el tema de la escritura joyceana pero en relación a la imposición de las palabras. En primer lugar, hace referencia a una presentación de enfermos que da cuenta del fenómeno de las palabras impuestas. Para luego, y aprovechando como nexos la telepatía mencionada en el relato de este paciente, pasar a hablar de la comprometida “defensa” que Joyce hizo de su hija esquizofrénica, atribuyéndole precisamente un poder telepático. En dicha atribución Lacan comienza a advertir la influencia de cierta intrusión lingüística en la subjetividad de Joyce: “(...) en el sitio de la palabra no se puede decir que algo no estaba impuesto a Joyce, quiero decir que en el progreso de alguna manera continuo que ha constituido su arte, a saber, esta palabra que llega a ser escrita, al quebrarla, al descomponerla, al hacer lo que al final lo que al leerlo parece un progreso continuo desde el esfuerzo que él hacía en sus primeros *Ensayos Críticos*, luego a continuación en el *Retrato del artista*, y finalmente en el *Ulises*, para terminar en *Finnegans Wake*, es difícil no ver que una cierta relación a la palabra le es cada vez más impuesta, hasta el punto en que él termina por disolver el lenguaje mismo, imponer al lenguaje mismo una especie de quebradura, de descomposición, que hace que ya no haya identidad fonatoria”.⁸¹

Imposición de las palabras pero, en respuesta, imposición de Joyce al lenguaje mismo a través de su escritura. Quizás desde esta peculiar respuesta podamos comenzar a dimensionar la función reparadora de su arte -en los apartados siguientes veremos cómo Lacan articula esta función con el ego y el hacerse un nombre-.

Desde esta misma perspectiva, Lacan analiza el asunto de las epifanías con la ayuda, una vez más, de Jacques Aubert, al que le pregunta incluso si se trata de un

⁸¹ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 17/02/1976, pág. 9.

término de Joyce. Éste le contesta afirmativamente, pero le propone discutir su pertinencia. Explica que si bien el término puede tener distintas significaciones, contamos afortunadamente con una definición establecida por el propio Joyce en *Stephen Hero*: “Por epifanía, él entendía una súbita manifestación espiritual, que se traducía por la vulgaridad de la palabra o del gesto o bien por alguna faz memorable del espíritu mismo”.⁸² La epifanía entonces es considerada por Joyce como una técnica literaria caracterizada por la emergencia de algo, una frase por ejemplo, que no sigue el curso del pensamiento previo. Esto lleva a algunos autores a emparentarla con la estructura del fenómeno elemental. La virtud joyceana es poder integrar estas emergentes manifestaciones al relato. Si bien de alguna manera sigue conservándose cierta fragmentación del lenguaje, la articulación de la epifanía al texto ya supone un trabajo de elaboración de parte del sujeto-autor.

Con estos dos ejemplos -las palabras impuestas y las epifanías- Lacan muestra la relación de Joyce con el lenguaje: aunque podría conjeturarse que algo de estas imposiciones lo perturba, es evidente que en un segundo tiempo puede hacer algo con ellas a través de su escritura.

Resulta necesario tener en consideración que, sin ese trabajo de escritura, estas perturbaciones del lenguaje revestirían un serio peligro para la estructura subjetiva. Por el error en uno de los cruces entre lo simbólico y lo real, se provoca un trastocamiento en el anudamiento borromeo con la siguiente consecuencia: el anillo de lo imaginario tiende a desprenderse.⁸³ A continuación centraremos nuestra atención en la relación de

⁸² James Joyce: *Esteban, el héroe*, Editorial Sur, Buenos Aires, 1960, pág. 228.

⁸³ “(...) les ruego que controlen esto: que cuando él da una lista de ellas, todas esas epifanías están caracterizadas por la misma cosa y que es muy precisamente ésta: la consecuencia que resulta de este error, a saber que el inconciente está ligado a lo real. Cosa fantástica, Joyce mismo no habla de ello de

Joyce con su propio cuerpo, con la pretensión de ir especificando la formalización aportada por Lacan a propósito de la subjetividad joyceana y que llevará el nombre de “nudo de Joyce”.

El cuerpo y el ego

En la última reunión de su seminario, Lacan se aboca al análisis de la relación de Joyce con su cuerpo. Para hacerlo, toma un fragmento del *Retrato...*, que según su hermano Stanislaus, es indudablemente autobiográfico: se trata de la escena de la paliza sufrida por el protagonista de la novela, Stephen, por parte de Héron y sus dos amigos. Instantes después de la agresión, y recordando imágenes de este ultrajante episodio, Stephen “se preguntaba por qué no guardaba mala voluntad a aquellos que lo habían atormentado. No había olvidado en lo más mínimo su cobardía y su crueldad, pero la evocación del cuadro no le excitaba al enojo. A causa de esto, todas las descripciones de amores y de odios violentos que había encontrado en los libros le habían parecido fantásticas. Y aún aquella noche, al regresar vacilante hacia casa a lo largo del camino de Jones, había sentido que había una fuerza oculta que le iba quitando la capa de odio acumulado en un momento con la misma facilidad con la que se desprende la suave piel de un fruto maduro”.⁸⁴

Lo que a Lacan le resulta “sorprendente” es la ausencia de afecto ante esta violencia padecida corporalmente, sorpresa que señala la relación de Joyce con su cuerpo como si fuera un objeto extraño. No se trata de un goce masoquista; la imagen

otro modo. Es completamente legible en Joyce que la epifanía, ahí está lo que hace que, gracias a la falta, inconciente y real se anuden” (en Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 11/05/1976, pág. 16).

⁸⁴ James Joyce: *El retrato...*, op.cit., págs. 92-93.

del cuerpo se desprende como una cáscara. Este desprendimiento es correlativo de otro, el de la consistencia de lo imaginario en el nudo -por la interpenetración de los registros simbólico y real anteriormente mencionada-: “se escabulle, se escabulle exactamente como lo que Joyce siente tras haber recibido su paliza; se escabulle, la relación imaginaria no tiene lugar”.⁸⁵

Ahora bien, este desprendimiento no es completo, porque se nos presenta ya reparado. De hecho, Lacan y, después de él, otros lectores analistas, lo encontramos en sus textos. Al decir de Erik Porge, “la escritura de Joyce da prueba a la vez de la realidad de esta experiencia y de su reparación”.⁸⁶ En esta ocasión, Lacan resaltará otro sesgo de la suplencia joyceana: el ego en su “función enigmática” y “reparatoria”. Ego que le permite salir del goce autista obtenido con la escritura para hacer lazo social mediante la publicación de sus escritos. De esta manera, pasa a ser Joyce, *el* artista.⁸⁷ Y ha logrado serlo a partir no sólo de su virtuosismo literario sino también de su original modalidad de escritura y de su prolífica producción de enigmas.⁸⁸

Volviendo a la formalización de la estructura subjetiva de Joyce, este ego es, para Lacan, “corrector de esta relación faltante, de lo que no anuda borromeamente a lo que hace nudo de real y de inconciente en el caso de Joyce”.⁸⁹ Esta corrección *in situ*, en el lugar mismo del error, sin llegar a restituir en sentido estricto el borromeanismo

⁸⁵ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma...*, op.cit., clase del 11/05/1976, pág. 11.

⁸⁶ Erik Porge: “Endosar su cuerpo”, en *Littoral 7/8, Las psicosis*, op.cit., pág. 92.

⁸⁷ Al respecto, una mención presente en la primera clase del seminario en cuestión y que, leída retrospectivamente desde la última, se convierte en una lúcida anticipación de Lacan: “*Un retrato del artista*, del artista que hay que escribir poniendo todo el acento sobre el *el*, que por supuesto en inglés no es completamente nuestro artículo definido, pero se puede confiar en Joyce: si él ha dicho “el”, es porque piensa que, artista, él es el único, que en eso él es singular” (en Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 18/11/1975, pág. 9).

⁸⁸ Recordemos la célebre declaración que Joyce brindara en 1922, al publicarse el *Ulises*: “He puesto tantos enigmas y puzzles que van a mantener ocupados a los catedráticos durante siglos debatiendo sobre lo que yo quería decir, y esta es la única manera de asegurarme la inmortalidad”.

⁸⁹ *Ibíd.*, clase del 11/05/1976, pág. 13.

del nudo, sí es responsable de un anudamiento diferente que impide la liberación de lo imaginario.

El nombre propio de James Joyce

La eficacia del ego como suplencia joyceana se sostiene por sus estrechas vinculaciones con la escritura, como recién comentábamos, así como también con el nombre propio. Y la cuestión del nombre propio vuelve a ubicar la suplencia en relación directa con la carencia paterna. Es más, para Lacan ahí radica la “clave” de lo que le sucedió a Joyce: “Que Joyce tiene un síntoma que parte de que su padre era carente, radicalmente carente, él no habla más que de eso. He centrado la cosa alrededor del nombre, del nombre propio, y he pensado que es por quererse un nombre que Joyce ha hecho la compensación de la carencia paterna (...) está claro que el arte de Joyce es algo tan particular que el término *sinthome* es precisamente lo que le conviene”.

Esta cita, extraída de la clase del 17 de febrero de 1976, puede leerse en serie con otras dos pertenecientes a la clase anterior: “(...) su deseo de ser un artista que ocuparía a todo el mundo, el mayor mundo posible, en todo caso, ¿no es lo compensatorio de este hecho, que, digamos, su padre no ha sido jamás para él un padre?, que, no solamente no le enseñó nada, sino que fue negligente en casi todo, salvo en descansar sobre los buenos padres jesuitas...” Y en el párrafo siguiente: “¿No hay algo, diría, como una compensación de esta dimisión paterna, de esta *verwerfung* de hecho, en el hecho de que Joyce se haya sentido imperiosamente ‘llamado’ -éste es el término, es el término que resulta de un montón de cosas en su propio texto, en lo que ha escrito- y que ése sea el resorte propio por el cual en él el nombre propio -esto es

algo extraño: yo había dicho que hoy hablaría del nombre propio, cumplo al final mi promesa- el nombre que le es propio, es eso lo que él valoriza a expensas del padre?”.⁹⁰

Las numerosas alusiones que pueden hallarse en la monumental biografía de Ellmann⁹¹ respecto de la relación de James Joyce con su padre John Stanislaus Joyce - incluyendo la transcripción de algunas cartas intercambiadas entre ellos- cobran algún sentido para los analistas gracias al genial trabajo de lectura realizado por Lacan, particularmente del *Ulises* y del *Retrato*...Es gracias a dicho trabajo que encuentra sus argumentos la tesis lacaniana sobre la escritura de Joyce así como también fundamento la resolución de uno de los enigmas joyceanos, al menos el que puede interesarle al psicoanálisis: ¿qué es lo que Joyce pudo y supo hacer con su síntoma?

El saber-hacer joyceano propició así el pasaje de este síntoma al *sinthome*. Recurriendo nuevamente a la lógica nodal propuesta por Lacan, diremos que el artificio construido por Joyce -a partir de una esencial articulación entre escritura, ego y nombre propio-, constituyó un remedio de la falla en la función de nominación paterna. Ese fue su saber-hacer *allí*, esa fue su herejía...⁹²

⁹⁰ *Ibid.*, clase del 10/02/1976, pág. 15.

⁹¹ Richard Ellmann: *James Joyce*, Anagrama, Barcelona, 2002.

⁹² “(...) él (Joyce) elige, en lo cuál es como yo un herético; pues *hérésie* (herejía-RSI), eso es precisamente lo que especifica al herético. Es preciso elegir la vía por donde tomar la verdad. Esto tanto más cuanto que una vez hecha la elección, eso no impide a nadie someterla a confirmación, es decir ser hereje de la buena manera, aquella que, por haber reconocido bien la naturaleza del *sinthome*, no se priva de usarlo lógicamente, es decir hasta alcanzar su real al cabo del cual ya no hay más sed” (en Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 18/11/1975, pág. 7).

Desde la singularidad de Joyce hacia una teoría del *sinthome*...

La escritura de Joyce y la lectura de Lacan forjaron un caso, singular y paradigmático a la vez, que sentó las bases para la edificación de una teoría del *sinthome*. Teoría -aún en proceso de elaboración dentro del lacanismo- que contiene al menos dos problemáticas bien diferenciadas entre sí: por un lado, una nueva conceptualización del fin de análisis para la neurosis y, por el otro, la cuestión de las suplencias en las psicosis.

Respecto de este segundo punto, que es tema de interés para nuestra investigación, el concepto de *sinthome* nos invita a trazar un horizonte distinto para el tratamiento de algunas las psicosis: la búsqueda de un objeto de goce que se inventa al extraerse del decir del sujeto -de ahí su ubicación nodal entre lo simbólico y lo real- y que reintroduce el agujero en la estructura al reparar *in situ* el error o lapsus del nudo. Este objeto de goce permite recrear el objeto “a” como falta en el lugar mismo de la falla. De esta manera, se restituye el uno real de la estructura facilitando un modo de gozar más beneficioso para el sujeto al estar orientado por la brújula de su deseo.

Siguiendo la enseñanza de Joyce, Lacan sostiene que el *sinthome* es un artificio y que, por consiguiente, el arte es su principal aliado -aunque, cabe aclarar, que no es imprescindible que el objeto inventado sea específicamente artístico-. El sujeto autor del artificio se convierte así en un *artífice*, a fin de cuentas en el artífice de su propia historia. Para circunscribir mejor la función del saber-hacer del artífice, una última cita del *Seminario 23*: “uno sólo es responsable en la medida de su saber-hacer. ¿Qué es el

saber-hacer? Digamos que es el arte, el artificio, lo que le da al arte del que uno es capaz un valor notable”.⁹³

Retomaremos esta proposición de Lacan en el último capítulo de la segunda parte de esta tesis. Allí destacaremos su valor fundante para una nueva ética del psicoanálisis. Mientras tanto, compartimos con el lector lo que esta cita, en el contexto de su seminario, nos sugiere: que en la clínica nodal de las psicosis se tratará, entre otras líneas de intervención posibles, de ofrecerle un destacado lugar a ese valor notable del arte del que *cada* uno es capaz. Esta dirección contribuirá a que, por lo menos en algunos casos, el analizante pueda construir su artificio y sepa-hacer con él desde su singularidad.

⁹³ *Ibíd.*, clase del 13/01/1976, pág. 2.

CAPÍTULO 6.

DESPUÉS DE LACAN: DIFERENTES PERSPECTIVAS TEÓRICAS

“Jacques-Alain Miller: ¿Exigen las mismas categorías, los mismos signos, la clínica de las neurosis y la clínica de las psicosis? ¿Entiende usted que la clínica de las psicosis puede arrancar de una proporción como: "el significante representa al sujeto para otro significante", con lo que de esto se deduce en cuanto al objeto a? ¿S_barrado, a, S1 S2, son términos apropiados para la clínica del psicótico?

Jacques Lacan.: La paranoia, quiero decir la psicosis, es para Freud absolutamente fundamental. La psicosis es aquello ante lo cual el analista en ningún caso debe retroceder.

J. A. M.: En la paranoia, ¿representa el significante al sujeto para otro significante?

J. L.: En la paranoia el significante representa a un sujeto para otro significante.

J.-A.M.: ¿Y puede usted situar ahí "fading", objeto a...?

J.L.: Exactamente.

J.-A.M: Habría que demostrarlo

J. L.: No hay duda de que habría que demostrarlo, es cierto, pero no lo demostraré esta noche”.

Jacques Lacan, *Apertura de la Sección Clínica 1977.*

La posición de otros autores

Destacados referentes de la comunidad analítica actual se han interesado por la clínica de las psicosis, intentando desbrozar el camino abierto por Lacan. Algunos de ellos han estudiado más específicamente el tema de la posición del analista en la transferencia psicótica, proponiendo diferentes lecturas acerca de algún sesgo particular del mismo, en general enriquecidas por su articulación con el ámbito clínico.

Algunas de estas lecturas incluso estimularon las nuestras o aportaron nuevos elementos de análisis que favorecieron una mayor precisión de nuestras preguntas de investigación. A continuación, haremos una reseña de las perspectivas teórico-clínicas de estos autores, tomando como criterio de selección la originalidad de sus proposiciones y la rigurosa fundamentación de las mismas.

Philippe Julien retoma la idea esbozada por Lacan en su escrito *De una cuestión preliminar...* acerca del amor de amistad y la *philia* aristotélica a la hora de pensar el vínculo transferencial con el psicótico. En relación precisamente con lo vertido en ese escrito a propósito de Schreber, Julien comenta: “Allí se indica la posibilidad del analista, del abordaje del psicótico. ¿De qué manera? La amistad, en el sentido de la *Ética de Nicómaco* (L. VIII y IX), como esencia del matrimonio, es una *philia* estrictamente correlativa de la *philautia* (amor de sí) siguiendo la frase de Aristóteles: ‘Igual que, cuando queremos contemplar nuestro rostro, lo hacemos mirándonos en el espejo, así, cuando queremos conocernos a nosotros mismos, nos conocemos viéndonos en un amigo. Pues el amigo, decimos es otro nosotros mismos.’”⁹⁴ Acentuando de este modo la correlatividad existente entre el amor al otro y el amor de sí, Julien enfatiza la importancia que posee este amor de amistad entre analizante y analista respecto de los efectos que en el psicótico se producen por las fallas en la relación imaginaria.

Siguiendo por la misma dirección, el autor ubica esta posición posible para el analista en las antípodas con la de Un-padre, figura caracterizada por Lacan también en aquel escrito: “Ahora bien, en el psicótico este nexo se mantiene en su relatividad,

⁹⁴ Philippe Julien: “Lacan y la psicosis”, en *Litoral* 7/8, op.cit., pág. 19.

dirigiéndose a otro, a determinado “terapeuta”. ¿No está allí el único apoyo de un “tratamiento posible” si el psicoanalista sabe ocupar este lugar? Este es el *opuesto* de aquel que viene a ocupar un día Un-padre cualquiera, provocando así el llamado por el sujeto del significante del Nombre-del-Padre en gran A y el desencadenamiento de un delirio”.⁹⁵

En consonancia con este planteo, Jean Allouch, luego de situar una ternaridad de lugares en la subjetividad psicótica: el lugar del testigo, el del Otro y el del otro, indica para el analista la ocupación de este tercer lugar, el del semejante, lugar respecto del cual el sujeto hace valer su testimonio. Allouch profundiza esta idea diciendo: “[...] podemos intervenir cuando, dirigiéndose a nosotros como a un semejante, como a un codelirante potencial, el psicótico espera de nosotros la confirmación de la experiencia que él sufre y de la que se hace entonces para nosotros el testigo”.⁹⁶

En su intento de despejar las particularidades de la transferencia en las psicosis y en el marco de su interpretación del caso Aimée, Allouch sostiene acerca de la posición del psicótico -y de su identidad con la del analista en el tratamiento de las neurosis- lo siguiente: “[...] él posa transferencialmente, como lo hace el psicoanalista con cada petición que se le dirige. Schreber plantea una erotomanía divina, es decir, posa como objeto posible de una transferencia (como posible apoyo, para alguien, del SsS) haciendo saber lo que el Otro le hace saber”.⁹⁷ Allouch confronta entonces al analista con esta elección: “[...] o bien limita el campo de su acción a las neurosis, o bien deja al

⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 20.

⁹⁶ Jean Allouch: “Ustedes están al corriente, hay una transferencia psicótica”, en *Littoral*, 7/8, op.cit., pág. 52.

⁹⁷ Jean Allouch: *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée*, op.cit., pág. 618.

psicótico el cuidado del “posar transferencialmente”, reconocer en él la pertinencia de ese acto, por medio del cual es él, el psicoanalista, quien se encuentra en posición de transferir. Es así como Lacan pudo decir que la transferencia es primero una transferencia al psicótico”.⁹⁸

En este mismo escrito, Allouch examina las consecuencias que, sobre el vínculo transferencial con el psicótico, tiene la singular relación entre objeto y amor, tal como es pensada por Lacan en el *Seminario 8*: “Si el psicótico es alguien que tiene el objeto a minúsculo en su bolsa, él es quien, en la disparidad subjetiva de su relación con él, es el *erómenos*, y con esto de por medio, sólo podemos tener que ver con él, primero, en condición de *erastés*. De esta manera vemos que si Lacan puso fin a la cojera de la transferencia en el análisis (habiendo llegado en segundo lugar, señala, nunca pudo alojarse en él), y si obtuvo ese resultado refiriendo la transferencia al deseo del analista, fue, también en este caso, por no haber descuidado la incidencia de la transferencia psicótica tal como acabamos de presentarla”.⁹⁹

Mientras tanto, otro referente del psicoanálisis contemporáneo, Colette Soler, también aborda el tema en cuestión desde una perspectiva de articulación teórico-clínica. La autora en el primer apartado de sus *Estudios sobre las psicosis*, titulado precisamente “¿Qué lugar para el analista?”, hace alusión a un caso clínico en el que intervino al menos de tres maneras diversas, de las que aquí subrayaremos estas dos: como testigo y como orientación del goce, subdividida esta última a su vez en dos versiones, una limitativa y otra positiva por apuntalamiento del ideal.

⁹⁸ *Ibíd.*, 620.

⁹⁹ *Ibíd.*, 621.

En palabras de Soler: “Un primer modo de intervención fue un silencio de abstención y esto cada vez que el analista es solicitado como el Otro primordial del oráculo; para decirlo mejor, cada vez que es invocado como saber en lo real. [...] Esto coloca al analista como otro Otro, que no hay que confundir con el Otro del Otro, otro que no es el que ella llama la “fiera”, el perseguidor. Sin duda, no es otra cosa que un testigo”.¹⁰⁰ Y a continuación agrega: “Un segundo tipo de intervención corresponde a lo que llamaré: orientación del goce. Una, limitativa, que intenta hacer de la prótesis a la prohibición faltante, consistió en decir no, en poner un obstáculo cuando la sujeto parecía cautivada por la tentación de dejarse estrangular por el hombre que manifiestamente la pretendía. La otra, positiva: yo sostuve su proyecto artístico incitándola a considerar que ese era su camino”. El relato de esta viñeta clínica le permite a Soler ilustrar y argumentar su propuesta para la posición del analista en la transferencia psicótica: lo que denomina una “vacilación en la implicación forzosa del analista”.

En el campo del millerismo, existe una profusa producción de material bibliográfico acerca de las psicosis. En algunos de estos trabajos pudimos encontrar ciertas referencias específicamente orientadas al estudio de la posición del analista en la transferencia psicótica. Nos estamos refiriendo especialmente a la serie de conversaciones clínicas iniciadas en el año 1996 y continuadas en los dos años siguientes: “El conciliábulo de Angers”, “La conversación de Arcachón” y “La convención de Antibes”. Los dos primeros encuentros fueron reunidos en *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*, mientras que la última discusión, que cierra

¹⁰⁰ Colette Soler: *Estudios sobre las psicosis*, Manantial, Buenos Aires, 1991, págs. 9-10.

la tríada, fue publicada bajo el ya célebre título de *La psicosis ordinaria*. Con este nombre Jacques-Alain Miller abre una novedosa vía de abordaje dentro del amplio campo de las psicosis. Su propio autor así define este nuevo concepto: “En la historia del psicoanálisis hubo un interés muy natural por las psicosis extraordinarias, por gente que realmente lograba un éxito resonante. ¿Hace cuánto que Schreber está para nosotros en cartel? Mientras que aquí tenemos psicóticos más modestos, que reservan sorpresas, pero que pueden fundirse en una suerte de media: la psicosis compensada, la psicosis *suplementada*, la psicosis en terapia, la psicosis en análisis, la psicosis que evoluciona, la psicosis *sinthomatizada* -si me permiten. La psicosis joyceana es discreta, a diferencia de la obra de Joyce”.¹⁰¹

En este libro aparecen varias menciones referidas a la posición del analista en lo que allí se denomina la “neotransferencia” en la psicosis, pero mayoritariamente restringidas a la interpretación de algún caso clínico en particular. Por tal razón, elegimos de este texto un par de proposiciones que pretenden tener un alcance más general. La primera pertenece al mismo Miller: “Nosotros tratamos de establecer las condiciones de conversación con el psicótico, y nos ofrecemos para que él se sirva de nosotros. Existe una situación analítica normalizada hacia la que tratamos de conducir al sujeto neurótico. Al mismo tiempo, nos ofrecemos al mercado como una especie de instrumento. Y muchas veces la gente nos utiliza de una manera que no está normalizada, no prevista por el modo de uso. A menudo surge la pregunta de si hay que aceptarlo. Pero siempre debe considerarse al mismo tiempo el otro lado: ¿es completamente necesario imponerle nuestro ideal de tratamiento a un sujeto que se sirve de nosotros a su manera, y que encuentra en ello su propia satisfacción? Hay usos más

¹⁰¹ Jacques-Alain Miller y otros: *La psicosis ordinaria*, ICBA/Paidós, Buenos Aires, 2005, pág. 201.

nobles, nos gustaría que el paciente nos utilice de una manera mejor, y por supuesto no hay que resignarse, pero hay que tener en cuenta también el otro lado. ‘Freud dócil a la histérica’, decía Lacan, y Guéguen, como Fabienne Henry, nos invitan a hacer extensiva nuestra docilidad al psicótico. Seamos, en efecto, objetos lo suficientemente flexibles y tolerantes, lo suficientemente masoquistas, si me permiten, para que se hagan usos de nosotros que no están normalizados, ni son completamente previsibles...”¹⁰²

En sintonía con este planteo pero complejizándolo aún más, Alfredo Zenoni comenta: “La cuestión ahora es cómo definir la posición del analista. ¿Quién la define? Primero, el sujeto, como vimos esta mañana. El sujeto es el que le dice al terapeuta: ‘Usted debe creerme’ o ‘Busco a alguien que me crea’. En el caso de Léonce Boigelot es: ‘Esta mañana tendremos un análisis freudiano’ o ‘Esta mañana tendremos un análisis metafísico’. El sujeto actúa de alguna manera como amo, y prescribe la posición que uno tiene que ocupar. Toda la cuestión es determinar cuál será entonces nuestra docilidad. ¿Se trata de ser simplemente dócil? ¿Cómo hacerse utilizar por el sujeto que prescribe nuestra posición?

Para terminar, observo que en un caso del informe de Nantes y Rennes se evoca el eje imaginario y una posición más bien amistosa, mientras que el informe de Burdeos refiere la posición del analista como Otro real. Me gustaría poner en tensión esas dos formulaciones con la noción de docilidad, en relación con la posición que nos prescribe el sujeto”.¹⁰³

¹⁰² *Ibíd.*, pág. 293.

¹⁰³ *Ibíd.*, pág. 302.

En el ámbito local, y en algunas ocasiones en función de sus respectivas pertenencias institucionales, muchos analistas retomaron algunas de las líneas de investigación recién presentadas. Por tal motivo, a continuación apuntaremos las tesis principales de dos analistas argentinos, dicho sea de paso, antagónicas entre sí, que claramente reflejan ser el resultado de desarrollos propios y que revisten algún grado de novedad sobre el asunto en cuestión.

El psicoanalista Isidoro Vegh en su texto *Una cita con la psicosis* aborda el tema desde la siguiente perspectiva: la diferencia que puede establecerse entre el amor y la amistad, en relación a la transferencia en la psicosis. Para hacerlo no trabaja la referencia aristotélica aludida por Lacan, sino una obra de Platón, *Lisis o Tratado de la amistad*. De este escrito subraya lo siguiente: “Vamos pues con Sócrates al encuentro de sus jóvenes oyentes, entre ellos Lisis, a quienes avanza esta pregunta: ¿qué es la amistad?, nosotros podríamos añadir, ¿en qué se diferencia del amor?

Sócrates comienza preguntando si la amistad no será que lo semejante busca lo semejante. Los jóvenes oyentes consienten que sería imposible si no hubiera algo que compartieran entre ellos. Sin embargo, Sócrates se ve obligado a dejar esta tesis cuando recuerda lo que está en la base de su posición: el sujeto no busca sino aquello que le falta, la falta instituye el deseo.

Sócrates pregunta: ¿qué es eso que se busca en la amistad? (...) algún objeto habrá de estar en juego, que brinde la satisfacción que sustenta la razón de la amistad”¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Isidoro Vegh: *Una cita con la psicosis*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 1993, pág. 40.

A partir de la conjunción de estas dos ideas extraídas del discurso de Sócrates, Vegh construye su respuesta: "...el analista juega en la escena con el psicótico, participa del juego como se participa del juego de la amistad.

Supone en pliegue a los ideales del Otro, comparte el abanico de esos ideales, aceptando que es el psicótico quien los guía.

Pero con Sócrates aceptamos que no es suficiente, ¿cuál es la satisfacción, la cuota de goce en juego para que el psicótico acuda con entusiasmo a la cita?: el juego se sostiene si el analista, como en el lazo de la amistad, acepta que el psicótico encuentre el objeto de su goce más allá de su cuerpo.

A diferencia del amor, la amistad suspende el encuentro del objeto en el cuerpo del Otro, para hallarlo más allá de su ser. Es así como se juega la transferencia en la psicosis".

En contraposición con esta concepción, Gabriel Lombardi define el lugar del analista en el abordaje de la psicosis en términos de semblante del objeto a, al igual que lo indicado por Lacan para el tratamiento de las neurosis. Lombardi luego de descartar para el analista los lugares de agente paterno de la castración, de ideal, de sujeto en actividad, de sujeto supuesto saber, formula este interrogante: "¿Es el analista el otro imaginario para su paciente psicótico?".¹⁰⁵ Y responde negativamente argumentando que "[...] las relaciones imaginarias no fundan lazos suficientemente fuertes una vez que la psicosis se ha desencadenado. Y si esos lazos son fuertes, suelen virar hacia la tensión agresiva...".

¹⁰⁵ Gabriel Lombardi: *La clínica del psicoanálisis 3, Las psicosis*, Atuel, Buenos Aires, 2001, pág. 128.

Así, Lombardi allana el camino para situar al analista en su función de semblantar el objeto a: “Por eso, por exhaución, podríamos conjeturar que no hay posición mejor para el analista ante su paciente psicótico que la posición...de analista, es decir la que se define como semblante de objeto a, que es la única que permite una “sumisión completa a las posiciones subjetivas del enfermo”. El analista a veces no cuenta más que por su presencia silente, a veces no es más que el depositario de los papeles garabateados por el sujeto que dice entregar “poemas”. Otras veces es la oreja, o el ojo, testigo silente de la desventura y de la gloria alternadas o simultáneas de su paciente. También está el analista secretario, el que guarda los secretos del alienado, y que verdaderamente es una suerte de tarro de basura, y que sin embargo causa algo en el sujeto. Lo menos que puede decirse de él es que estimula el trabajo de la psicosis. Pero a veces eso va claramente más lejos. El analista logra a veces causar el deseo del psicótico”.¹⁰⁶

Nuestra perspectiva de investigación

Aspectos teóricos

Nuestra propuesta de trabajo se inscribe dentro del campo del lacanismo y su interés radica para nosotros en el convencimiento de que el abordaje de las psicosis puede brindarnos un valioso aporte para la comprensión no sólo del tema en cuestión sino también de algunos conceptos relativos a la teoría y práctica del psicoanálisis en su conjunto.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, pág. 128.

La *transferencia* en las psicosis es el eje rector que guía todo el despliegue de nuestra investigación. Tal elección supone responder afirmativamente a una pregunta histórica: “¿hay transferencia en las psicosis?”, cuyos inicios podemos encontrarlos en la obra del inventor mismo del psicoanálisis y que no dejó de ser retomada, como vimos anteriormente, por sucesivas generaciones de psicoanalistas, pertenecientes incluso a diferentes escuelas. Y si bien con esta última mención intentamos dimensionar la relevancia del tema, estamos advertidos de que la afirmación “hay transferencia en las psicosis” no reviste originalidad alguna sino a través de una particular y rigurosa demostración de las consecuencias teórico-clínicas que de ella pueden derivarse.

En este sentido, consideramos que la noción de transferencia -como así también las de sujeto, deseo, objeto a, goce y otras- no son patrimonio exclusivo de una estructura clínica sino que se trata de nociones *transclínicas*, es decir, nociones que atraviesan toda la clínica. Aún más, como la clínica psicoanalítica es esencialmente transferencial, excluir a las psicosis de la transferencia es hacerlo de la clínica psicoanalítica misma. Concebir las psicosis desde la perspectiva del déficit -definiéndola en términos meramente privativos: no hay fantasma, no hay deseo, no hay inconciente, en definitiva, no hay lo que sí hay en la neurosis: un sujeto- expulsa al analista del campo de las psicosis. De este modo, queda en evidencia que lo que está en juego es la ética que fundamenta la forma en la que pensamos y practicamos nuestra clínica: reconocerlo o abolirlo como sujeto al psicótico determina todo lo demás.

Ahora bien, si estas consideraciones preliminares nos conducen a otorgarle cierta unidad al concepto de transferencia, nos exigen, al mismo tiempo, reparar en la diversidad de sus modalidades y por ende, en sus distintas formas de presentación y realización en las neurosis, en las perversiones y en las psicosis. Arribamos de esta

manera a una segunda aseveración: existe una modalidad específica de transferencia en las psicosis. Así, se abre un nuevo y crucial interrogante para nuestra investigación: *¿en qué consiste la especificidad de la transferencia psicótica?*

Preguntarnos por las particularidades de la transferencia en las psicosis nos invita a estudiar el peculiar lazo establecido entre el amor y el saber, relación que Jacques Lacan nos enseñó a ubicar en primer plano a la hora de conceptualizar la transferencia. Siguiendo las formulaciones vertidas en nuestro marco teórico, podemos plantear que amor y saber se encuentran íntimamente anudados. No solamente porque cuanto más se habla de amor menos se sabe de él sino porque, además, el amor se dirige esencialmente al saber. La condición fundamental del amor es la suposición del saber y de un sujeto que lo posea. Doble suposición -del saber y del sujeto- que constituye la función sobre la que está reglada la transferencia analítica, es decir, la función del sujeto supuesto saber. El amor de transferencia motoriza la búsqueda de ese saber en falta -y por esto mismo supuesto- sobre la causa de los síntomas que aquejan a un sujeto neurótico, y con esta búsqueda la del objeto que cree fuente de la felicidad.

Y es aquí, en rigor, donde proponemos comenzar a situar las diferencias de estructura entre las neurosis y las psicosis, es decir, en la *relación del sujeto con el saber*. El sujeto psicótico, en general, no está sin saber lo que le pasa; él no acude a la cita analítica por una demanda de saber sobre la razón de sus padecimientos. Otros motivos lo llevan a consultar; incluso, en muchas ocasiones, es llevado por otro. Por consiguiente, al analista no le es atribuido por el psicótico ese lugar de sujeto supuesto saber ni el de sostén del objeto de goce. Si el analista, obstinadamente, se empeña en forzar la constitución de este lugar, no hará más que presentarse como poseedor del

saber, dejando el terreno abonado para la irrupción de la persecución o la erotomanía - recordemos que tal es la enseñanza de Schreber-. Llegados a este punto nos confrontamos con una pregunta más precisa que será trabajada especialmente en el primer capítulo de la segunda parte de esta tesis: *¿de qué modo podemos pensar el anudamiento entre el amor y el saber en la transferencia psicótica?*

Otra dimensión elegida para nuestro abordaje del tema de investigación, es la articulación existente entre *lenguaje y cuerpo*. Ya puntuamos cómo, en los cuatro hitos elegidos para surcar nuestro recorrido por la enseñanza de Lacan, estaban presentados diferentes modos de formalizar dicha articulación. De esas referencias, nos apoyaremos fundamentalmente en la desarrollada por Lacan en el último tramo de su obra, ya que allí pudimos encontrar las mejores herramientas para el análisis de esta cuestión.

En todos los capítulos dedicados al análisis de casos clínicos nos abocaremos al estudio de diferentes vertientes de este mismo eje temático: la función paterna de nominación y las consecuencias de sus fallas; los efectos que sobre la subjetividad psicótica tiene el discurso de la época y las respuestas que frente a esto el psicoanálisis puede brindar; los múltiples registros del cuerpo -haciendo especial hincapié en las manifestaciones imaginarias derivadas de ciertos trastornos en la relación cuerpo-lenguaje-; las distintas maneras en las que dicha relación se expresa en los enlaces y desenlaces discursivos y transferenciales; las consecuencias teórico-clínicas del uso operatorio del concepto de *sinthome* -y otros conceptos afines como el de *artificio* o *saber-hacer*-.

Todos estos tópicos conceptuales serán trabajados a la luz de distintos fragmentos clínicos con la intención no sólo de profundizar su problematización sino

también de evaluar la eventual eficacia de algunas líneas de intervención asociadas a determinadas particularidades de la posición del analista.

Por último, y antes de pasar a la presentación de nuestra propuesta metodológica, le otorgaremos estatuto de concepto fundamental dentro de nuestra perspectiva de estudio, a la idea de *disparidad subjetiva*, tomada del seminario sobre la transferencia e incluida también en el marco teórico. Sabemos con Freud que el establecimiento de la transferencia concierne tanto al analizante como al analista. Aún más, podemos decir con Lacan que, como Velásquez en *Las Meninas*, el analista forma parte esencial del cuadro. Por consiguiente, el lugar y la función del analista en la transferencia psicótica también tienen su especificidad. Pues bien, dicha especificidad encuentra para nosotros su justificación teórica precisamente en esta idea de *disparidad subjetiva*. A partir de esta idea pudimos ofrecerle un contexto de análisis diferente a dos de las propuestas claramente enfatizadas por Lacan -y que serán retomadas más adelante-, respecto de la posición del analista en las psicosis, a saber: el analista como *secretario* y el analista como *semejante*.

Apoyándonos en la articulación recién propuesta de los conceptos centrales de nuestra investigación, formulamos mejor nuestra pregunta de trabajo: *¿cuáles son las particularidades de la posición del analista en la transferencia psicótica teniendo en cuenta la disparidad subjetiva en su relación con el analizante?*

Aspectos epistemológicos y metodológicos

“En el psicoanálisis existió desde el comienzo mismo una unión entre curar e investigar...Nuestro procedimiento analítico es el único en que se conserva esa preciosa conjunción”.

Sigmund Freud, *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?*
Diálogos con un juez imparcial.

Nuestra tesis constituye una investigación clínica inscripta en el campo del psicoanálisis. Los pasos metodológicos efectuados para su construcción se encuentran íntimamente ligados con las particularidades epistemológicas del psicoanálisis y con la naturaleza del objeto de estudio por nosotros elegido, a saber, la transferencia en las psicosis y más específicamente aún, la posición del analista en la misma.

Consideraciones epistemológicas del psicoanálisis como método terapéutico y de investigación

Desde los comienzos mismos de la invención freudiana del método psicoanalítico, existió una fuerte tensión entre los rígidos criterios positivistas imperantes en la época y los fundamentos de la naciente disciplina abocada al tratamiento e investigación de las afecciones del alma. Tensión que incentivó el desarrollo de fecundas discusiones dentro y fuera del campo del psicoanálisis y que aún hoy mantienen su vigencia.

Las relaciones entre psicoanálisis y ciencia de ningún modo pueden reducirse a simples términos de antagonismo, disyuntiva exclusión o mera inclusión. Por el contrario, la complejidad que este vínculo reviste muestra, por un lado, la especificidad del psicoanálisis respecto de otras disciplinas y, a la vez, el horizonte compartido con ellas de racionalidad y comunicabilidad científicas. En una de las definiciones que el

propio Freud brinda acerca del psicoanálisis se pone de manifiesto la articulación entre los dos rasgos recién mencionados: el psicoanálisis es “el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica”.¹⁰⁷

La vocación científica de Freud se abre paso en esa estrecha interrelación entre teoría y práctica. Su método se sostiene en el deber ético de dar respuesta al sufrimiento psíquico de cada consultante y, al mismo tiempo, en un fuerte compromiso con la formalización y la transmisión de los fundamentos teórico-clínicos que dan cuenta de su eficacia. A lo largo de su rica y vasta obra, el maestro vienés vuelve una y otra vez sobre la misma cuestión. Por ejemplo, en su artículo *¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial*, Freud profiere la frase elegida como epígrafe de este apartado. Transcribimos ahora la cita completa: “En el psicoanálisis existió desde el comienzo mismo una unión entre curar e investigar; el conocimiento aportaba el éxito, y no era posible tratar sin enterarse de algo nuevo, ni se ganaba esclarecimiento alguno sin vivenciar su benéfico efecto. Nuestro procedimiento analítico es el único en que se conserva esa preciosa conjunción. Sólo cuando cultivamos la cura analítica de almas ahondamos en la intelección de la vida anímica del ser humano, cuyos destellos acabábamos de entrever. Esta perspectiva de ganancia científica fue el rasgo más preclaro y promisorio del trabajo analítico...”.¹⁰⁸

¹⁰⁷ Sigmund Freud: “Dos artículos de enciclopedia: “Psicoanálisis” y “Teoría de la libido”” (1923 [1922]), en *op.cit.*, tomo XVIII, pág. 231.

¹⁰⁸ Sigmund Freud: “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial (1926), en *ibíd.*, tomo XX, pág. 240.

A pesar del rechazo inicial de la comunidad científica a sus revulsivas ideas, Freud nunca renunció al perseverante intento de que las mismas encontraran finalmente su merecida aceptación. Su responsabilidad como clínico nunca soslayó su posición como científico: “quiero estar seguro de que se impedirá que la terapéutica mate a la ciencia”, llegó a declarar en el texto recién citado. En este sentido, el legado del creador del psicoanálisis también incluye entonces un decidido compromiso con la racionalidad científica. Jacques Lacan recogió el guante generando fructíferos intercambios con referentes de la lingüística, la sociología, la filosofía y hasta de la lógica y la matemática. Su iniciativa de dirigirse a interlocutores fuera del campo analítico se apoyaba en la primigenia idea de que el psicoanálisis no es extraterritorial a los distintos campos del saber.

Es esta misma relación del psicoanálisis con otras disciplinas, la que también nos exige aquel compromiso antes aludido con la racionalidad y transmisión científicas. En palabras del psicoanalista Alfredo Eidelsztein, “...el psicoanálisis está obligado, como toda elaboración del saber con finalidades prácticas y pretensión de cientificidad, a comunicar públicamente sus principios teóricos, la evolución de los mismos, las inevitables contradicciones y paradojas que la elaboración conceptual no puede evitar (ya que el orden simbólico no es completo) y responder racionalmente a los ‘por qué’ que genera su aplicación sobre lo real. No alcanza con comunicar los resultados, el psicoanálisis no es sólo una experiencia, se deben explicitar y comunicar las causas, tanto del padecer como de la curación, y someterlas a discusión racional, o sea, permitir y favorecer su examen y crítica”.¹⁰⁹

¹⁰⁹ Alfredo Eidelsztein: *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Volumen 1*, Letra Viva, Buenos Aires, 2001, pág. 22.

No obstante, y volviendo a destacar el movimiento dialéctico entre teoría y práctica, situaremos como un pilar propio de la metodología del psicoanálisis -y que guía nuestra investigación-, la aspiración de que sus principios sean no solamente transmisibles sino también operatorios. En definitiva, la validación de sus enunciados teóricos encuentra su principal razón de ser en la búsqueda de mayores y mejores efectos en los tratamientos que dirigimos. Al respecto Freud propone: "... yo opino que el médico no sólo ha contraído obligaciones hacia sus enfermos como individuos, sino hacia la ciencia. Y decir hacia la ciencia equivale, en el fondo, a decir hacia muchos otros enfermos que padecen de lo mismo o podrían sufrirlo en el futuro. La comunicación pública de lo que uno cree saber acerca de la causación y la ensambladura de la histeria se convierte en un deber, y es vituperable cobardía omitirla, siempre que pueda evitarse el daño personal directo al enfermo en cuestión".¹¹⁰

Ahora bien, con el propósito de seguir profundizando las relaciones entre psicoanálisis y ciencia, y de precisar un poco más la articulación posible entre teoría y práctica dentro de nuestro campo, nos valdremos esta vez de las consideraciones del psicoanalista Rolando Karothy: "...el psicoanálisis, a diferencia de las ciencias, no plantea una relación de aplicación entre la teoría y la práctica porque cada caso es absolutamente singular y excepcional y no una muestra de lo que la teoría describe como entidad nosológica. Esto llevó a Lacan a considerar que el psicoanálisis es una "ciencia de lo singular", expresión que parece una contradicción en los términos al menos según la concepción aristotélica de la ciencia que no puede sino ser de lo general, en el sentido de la consideración de las leyes universales y generales y que, a la vez, implican la posibilidad de su aplicación en los casos singulares y generan la

¹¹⁰ Sigmund Freud: "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (1905 [1901]), en *op.cit.*, tomo VII, pág. 8.

experimentación y la contrastación”.¹¹¹ Y más adelante prosigue: “Se puede decir que el psicoanálisis encuentra su lugar a causa de la incompletud de la ciencia. En el mundo actual se producen protestas por la carencia de humanidad del saber científico y se reivindica, por esa vía, la ignorancia, no el saber. Pero se trata de la docta ignorancia, es decir, una ignorancia que sabe más que el saber científico. El psicoanálisis tiene ese rasgo constitutivo, la docta ignorancia, porque desde sus orígenes se trata de la impotencia del saber científico o referencial para captar el enigma de la vida humana. En todo caso, en esa docta ignorancia se trata de otro saber que ponemos en el plano de la singularidad subjetiva, esa que cada uno despeja en su propio análisis”.¹¹²

En esta búsqueda del develamiento de la verdad subjetiva de cada analizante se centra el objetivo primordial de la tarea analítica. Dos párrafos de Lacan nos permitirán circunscribir mejor los alcances y el valor de esta búsqueda en cada caso particular. En su escrito *Variantes de la cura tipo* afirma: “Es que también el psicoanálisis es una práctica subordinada por vocación a lo más particular del sujeto, y cuando Freud pone en ello el acento hasta el punto de decir que la ciencia analítica debe volver a ponerse en tela de juicio en el análisis de cada caso”.¹¹³ Y en otro de sus trabajos, titulado *El mito individual del neurótico*, propone: “Como Freud siempre lo subrayó, cada caso debe ser estudiado como si ignorásemos la teoría. El valor ejemplar de este caso particular reside en su simplicidad, del mismo modo que en geometría puede decirse que un caso particular puede tener una deslumbrante superioridad de evidencia en relación a la

¹¹¹ Rolando Karothy: *Vagamos en la inconsistencia. Los fundamentos del psicoanálisis*, Editorial Lazos, Buenos Aires, 2001, cap. X, pág. 183.

¹¹² *Ibid.*, pág.192.

¹¹³ Jacques Lacan: “Variantes de la cura tipo”, en *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1997, pág. 344.

demostración, cuya verdad, debido a su carácter discursivo, permanecerá velada bajo las tinieblas de una larga serie de deducciones”.¹¹⁴

Y hete aquí la siguiente paradoja: la particularidad de cada caso clínico entraña una verdad cuya validez encuentra sus fronteras en los límites de ese caso pero, al mismo tiempo, las trasciende convirtiéndose en un material que sustenta la producción de un saber que apunta a la estructura subjetiva, esto es, a la estructura del sujeto y ya no de tal o cual sujeto.¹¹⁵ Si lo particular se vuelve generalizable es por su intrincado anudamiento con la estructura del lenguaje, cuyas caras pueden ser las diferentes configuraciones clínicas -neurosis, perversiones y psicosis- y más específicamente aún, las distintas estructuraciones transferenciales entre analizante y analista, cuyas tramas se van tejiendo en cada tratamiento. Esta paradoja se transforma a su vez en el resorte de la transmisión del psicoanálisis: “Nuestra ciencia no se transmite sino articulando en cada ocasión lo particular”.¹¹⁶

Llegados a este punto, enfatizaremos ahora otro sesgo del referente empírico de este tipo de investigaciones clínicas: la experiencia del análisis es esencialmente transferencial, lo que trae aparejado profundas consecuencias sobre el estatuto epistemológico de nuestro objeto de estudio y sobre la posición del analista. Acerca de esta dimensión transferencial del encuentro analítico, Lacan sostiene: “La experiencia freudiana no es para nada preconceptual. No es una experiencia pura. Es una experiencia verdaderamente estructurada por algo artificial que es la relación analítica,

¹¹⁴ Jacques Lacan: “El mito individual del neurótico”, en *Intervenciones y textos*, Manantial, Buenos Aires, 1985, pág. 42.

¹¹⁵ “De hecho, sabemos desde ahora que a nivel de lo particular surge lo que para nosotros es función universal...lo que ocurre, ocurre esencialmente a nivel de la estructura; y la estructura, hay que recordarlo, y justamente creo que hoy, antes de avanzar un paso, es necesario que se lo recuerde, es lo que hemos introducido particularmente como la especificación del registro de lo simbólico” (en Jacques Lacan: *Seminario 9, La identificación*, op.cit., clase del 13/12/1961).

¹¹⁶ Jacques Lacan: “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2*, op.cit., pág. 612.

tal como la constituye la confesión que el sujeto hace al médico y por lo que el médico hace con ella. Todo se elabora a partir de ese modo operatorio primero”.¹¹⁷

El analista se encuentra, transferencia mediante con el psicoanálisis -por los resultados de su propio análisis didáctico, por su trabajo como analista y por su formación teórica y, eventualmente, por su participación institucional- y transferencia mediante con sus analizantes en cada una de las curas que conduce, radicalmente involucrado en y con la situación analítica. De esta manera, y recordando aquella acertada expresión freudiana acerca de la “preciosa conjunción” entre curar e investigar, se produce necesariamente un desdoblamiento del analista. Desdoblamiento acentuado por Lacan durante toda su enseñanza. Desde su prematuro planteo del *Seminario 1*, “(...) existen dos modos de aplicación de una disciplina que se estructura a través de una enseñanza. Está lo que usted oye, y luego lo que usted hace con lo que oye”,¹¹⁸ hasta el célebre aforismo del *Seminario 22*: “...es indispensable que el analista sea al menos dos, el analista para tener efectos y el analista que, a estos efectos, los teoriza”.¹¹⁹ Saber hacer del analista que opera tanto en la clínica -a través de las intervenciones que ensaye en los encuentros con sus analizantes- como fuera de la misma, en el momento de formalizar el caso y, especialmente, en el de compartirlo con otros analistas.

El investigador, por consiguiente, es el encargado de formalizar un decir sobre una experiencia de la que él mismo como analista forma parte. En este sentido, podríamos decir que la transmisión del caso conlleva incluso una dimensión testimonial

¹¹⁷ Jacques Lacan: *El seminario, Libro 3, Las psicosis*, op.cit., clase del 16/11/1955, pág. 18.

¹¹⁸ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, Paidós, Buenos Aires, 1983, pág. 398.

¹¹⁹ Jacques Lacan: *Seminario 22, RSI*, op.cit., clase del 10/12/1974, pág. 8.

del analista.¹²⁰ El psicoanálisis restituye así la verdad subjetiva (que concierne, como recién apuntábamos, también al analista-investigador) forcluida del seno de su saber por la ciencia, siguiendo la tesis lacaniana de *La ciencia y la verdad*.¹²¹ La ciencia opera con la exactitud, rechazando la verdad subjetiva del científico de sus argumentaciones. Recordemos aquella sentencia de Karl Popper: "...mi tesis de que una experiencia subjetiva, o un sentimiento de convicción, nunca pueden justificar un enunciado científico;...".¹²² En nuestro campo, la investigación clínica no es sin el relato de esa experiencia; al estar el analista tan íntimamente ligado con aquello que transmite, cualquier ideal de pretendida objetividad se convierte así en una vana iniciativa sin fundamento epistemológico.

Habiendo presentado esta caracterización del referente empírico de las investigaciones clínicas, estamos ya en condiciones de pasar a subrayar la relevancia y las peculiaridades del estudio de casos en psicoanálisis.

Estudio de casos

Freud se aboca a la transmisión de aquella verdad singular inherente a cada cura a través del estudio de casos. A lo largo de toda su producción escrita, Freud apela al relato de innumerables fragmentos de su clínica, llegando incluso a confeccionar cinco historiales que aún hoy, después de varias generaciones de analistas, se siguen

¹²⁰ Jorge Bekerman plantea que esta dimensión testimonial está sostenida a su vez por la experiencia del propio análisis del analista: "¿Es posible hablar, escribir o investigar en psicoanálisis dejando de lado el factor testimonial? Dicho de otro modo: ¿es posible hablar, escribir o investigar en psicoanálisis dejando de lado la experiencia del análisis de quien habla, escribe o investiga? Porque -por lo menos en psicoanálisis- hay una diferencia entre lectura y experiencia, o, si lo preferimos así, entre teoría y práctica. Corolario: hay una 'anomalía' en la ciencia psicoanalítica, en tanto ciencia que se construye no sin lo testimonial (esté o no asumido este aspecto testimonial), aunque ciertamente sin reducirse a lo testimonial", en Jorge Bekerman: "Psicoanálisis, investigación y ciencia", en *Investigación en psicoanálisis y ciencias sociales*, Letra Viva, Buenos Aires, 2007, págs. 74-75.

¹²¹ Jacques Lacan: "La ciencia y la verdad", en *Escritos 2*, op.cit., pág. 834.

¹²² Karl Popper: *La lógica de la investigación científica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1990, pág. 45.

trabajando. A través de todo este valiosísimo material, Freud intenta transmitir también el saber inédito que, sobre la marcha misma de su recorrido, va elaborando. De esta manera entonces, la puesta en relato del caso tiene, desde Freud, esa doble finalidad: transmitir una verdad pero también un saber con pretensiones científicas.

La ficción relatada acerca de la verdad de la cura se confunde con esta verdad. En este sentido, y recordando la frase citada de Lacan acerca del desdoblamiento del analista, podríamos profundizar aún más el planteo proponiendo que el analista es *al-menos-tres*: el analista para tener efectos, el analista que, a estos efectos, los teoriza y el analista que, a esta teorización, la transmite. Existen múltiples medios de transmisión: uno de ellos, por supuesto, podría ser una tesis doctoral. Ahora bien, el relato del caso se convierte, desde nuestra perspectiva, en la instancia que contiene nodalmente a las tres posiciones del analista: interviniendo en la práctica, formalizando el caso y transmitiéndolo a su destinatario, del que dependerá, a su vez, el modo y los alcances de dicha transmisión. Compleja trama que involucra al analista -como clínico, como teórico pero también como enseñante del psicoanálisis- en el establecimiento de la verdad singular de cada cura y en la producción de un saber que aspirará a concernir a otros casos, es decir, transformar esa ganancia de saber científico en una herramienta que pueda tener mayores efectos en su retorno al ámbito clínico.

Lacan, a pesar de no hacer el mismo uso del estudio de casos que Freud, también destacó la importancia del relato del caso. En su seminario dedicado al deseo y su interpretación, plantea lo siguiente: “El análisis no es una simple reconstitución del pasado; el análisis tampoco es una reducción a normas preformadas; el análisis no es un

epos, el análisis no es un *ethos*. Si se lo comparara con algo es con un relato que sería tal que el relato mismo sea el lugar del encuentro del que se trata en el relato”.¹²³

El psicoanalista francés Erik Porge, retoma esta cita y puntualiza esto: “No se trata solamente de interrogarse sobre el pasaje de la cura a su relato sino de decir que la cura misma encuentra su razón, o su verdad, en cierto tipo de relato. No relato de un encuentro o encuentro de un relato, sino encuentro en el relato del encuentro. Lacan redefine el análisis desde el punto de vista de la puesta en relato, como retroacción sobre sí mismo de ese relato. (...) Ya no se trata solamente de la distancia entre la realidad y su relato sino de que el relato lleva en sí mismo el lugar de la división del que se trata en el análisis”.¹²⁴

La división de la que se trata -insinuada en párrafos anteriores- es la hiancia irreductible entre la verdad y el saber. Al respecto, el autor recién aludido señala: “...en Freud, en sus relatos de caso, la verdad surgía en los límites de cierta tensión entre lo que se formula como exigencia teórica y exigencia práctica. Para nosotros, lo que hace tensión es la relación entre verdad y saber. La problemática de la verdad y del saber modela de alguna manera la intrincación, rica y compleja, entre teoría y práctica en los relatos de casos en Freud. La verdad es aquella, singular, del analizante que en un relato el analista tiene la obligación de transmitir; para hacerlo debe ajustarse él mismo a esa verdad pero también a cierta concepción de verdad. Asimismo, el saber es esa ganancia que un analizante extrae de la elucidación de su síntoma, de saber algo de él, de saber hacer algo con él, pero es también lo que el analista es capaz de transmitir y de

¹²³ Jacques Lacan: *Seminario 6, El deseo y su interpretación*, inédito, versión para circulación interna de la EFBA, clase del 01/07/1959.

¹²⁴ Erik Porge: *Transmitir la clínica psicoanalítica. Freud, Lacan, hoy*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2007, pág. 57.

transformar, de inventar en términos de principios universales (deseo, demanda, goce, sujeto...) a partir de la experiencia particular que comparte con un analizante”.¹²⁵

Verdad y saber de los cuales participan, de distintas maneras, analizante y analista, y, por fuera de la relación entre ambos, la comunidad analítica que recibe, procesa, interroga y por fin devuelve aquella verdad y aquel saber para que el analista, a través de todo este rodeo, pueda volver más operatorios los principios de su clínica.

Metodología de nuestra investigación

El estudio de casos constituye el eje metodológico principal en el desarrollo de nuestra investigación ya que atraviesa toda la relación que, en el transcurso de la tesis, se va desplegando entre teoría y práctica.

En primer lugar, la lógica propia del estudio de casos -tal como hemos definido su pertinencia en psicoanálisis en el apartado anterior- ha oficiado como criterio de ordenamiento en la construcción de nuestro marco teórico. Para sumergirnos en la extensa y compleja producción de Lacan -incluyendo sus escritos, sus seminarios y otras participaciones en público- y dada la existencia de numerosas pero, en muchas ocasiones, acotadas menciones sobre el tema que nos ocupa -con la consecuente dificultad en la tarea de contextualizarlas-, decidimos establecer como principio ordenador las articulaciones teórico-clínicas que hiciera el maestro francés en distintos momentos de su enseñanza. Como nuestro punto de partida y de retorno es la clínica de las psicosis, esta decisión nos ofrece la posibilidad de nutrirnos con lecturas esencialmente clínicas de Lacan que, por las características de su estilo, no siempre se encuentran a nuestra disposición. Situamos cuatro presentaciones de esta índole,

¹²⁵ *Ibíd.*, pág. 80.

marcadamente heterogéneas entre sí, pero agrupables por el criterio adoptado según el cual, además, estas presentaciones se transforman en boyas que permiten surcar más de cuarenta años de recorrido de Lacan sobre el tema en cuestión. Las recordamos:

-el “*caso Aimeé*” (1932): se trata de la cura de una paciente psicótica atendida por Lacan en el hospital de Sainte-Anne cuando era todavía un joven psiquiatra y que se convirtió en caso ejemplar de paranoia de autocastigo para su tesis doctoral;

-el “*caso Schreber*” (1955-58): relectura de las *Memorias de un enfermo nervioso*, escritas autobiográficamente por Daniel Paul Schreber y que provocara oportunamente la atención del escéptico Freud respecto de la eficacia del psicoanálisis en el abordaje de las psicosis. Lacan somete este libro a un exhaustivo examen a lo largo de todo un año de seminario dedicado al tema de las psicosis y en su posterior escrito *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible en las psicosis*;

-el “*caso Lol V. Stein*” (1965): en ocasión del homenaje que tributara a Marguerite Duras, Lacan se detiene en la brillante caracterización que la escritora realiza respecto de la protagonista de su novela, *El rapto de Lol V. Stein*, para reformular algunos conceptos aplicables al estudio de las psicosis;

-por último, el “*caso Joyce*” (1975-76): hacia el final de su enseñanza Lacan se interesa por la vida y obra del escritor irlandés James Joyce. El riguroso análisis al que Lacan se aboca durante todo su seminario lo llevan a la elaboración de un inédito marco conceptual que brinda novedosas herramientas para el abordaje de las psicosis.

Como se puede apreciar, de estos cuatro casos sólo el primero refiere a un tratamiento dirigido por Lacan. Por lo tanto, los tres casos restantes, si bien contienen una notable riqueza conceptual, presentan evidentes limitaciones por no tratarse de relaciones transferenciales propiamente analíticas.

Ahora bien, además de los “casos de Lacan”, en la tesis trabajamos con otros casos, extraídos de nuestra propia clínica. Y aquí el estudio de casos tiene dentro de nuestra investigación un lugar y una función esencialmente diferentes. Pasa a ser el terreno en el cual surgen los obstáculos y con ellos las preguntas que comandan la marcha de la investigación. Lo particular de cada uno de los casos elegidos tiene que ver fundamentalmente con los obstáculos encontrados en la práctica, idea que sintoniza con las consideraciones epistemológicas de Bachelard quien señala que “[...] hay que plantear el problema de conocimiento en términos de obstáculos”.¹²⁶ La reflexión clínica sobre los impasses de la experiencia propicia un cuestionamiento que impide el cierre de la teoría y por ende, la posibilidad de construir elaboraciones conceptuales regidas por la lógica del no-todo. Y como “todo preguntar es un buscar”, siguiendo la reflexión heideggeriana,¹²⁷ la presente investigación encuentra su orientación en la interrogación de los problemas que surgen en la práctica, interrogación que, a su vez, promueve la potencial emergencia de nuevos efectos en nuestro campo de intervención clínica.

En esta investigación nos abocaremos al estudio de cinco casos de tratamientos con pacientes psicóticos. Más allá de este diagnóstico diferencial, no hay ninguna

¹²⁶ Gastón Bachelard: *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1991, pág.15.

¹²⁷ Martín Heidegger: *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A, Buenos Aires, 1951, pág. 14.

subdivisión nosológica que los agrupe: ni esquizofrenia, ni parafrenia, ni paranoia ni prepsicosis, por ejemplo. El rasgo en común existente entre los cinco casos es la posibilidad del establecimiento y desarrollo de una relación transferencial que muestra, a pesar de los obstáculos antes mencionados, cierta eficacia en la marcha de estos análisis y consecuentemente, en la vida de los sujetos. Podríamos plantear con mayor precisión que nuestro objeto de estudio no es la presentación o los dichos de estos analizantes psicóticos sino la transferencia misma, y más específicamente aún, la posición del analista en ella. Por “caso” entendemos entonces el relato que versa sobre esta configuración transferencial, considerada resorte y motor de la cura.

Cada configuración transferencial estudiada tiene, desde ya, sus singularidades, las que son trabajadas en relación con algunas temáticas asociadas intrínsecamente al análisis de la transferencia en las psicosis: las nociones de cuerpo, sujeto, función paterna de nominación, *sinthome* como brújula en la dirección de la cura, entre otras, son desarrolladas en cada capítulo en estrecha articulación con los fragmentos clínicos. Estas articulaciones favorecen otro modo de movimiento dialéctico entre la teoría y la práctica dentro de nuestra investigación.

Por último, además del marco teórico y de los capítulos destinados al estudio de casos, la tesis propone una tercera instancia de articulación clínico-conceptual: el espacio dedicado a las conclusiones. A partir de un estudio comparativo de los casos presentados, apuntamos a recortar los elementos comunes encontrados que nos permitan acceder a un nivel de análisis más estructural respecto de nuestro objeto de estudio. A fin de cuentas, y en consonancia con el valor otorgado al estudio de casos, nuestra tarea tiene como propósito la transmisión de un saber novedoso sobre la posición del analista en la transferencia psicótica. Saber que se va elaborando a partir de ese trabajo

Capítulo 6. Después de Lacan: diferentes perspectivas teóricas

comparativo con las verdades singulares de cada caso y del uso instrumental que de ellas podamos hacer. Saber que quizás pueda trascender los límites de nuestra tesis, ofreciendo las bases para una propuesta teórico-clínica que muestre también su eficacia en nuevos casos de tratamientos psicoanalíticos con pacientes psicóticos.

SEGUNDA PARTE.

ESTUDIO DE CASOS CLÍNICOS

CAPÍTULO 7.

SABER, OBJETO Y AMOR EN LA TRANSFERENCIA PSICOTICA

“Escucho grises, densas voces, en el antigua lugar del corazón”.

Alejandra Pizarnik, *En la otra madrugada*.

“(…) la verdad es que sólo podemos hacer que sean nuestros cuadros los que hablen”.

Vincent Van Gogh, última carta a su hermano Theo, 29 de julio de 1890.

La noción de disparidad subjetiva

En el último capítulo del *Seminario 11*, Jacques Lacan presenta, a modo de epígrafe, las siguientes palabras: “Yo te amo, Pero porque, inexplicablemente, Amo en ti algo más que tú -el objeto a minúscula, Te mutilo”.¹²⁸ De esta forma, comienza a concluir su discurso sobre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. A la articulación entre dos de estos conceptos -transferencia y pulsión- le dedica la mayor parte de las clases de su seminario. Y en el corazón mismo del nudo que enlaza transferencia y pulsión, sitúa -tal como podemos leerlo en la frase citada- a su “único invento”, el objeto *a*.

Ahora bien, el objeto *a* encuentra un antecedente privilegiado en el concepto de *ágalma*,¹²⁹ trabajado especialmente por Lacan en su seminario sobre la transferencia, a la que va a tratar, según lo anuncia ya desde la primera reunión, “en su disparidad

¹²⁸ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1973, clase del 24/06/1964, pág. 271.

¹²⁹ Cabe destacar que, al considerar al *ágalma* como un concepto precursor del objeto *a*, sostenemos la no equivalencia entre ambos. Si bien el objeto *a* es introducido por Lacan ya desde el *Seminario 6*, su dimensión real es desarrollada de un modo original recién en el seminario sobre la angustia, es decir, dos años después de su discurso sobre la transferencia.

subjetiva, su presunta situación, sus excursiones técnicas”.¹³⁰ Lacan se detiene en la idea de disparidad subjetiva, afirmando lo siguiente: “*Disparidad* no es un término que haya elegido fácilmente. En lo esencial destaca que aquello de lo que se trata va más allá de la simple noción de una disimetría entre los sujetos. Se rebela, por así decir, de entrada, contra la idea de que la intersubjetividad puede proporcionar por sí sola el marco donde se inscribe el fenómeno. Hay para decirlo palabras más o menos cómodas según las lenguas. De lo que busco algún equivalente en francés para calificar lo esencialmente impar que la transferencia contiene, es del término *odd*. No hay término para designarlo, aparte del término *imparidad*, que no es habitual en francés”.¹³¹

La expresión “disparidad subjetiva” merece ser especialmente subrayada porque nos indica cuál será uno de los ejes principales de este seminario: la crítica de la intersubjetividad y la consecuente reformulación de su concepción de la transferencia. En este sentido, podemos advertir inclusive que, en la misma introducción, Lacan se formula un interrogante crucial: “la intersubjetividad, ¿no es acaso lo más ajeno al encuentro analítico?”.¹³² Pregunta que Lacan trabajará desde dos costados: el del saber, en la *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*, y el del objeto, durante el transcurso del seminario que estamos puntuando.

La transferencia y su disparidad subjetiva por el lado del saber

Hacemos un salto entonces, dirigiéndonos primero hacia la *Proposición del 9 de octubre*.... Este documento marca un hito en la historia de la política institucional del

¹³⁰ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 8: La Transferencia*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2003, clase del 16/11/1960, pág. 11.

¹³¹ *Ibid.*, clase del 16/11/1960, pág. 11.

¹³² *Ibid.*, clase del 16 /11/1960, pág. 20.

psicoanálisis. Constituye además un material de gran riqueza clínica al realizar una estimable contribución para la conceptualización de la transferencia y de su pivote central: el *sujeto supuesto saber*.

En relación con el tema que nos atañe, Lacan vincula las nociones de transferencia e intersubjetividad mediante este taxativo y contundente comentario: “Me asombra que nadie nunca haya pensado oponerme, dados ciertos términos de mi doctrina, que la transferencia por sí sola es una objeción a la intersubjetividad. Incluso lo lamento, ya que nada es más cierto: la refuta, es su escollo. También promoví primero lo que el uso de la palabra implica de intersubjetividad, para establecer el fondo sobre el que pudiese percibir el contraste. Este término fue entonces una manera, una manera cualquiera diría, si no se me hubiese impuesto, de circunscribir el alcance de la transferencia”.¹³³

Lacan argumenta este planteo a través de la introducción del “significante de la transferencia”. En el centro mismo de estos desarrollos ubica esta idea esencial: el sujeto no es supuesto por otro sujeto -“un sujeto no supone nada, es supuesto”-,¹³⁴ sino por el significante que lo representa para otro significante. Es así que construye este nuevo algoritmo sobre la base de uno anterior, utilizado por Lacan para ilustrar su canónica definición del sujeto:¹³⁵

¹³³ Jacques Lacan: “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1987, pág. 11.

¹³⁴ *Ibíd.*, pág. 12.

¹³⁵ Definición -“el sujeto es lo que un significante representa para otro significante”- que aparece por primera vez en la clase del 6 de diciembre del 1961 del seminario sobre la identificación.

$$S \longrightarrow Sq$$

$$s (S1, S2, \dots Sn)$$

Esta fórmula puede leerse de la siguiente manera: el significante de la transferencia (S) representa un sujeto (s) para el significante cualquiera (Sq -q por *quelconque*-). Mientras que (S1, S2, . . . Sn) nombra al conjunto del saber inconciente, adjunto al sujeto, y por ende, también sub-puesto al o por el significante de la transferencia, o sea, puesto debajo de la barra horizontal. Asimismo, podemos decir que el significante cualquiera, al ubicarse más allá de la barra horizontal de la representación del sujeto y del saber supuestos, se trata de un significante por venir, lo cual nos permite ratificar una de las concepciones lacanianas acerca de la transferencia entendida en términos de un tiempo de espera de un significante por venir que efectúe el matema y resuelva el enigma del síntoma.

Como precisa atinadamente Ricardo Rodríguez Ponte, Lacan designa a este matema como “significante” no “de la neurosis de transferencia” sino “de la transferencia”, siendo la transferencia de un estatuto anterior y más fundamental que el de cualquier nosografía.¹³⁶ Señalamiento que sintoniza con el planteo presentado en nuestra tesis respecto de una teorización de la transferencia en términos de noción transclínica. Aclaración de la cual haremos derivar dos cuestiones relevantes para esta investigación: por un lado, que si este matema incluye a la transferencia psicótica podemos afirmar entonces que también vale para la misma aquella aseveración

¹³⁶ Ricardo Rodríguez Ponte: “¿Qué hacemos cuando analizamos...las psicosis?”, intervención en el seminario *¿Qué hacemos cuando analizamos?*, dictado por Silvia Amigo y otros en la EFBA, el 20 de noviembre de 1997, pág. 17.

sostenida por Lacan y mencionada más arriba acerca de que la transferencia refuta la intersubjetividad; y por otro lado, la unidad del concepto de transferencia que este matema contiene no excluye la exigencia de leerlo de dos maneras diferentes, según se trate de su modalidad de realización en la psicosis o en la neurosis.

En este sentido, podemos considerar la lectura del matema de la transferencia que Allouch realiza, sustentándola sobre la diferencia que establece entre neurosis y psicosis: “El neurótico transfiere, el psicótico plantea transferencialmente, decíamos. De entrada, esta diferencia tiene que ver con una implicación diferente del sujeto en el significante de la transferencia: en el primer caso este significante no subjetivado es del Otro (esto resulta de su carácter no subjetivo), y en el sentido del genitivo objetivo; con el “plantear transferencialmente”, es también del Otro pero en el sentido del genitivo subjetivo.

El matema de la transferencia nos obliga, de aquí en más, a adelantar que este “plantear transferencialmente” equivale a un “prestarse a soportar una transferencia”, conclusión que conviene para la experiencia de la transferencia psicótica: Schreber “planteando transferencialmente una erotomanía divina” nos muestra cómo ello tiene que ver con “él me ama, aún si no lo sabe” de origen divino, primer tiempo, clásicamente reconocido, de la erotomanía divina”.¹³⁷

Para Allouch entonces el significante de la transferencia en las psicosis, no subjetivado, es del Otro, pero en el sentido del genitivo subjetivo; aclara, incluso, que para que la ternaridad de lugares de la estructura psicótica (testigo, otro y Otro) se despliegue mejor, podría escribirse “otro” con minúscula, salvo cuando el analista se erigiera como perseguidor. Con estas herramientas de análisis, Allouch propone su

¹³⁷ Jean Allouch: “Ustedes están al corriente...”, en *Litoral 7/8*, op.cit., pág. 63.

lectura acerca del significante de la relación transferencial establecida entre Lacan y Marguerite Anzieu: “Encontramos ejemplificado este significante de la transferencia como significante del otro, en el sentido del genitivo subjetivo, en el significante “Aimée”, significante no subjetivado, tampoco inconciente, sino con el que Lacan se dirige hacia Marguerite en tanto que SsS, y por cuya intervención adquiere su función de secretario”.¹³⁸

Las precedentes consideraciones nos conducen a señalar dos cuestiones sobre las que volveremos más adelante, después de la presentación de la viñeta clínica: por un lado, que aún cuando el analista ocupe en la transferencia el lugar de un otro con minúscula, de un semejante, la disparidad subjetiva en su relación con el analizante psicótico se mantiene; y la segunda cuestión que queremos enfatizar es que la particular y estructural relación del psicótico con el saber ofrece condiciones para el establecimiento dentro de la escena analítica, de una transferencia *al* saber psicótico.

La transferencia y su disparidad subjetiva por el lado del objeto

Retomemos nuevamente el estudio del seminario sobre la transferencia, recordando la pregunta allí planteada por Lacan: “la intersubjetividad, ¿no es acaso lo más ajeno al encuentro analítico?”, interrogante que se irá transformando en una fuerte afirmación, en la medida en que Lacan vaya precisando el lugar y la función del objeto *ágalma* en la relación transferencial. Para tal fin, se abocará al examen de *El Banquete* de Platón.

¹³⁸ Jean Allouch: *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*, op.cit., pág. 620.

La radical diferencia de lugares en la transferencia analítica encuentra una analogía con la situación de partida fundamental del amor, establecida en relación a dos términos: el *erastés*, el amante, sujeto del deseo, caracterizado por lo que le falta; el *erómenos*, el amado, en tanto “no sabe lo que tiene”, lo que tiene escondido, el *ágalma*, y que constituye su atractivo. Entre estos dos términos se sitúa la discordancia, en tanto no hay coincidencia: lo que le falta a uno no es lo que está escondido en el otro. Ahí se ubica el problema del amor, en este desgarró o discordancia.

Discordancia amorosa que Lacan pone en relación con la noción de intersubjetividad, llegando a preguntarse “¿de qué se trata respecto a los dos términos de referencia en lo que dado el caso llaman intersubjetividad?”.

El estudio de la escena final de *El Banquete*, es decir, la interpretación de Sócrates frente a la declaración de amor hecha pública por Alcibíades, le permite a Lacan alcanzar el objetivo propuesto: poder situar el objeto *ágalma* en la topología triple del sujeto, del otro y del Otro, y a la vez, reconstruir el punto en el que interviene. El objeto del deseo, el *ágalma* es concebido como el punto central de la experiencia analítica. El sentido de *brillante*, de *galante* que la raíz del término *ágalma* (*aglaé-gal*, en francés antiguo-) denota, conduce a Lacan a sostener que lo que está en juego no es otra cosa que la función del objeto parcial, uno de los mayores descubrimientos, según palabras del autor, de la investigación psicoanalítica. El aspecto fundamentalmente parcial del objeto es considerado por Lacan como eje, centro clave, del deseo humano.

“De lo que se trata en el deseo es de un objeto, no de un sujeto”,¹³⁹ postula en la segunda parte de su *Seminario 8*, titulada “El objeto del deseo y la dialéctica de la castración”. No hablará ya de la dialéctica intersubjetiva, tal como nos es planteada en

¹³⁹ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, op.cit., clase del 01/03/1961, pág. 198.

los primeros seminarios, sino de otra, la dialéctica de la castración, alusión a una transferencia en la que no participan dos sujetos pues su pivote es el objeto. Este objeto es sobrevalorado y “hace de nosotros algo distinto del sujeto de la palabra, eso único, inapreciable, irremplazable a fin de cuentas, que es el verdadero punto donde podemos designar lo que llamé la dignidad del sujeto”.¹⁴⁰

Pasemos ahora al terreno de las psicosis. Como dijimos anteriormente al analista no le es atribuido el lugar de sostén del objeto de deseo ya que es el psicótico, según Lacan, el que lo lleva en su bolsillo: “No hay demanda del *a* minúscula, su *a* minúscula él lo tiene, es lo que él llama sus voces, por ejemplo (...) digamos que tiene su causa en el bolsillo”.¹⁴¹ Por razones de estructura entonces podríamos preguntarnos si es el psicótico quien queda ubicado en la posición de *erómenos* y si el analista, por lo pronto en los comienzos de la cura, sólo puede en la disparidad subjetiva de su relación con el psicótico estar en condición de *erastés*. Pregunta cuya sola formulación sugiere el reforzamiento de la hipótesis presentada al final del apartado anterior: si consideramos la relación del psicótico tanto con el saber como con el objeto, es el analista quien queda convocado a transferir.

No obstante, dos inquietudes salen al paso para objetar, por lo pronto, la rápida aceptación de dicha hipótesis: en primer lugar, el estatuto del objeto en juego; podríamos adelantar que existen múltiples dimensiones del objeto, las que tendrán a su vez diferentes incidencias en la transferencia con y del analista. Por ejemplo, las voces a las que alude la célebre frase de Lacan acerca de que el psicótico lleva el objeto *a* en el bolsillo, no tienen nada de agalmático; es más, incluso lo dejan al sujeto, en la mayoría

¹⁴⁰ *Ibíd.*, clase del 01/03/1961, pág. 199.

¹⁴¹ Jacques Lacan: *Breve discurso a los psiquiatras (10 de noviembre de 1967)*, traducción de Ricardo Rodríguez Ponte, versión para circulación interna de la EFBA, pág. 19.

de los casos, riesgosamente objetalizado, no como causa sino como puro resto. Distinta puede ser la situación transferencial cuando el sujeto puede construir un objeto de goce articulado a su deseo; el caso quizás más paradigmático -y que lo encontraremos en los fragmentos clínicos trabajados en esta tesis- es el objeto artístico. Este objeto en muchas ocasiones sí oficia de causa para el sujeto, para el analista y por ende, para la transferencia misma.

Pero el amor así causado, y ya entrando en la segunda de las inquietudes surgidas, ¿responde a *Eros*? El carácter romántico y a veces hasta pasional que las tendencias de *Eros* revisten incrementa el riesgo de irrupción de mociones erotómanas que pueden atentar contra la relación analítica. Llegados a este punto, y en el afán de precisar la hipótesis de trabajo planteada para este capítulo, proponemos pensar que el amor de transferencia causado por el saber y el objeto -no cualquiera- del sujeto psicótico y sostenido desde la posición del analista, debe llevar el sello de lo amistoso, tal como lo formalizaba Lacan con el *esquema I* a propósito de Schreber. Pero antes de seguir avanzando teóricamente, pasaremos ahora a la presentación de un breve fragmento clínico.

Caso Gabriel

Este paciente tiene 28 años y es derivado por su psiquiatra. Se encuentra internado en una clínica neuropsiquiátrica a raíz del desencadenamiento de un brote psicótico. Gabriel padece de alucinaciones visuales y auditivas que lo acosan todo el tiempo. Entre todas las voces que escucha, hay una injuria que se diferencia del resto: “¡asesino!”. No nos abocaremos a una descripción minuciosa de la coyuntura

desencadenante; sí mencionamos un acontecimiento que marcó, a nuestro entender, el comienzo del estallido subjetivo: la muerte de un compañero de trabajo, quien era para el paciente “como un papá”. Tenía precisamente la edad de su padre, lo reprendía al igual que él, pero a diferencia de éste, el fallecido compañero lo escuchaba, aconsejaba y enseñaba los gajes de su oficio -trabajaban juntos en un taller de pintura dentro de una dependencia militar-. La desaparición de esta persona fue catastrófica para la vida de Gabriel. A partir de ahí, comienzan a aparecer fenómenos que lo atormentan sin pausa, especialmente estas voces que no dejan de decirle “asesino”. Sus perseguidores, que quieren que pague por el crimen cometido, adquieren diferentes rostros: gente desconocida que se cruza en la calle, vecinos, periodistas de la televisión y hasta sus propios familiares.

Rápidamente, el sujeto va construyendo su delirio, el cual, con ayuda del espacio analítico -durante las primeras entrevistas- fue adquiriendo la forma de un delirio místico que produjo una cierta estabilización, al introducir un sentido en todos los fenómenos que lo atormentaban y al devolverle un lugar, el de hijo, bajo la figura del niño Jesús. A través de este esfuerzo de racionalización y subjetivación, Gabriel logró restituir un relativo orden a su mundo, aliviándolo un poco de sus padecimientos y propiciando, entre otras cosas, una participación más activa dentro del análisis.

Con estos pocos elementos del caso podemos continuar nuestra articulación teórico-clínica, recordando la distinción anteriormente señalada de tres lugares en la estructura psicótica: el lugar de testigo, el del Otro -con mayúscula- y el del otro -con minúscula-

El primero de estos tres lugares, el del testigo, es el lugar del sujeto que habla, quien testimonia acerca de algo que ocurre o ha ocurrido -“testigo abierto” o “mártir del inconciente” lo llama Lacan en el *Seminario 3*-.

Es en el segundo de los lugares mencionados, en el lugar del Otro, donde ocurre eso de lo que da testimonio el sujeto psicótico. El lugar del Otro es el lugar de la palabra que nos constituye como sujetos a partir de la anterioridad y radical exterioridad lenguajera. La peculiaridad psicótica reside en que desde ese lugar del Otro proviene una iniciativa generalmente vehiculizadora de una atribución o asignación desubjetivante y, por esto mismo, persecutoria. Desubjetivante pues le arrebató la condición de sujeto al psicótico, lo objetaliza, en nuestro caso como “un asesino”. Es el Otro perseguidor quien sabe sobre el paciente y lo que sabe es que es “un asesino”. Por esta razón, y siguiendo la enseñanza misma de Schreber a propósito de Flechsig, el analista no debe ocupar jamás este lugar del Otro. El analista debe excluir de sus intervenciones este saber portador de asignaciones desubjetivantes porque lo dejaría atrapado en el sitio del perseguidor, borrando de esta forma al sujeto y a la posibilidad de alojar su testimonio. En el caso de Gabriel, podríamos conjeturar que la muerte de este compañero dejó nuevamente al descubierto la amenazante figura encarnada en la persona pero también en la palabra de “Un-padre”, el suyo. Al respecto, el paciente nos dice que su padre jamás le dirigió “una palabra de cariño”.

Ahora bien, si el analista no se ubica en el lugar de testigo pues está reservado para el sujeto ni tampoco en el lugar del Otro, ¿cuál será su posición? La respuesta la encontraremos remitiéndonos al lugar que queda del ternario, a saber, el lugar del otro, del semejante. Sólo desde este lugar podrá el analista escuchar la palabra del sujeto; sólo así podrá caer el muro segregativo interpuesto entre el paciente y el terapeuta

devenido alienista, como planteábamos en el primer capítulo de esta tesis siguiendo la enseñanza de Schreber: para el alienista la palabra del loco no tiene sentido ni expresa ninguna verdad; el loco vive encerrado en sí mismo y es imposible un verdadero diálogo con él; no es responsable de sus dichos ni de sus actos. Lacan promulga una fuerte formulación ética que advierte a los analistas acerca de los riesgos de intervenir como alienistas: “...si para nosotros el sujeto no incluye en su definición, en su articulación primera, la posibilidad de la estructura psicótica, nunca seremos más que alienistas”.¹⁴²

En esta misma dirección, Ricardo Rodríguez Ponte también destaca la necesidad de construir en la transferencia con el psicótico ese tercer lugar, el del semejante, proponiendo que analista y analizante deben estar “del mismo lado del muro, en todo caso, y del otro lado, está el Otro”.¹⁴³ Introduciendo la suposición de un sujeto, cediendo la palabra al consultante y acogiendo a ésta en su verdad, es decir, sin aplastarla bajo patrones de realidad, de sentido o de normalidad que serían los del analista, sólo así, podrá facilitarse el establecimiento de este tercer lugar.

Volviendo al fragmento clínico consideramos entonces que el analista pudo escuchar y realizar distintas intervenciones una vez construido este lugar de semejante, hacia donde el sujeto pudo dirigir su llamado haciendo valer su testimonio. Desde allí, en una primera etapa se intentó favorecer la elaboración delirante del sujeto como modo de respuesta frente a la aserción desubjetivante que venía de un Otro no localizado. Este trabajo reconstitutivo -que debe estar siempre a cargo del paciente-, le permitió salir de la pasividad del “ser tomado por” a la que estaba sometido y lograr una provisoria explicación de lo que le estaba sucediendo. No obstante, la estabilización lograda a

¹⁴² Jacques Lacan: *Seminario 9, La identificación*, op.cit., clase del 02/05/1962, pág. 25.

¹⁴³ Ricardo Rodríguez Ponte: “¿Qué hacemos cuando analizamos...las psicosis”, op.cit., pág. 28.

partir de la metáfora delirante constituye una solución precaria pues, salvo raras excepciones, no hace lazo social, es decir, no comparte la locura compartida, la que se edifica sobre la base de la significación fálica.

Por consiguiente, la estrategia analítica no se agotó en la contribución al trabajo del delirio. Resultaba imperioso acompañar al paciente en una tarea de reencauzamiento del goce, con el objetivo de que el sujeto, como en cualquier cura analítica, pueda resituarse en relación con el Otro para avanzar en el camino de su deseo. La dirección de la cura apuntó a la construcción de un objeto de goce, producido por el decir del sujeto, que le permitiera establecer un vínculo distinto con el Otro. En el caso de Gabriel dos vías se fueron abriendo para el encuentro con este objeto y para la correlativa creación de otro lugar posible para él en el mundo: su reinserción laboral y el sostenimiento de una actividad artística.

Un denominador común existe entre estos dos caminos: la pintura. Claro está, que se trata de actividades pictóricas muy diferentes: en su trabajo pinta partes de aviones y en sus tiempos libres pinta distintas escenas de contenido religioso, a través de las cuales expresa sus padecimientos e ideas delirantes. En este segundo caso, podemos distinguir dos tiempos: en un primer momento estas pinturas las realizaba sobre las paredes mismas de la habitación que compartía con su hermano. Éste, al también tener inquietudes artísticas, veía esas imágenes con “buenos ojos”. Creemos que esta benévola mirada del hermano incentivó el entusiasmo de Gabriel para seguir pintando. No obstante, algunas de las imágenes pintadas se transformaban a veces en escenas reales que desplegaban aún más el desarrollo de sus ideas delirantes. Recién cuando agotó todo el espacio de su habitación, pudo comenzar a pintar sobre telas que luego llevaba a las sesiones de análisis.

A partir de allí, podemos situar el comienzo de una nueva etapa. Después de haberse topado con ese límite real, pudo encontrar para sus pinturas un marco. Espacio transferencial que aportó nuevos límites para sus telas pintadas y con ellos un lugar para el sujeto y su nuevo objeto. La elaboración de sus producciones artísticas y el hecho de compartirlas con otro dentro del espacio analítico, favorecieron no sólo la depuración y reducción del delirio sino también, y correlativamente, una circulación un poco más fluida de Gabriel en su ambiente familiar, laboral y social.

Merece ser destacado que tanto el proyecto laboral como el artístico suponen en este caso la conjugación del goce y del deseo del sujeto a partir de un objeto buscado más allá del cuerpo del analista, es decir, en el cuerpo real del Otro social. Anticipamos que esta última formulación se convertirá en uno de los ejes principales de lectura de los cinco casos clínicos trabajados en la tesis. Por el momento, la utilizaremos para volver a interrogar la propuesta de Lacan de su escrito sobre las psicosis y que nosotros hemos tomado como idea central en este capítulo: la amistad como cara posible del amor en la transferencia psicótica.

La amistad en la transferencia psicótica

Pasemos entonces a contextualizar el planteo de Lacan, presentado en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*.

En el apartado 4 de este escrito, titulado “Por el lado de Schreber”, y habiendo ya graficado el *esquema R* -que representa las líneas que circunscriben el campo de la realidad-, Lacan propone “entrar en la subjetividad del delirio de Schreber” y lo hace a través de la formalización de la metáfora paterna y de las nefastas consecuencias que

acarrea su no operatoria. Este ordenamiento inicial marca la dirección del apartado y por qué no, de todo el escrito.

Para dar cuenta lógicamente de los resultados que la forclusión del significante del Nombre-del-Padre trae aparejados, Lacan construye, a partir de la transformación del *esquema R*, el *esquema I*. En dicha transformación, se produce una distorsión que introduce dos nuevos elementos geométricos (la hipérbola y la asíntota) que determinan a su vez el cavado de dos agujeros, en lo simbólico y en lo imaginario, a los que Lacan también llama “abismos”.¹⁴⁴

Así, los cuatro extremos del *esquema I* quedan abiertos, mostrando el efecto principal de su distorsión: la ausencia de la función del límite que impide el cierre del campo de la realidad, promoviendo una tendencia hacia su infinitización. Al no poder distinguirse al menos dos escenas, todo tiende a hacerse realidad.

De todos modos, aún con estas distorsiones, algunas relaciones entre letras y lugares quedan reestructuradas. Por consiguiente, las relaciones entre lo imaginario y lo simbólico aparecen en el esquema restauradas. En este sentido, Lacan remarca: “Este esquema demuestra que el estado terminal de la psicosis no representa el caos coagulado en que desemboca la resaca de un sismo, sino antes bien esa puesta al día de

¹⁴⁴ Alfredo Eidelsztein se refiere a la acertada traducción del término “*gouffre*” como “abismo” tanto en este escrito como así también en “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite” y en el seminario sobre las psicosis: “Un abismo es un agujero pero establece respecto de este último una gran diferencia desde la perspectiva del sujeto. Un abismo es un agujero que horroriza y espanta por su insondable profundidad, un abismo es un agujero que se traga o engulle todo lo que se anima en su interior; caer en un abismo significa padecer de una situación deplorable en un lugar de perdición en el cual se es devorado por las sombras de un vacío indecible. Tal la diferencia entre un agujero sin límites en la psicosis y los agujeros angustiantes de la castración neurótica o perversa, que son limitados y enmarcados. En la Biblia, la condición horrorosa del abismo lleno de monstruos y de espíritus infernales de la tradición babilónica, están totalmente sometidos al poder del Creador” (en Alfredo Eidelsztein: *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Volumen 1*, op.cit., pág. 268).

líneas de eficiencia, que hace hablar cuando se trata de un problema de solución elegante”.¹⁴⁵

Cabe aclarar además que dicha restauración vale para el caso Schreber pero tomado como caso instrumental. Si bien los términos inscriptos en el esquema -“las líneas de eficiencia”- son extraídos de sus *Memorias...*, la lógica y estructura del esquema excede la particularidad de este caso. Esto significa que el *esquema I* puede ser operatorio para la lectura de otros casos, entre los que incluimos, el caso Gabriel, caso en el que claramente se evidencia la ausencia de la función del límite antes referida.

Ahora bien, valiéndose de este esquema Lacan elabora su conocida propuesta acerca del lugar que podemos ocupar en la transferencia psicótica: “No podemos extendernos aquí sobre la cuestión sin embargo de primer plano de saber lo que somos para el sujeto, nosotros a quienes se dirige en cuanto lectores, ni sobre lo que permanece de su relación con su mujer a quien estaba dedicado el primer proyecto de su libro, cuyas visitas durante su enfermedad fueron siempre acogidas por la más intensa emoción, y hacia quien nos afirma, compitiendo con su confesión más decisiva de su vocación delirante, “haber conservado el antiguo amor”.

El mantenimiento en el esquema I del trayecto *Saa 'A* simboliza en él la opinión, que hemos sacado del examen de este caso, de que la relación con el otro en cuanto semejante, e incluso una relación tan elevada como la de la amistad en el sentido en el que Aristóteles hace de ella la esencia del lazo conyugal, son perfectamente compatibles con la relación salida de su eje con el gran Otro, y todo lo que implica de anomalía

¹⁴⁵ Jacques Lacan: “De una cuestión preliminar...”, en *Escritos 2*, op.cit., pág. 553.

radical, calificada, impropriamente pero no sin algún alcance de enfoque, en la vieja clínica, de delirio parcial”.¹⁴⁶

La verdad de Schreber escrita en su libro se dirige a su mujer y a nosotros, sus lectores. Destinatarios ubicados en un lugar de alteridad diferente que aquel ocupado por Dios o por Flechsig. Lugares que establecen a la vez, lo semejante pero también lo diferente. Vayamos entonces a dilucidar la referencia aristotélica.

Los libros VIII y IX de *Ética a Nicómaco* constituyen un verdadero tratado sobre la amistad. Allí Aristóteles va desplegando su elogio a la amistad, distinguiendo diferentes variantes y condiciones para que el lazo amistoso pueda sostenerse y cultivarse. Y entre los ejemplos que puntúa encontramos precisamente el aludido por Lacan en su cita: la amistad en la relación conyugal. Escribe Aristóteles: “La amistad entre marido y mujer parece fundada en la naturaleza, pues el hombre, por naturaleza, tiende antes a vivir en parejas que en comunidades políticas, en la medida en que es anterior y más necesaria la casa que la ciudad, y en que la procreación es más común a los animales. Ahora bien, los demás animales se asocian sólo en la medida en que ésta lo requiera; el hombre y la mujer cohabitan, no sólo por causa de la procreación, sino también para los demás fines de la vida; en efecto, desde un principio están divididas sus funciones, y son diferentes las del hombre y las de la mujer, de modo que se complementan el uno al otro poniendo a contribución cada uno lo que le es propio. Por eso también parecen darse en esta amistad a la vez lo útil y lo agradable”.¹⁴⁷

La amistad entonces puede sostenerse desde la diferencia; cada uno de los integrantes del vínculo amistoso se implica, a partir de su singularidad, en la causa común compartida por ambos. Dentro de este contexto lo semejante de ningún modo

¹⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 555.

¹⁴⁷ Aristóteles: *Sobre la amistad (Ética a Nicómaco. Libros VIII y IX)*, Folio, Barcelona, 2006, pág. 43.

excluye lo diferente, sino que entre ellos se articulan -en el doble sentido, se asocian y a la vez se distinguen-. Dos frases extraídas de este mismo libro nos servirán para pensar dos acepciones posibles de lo semejante en la amistad, trasladables a nuestro asunto de interés en este capítulo, a saber, las particularidades del lazo amistoso en la transferencia con el sujeto psicótico: “...el amigo es otro yo”¹⁴⁸ y “La amistad es, en efecto, una comunidad...”¹⁴⁹.

A partir de esta referencia, proponemos pensar que el término griego que le conviene a la definición del amor causado en la transferencia con el psicótico, es *philia*, más que *eros*, que alude al amor sexual o romántico o *ágape*, que acentúa más la vertiente espiritual del amor.¹⁵⁰ Si bien el uso del término *philia* es más amplio, remite esencialmente al amor fraternal, razón por la cual es traducido generalmente como “amistad”. Pero también, y en consonancia con una de las definiciones aristotélicas de amistad citada en el párrafo anterior -“la amistad es comunidad”-, la palabra *philia* designa la intención de promover el bien común cuando se trabaja en cooperación con otros.

El lazo amistoso con el psicótico, aunque sea con cierta precariedad en el comienzo de la cura, pretende preservar al sujeto y a la relación transferencial misma de los embates del Otro que sabe y goza, al tiempo que amortigua el peso de eventuales

¹⁴⁸ *Ibíd.*, pág. 66.

¹⁴⁹ *Ibíd.*, pág. 93.

¹⁵⁰ En este sentido, recordamos que Lacan volverá años más tarde a enfatizar la diferencia entre *eros* y *philia* del siguiente modo: “Lo que dije hace poco de la valentía y la paciencia del alma para soportar el mundo es lo que responde verdaderamente de que, en la búsqueda del Bien, Aristóteles desemboque en lo siguiente: que cada uno de los seres humanos que está en el mundo sólo puede orientarse hacia el mayor ser confundiendo su bien, su bien propio, con el que irradia del Ser Supremo. Lo que Aristóteles evoca como la *φιλία*, o sea, lo que representa la posibilidad de un vínculo de amor entre dos de estos seres, al manifestar la tensión hacia el Ser Supremo, puede igualmente invertirse del modo que ya expresé: la valentía para soportar la intolerable relación con el ser supremo es lo que hace que los amigos, los *Φίλοι*, se reconozcan y se elijan. Es tan manifiesto lo fuera-de-sexo de esta ética que quisiera darle el matiz que da Maupassant en alguna parte al enunciar el extraño término de *Horla* (Fueracá). El Fuerasexo: sobre ese hombre especuló el alma” (en Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 20, Aún*, op.cit., clase del 13/03/1973, pág. 103).

irrupciones de Eros. No obstante, esta dimensión esencialmente imaginaria del vínculo transferencial sólo puede dialectizarse -y en ese movimiento fortalecerse- si encuentra una adecuada articulación con las otras dos dimensiones de la transferencia, la simbólica y la real. Siguiendo esta dirección, podemos leer la continuación de la cita de Lacan que venimos interrogando: “Más valdría sin embargo tirar a la papelera ese esquema si, como tantos otros, hubiera de ayudar a alguien a olvidar en una imagen intuitiva el análisis que la sostiene.

(...)

Lo que afirmamos aquí es que al reconocer el drama de la locura, la razón está en lo suyo, *sua res agitur*, porque es en la relación del sujeto con el significante donde ese drama se sitúa”.¹⁵¹

Además de la relación del sujeto con el significante, sostén simbólico que Lacan nos recomienda no olvidar, es necesario atender a la relación del sujeto con su objeto de goce. En el caso de nuestro paciente, este objeto se presentificó en un primer momento a través de las voces injuriosas y los tormentosos fenómenos a ellas asociados; pero luego, mediante la pintura, pudo construir en análisis una variante del objeto que le aportó una cuota de satisfacción diferente, por estar anudada a su deseo.

El analista desde el lugar del semejante se pliega a los ideales del psicótico contribuyendo a que el sujeto pueda avanzar en la vía de su deseo buscando el objeto de goce más allá del cuerpo de aquel, es decir, en el Otro social. De esta manera, la transferencia imaginaria existente entre analizante y analista está mediatizada por un objeto, artístico en este caso, que causa el deseo del sujeto y el amor del analista. Volviendo a la referencia aristotélica, podemos proponer lo siguiente: los dos

¹⁵¹ Jacques Lacan: “De una cuestión preliminar...”, en *Escritos 2*, op.cit., págs. 555-556.

participantes del juego analítico, desde la disparidad subjetiva que a la vez que los relaciona también los distingue, trabajan en cooperación en pos de un bien común: en el caso Gabriel, atemperar su sufrimiento en exceso y promover un saber-hacer con el nuevo objeto de goce, dentro y fuera de la transferencia.

Concluimos provisoriamente este recorrido reformulando las proposiciones planteadas en los dos primeros apartados del presente capítulo respecto de la articulación entre el amor, el saber y el objeto agalmático: el amor de amistad que impregnó la transferencia con Gabriel fue causado y sostenido durante el transcurso del tratamiento no tanto por el saber del delirio y las voces como objeto, sino por el *saber-hacer con el objeto inventado*.

CAPÍTULO 8.

EL PADRE DEL NOMBRE Y LOS NOMBRES DEL SUJETO EN LAS PSICOSIS

*“Papá ha volado a través del océano
dejando sólo un recuerdo,
una instantánea en el álbum familiar
Papá, ¿qué más dejaste para mí?”.*

Pink Floyd, *Otro ladrillo en el muro*.

“La pregunta ¿qué es el padre? está planteada en el centro de la experiencia analítica como eternamente irresuelta, al menos para nosotros, analistas”.¹⁵² Estas elocuentes palabras muestran a las claras el lugar prominente y, a su vez, el carácter problemático que le otorga Lacan a la cuestión del padre. El maestro francés se dedicará al abordaje de este interrogante a partir de la introducción y posterior elaboración de un término tomado de la religión cristiana, a saber, el *Nombre del Padre*.

A continuación presentaremos una sucinta reseña del trabajo al que fue sometido este concepto a lo largo de la enseñanza de Lacan, tomando como criterio ordenador el movimiento efectuado *desde el Nombre-del-Padre hacia el Padre del nombre*. A través de este recorrido y a la luz de un nuevo caso clínico, intentaremos precisar la articulación existente entre la función paterna de nominación, el saber y el nombre

¹⁵² J. Lacan: *El Seminario, Libro 4, Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas*, Paidós, Buenos Aires, 1996, pág. 374.

propio, con el fin de seguir puntualizando las particularidades de la transferencia en las psicosis y la posición del analista en la misma.

Del Nombre-del-Padre al Padre del nombre

Primeras apariciones del Nombre-del-Padre

Desde los comienzos mismos de su enseñanza, Lacan fue ensayando algunas respuestas en torno de aquella pregunta -“¿qué es el padre?”-, realizando una minuciosa y crítica lectura de algunos de los casos clínicos de Sigmund Freud. La primera aparición en la obra de Lacan del término Nombre-del-Padre puede fecharse en 1951, durante su seminario sobre el hombre de los lobos: "Jamás tuvo un padre que simbolizara o encarnara al padre, en su lugar le dieron el Nombre del Padre".¹⁵³ Lacan presenta al Nombre-del-Padre como una mera noción -no todavía como un verdadero concepto-, y como una suerte de producto degradado del padre simbólico. No obstante, puede apreciarse tanto en este seminario como en el siguiente, *El mito individual del neurótico*, un intento de Lacan por establecer cierta articulación entre el padre y su ternario de registros simbólico, imaginario y real, operadores que le permitieron leer e interpretar el texto freudiano y al hacerlo, transformarlo sustancialmente.

Si bien objeto de constantes reformulaciones, la relación entre las tres categorías mencionadas y el Nombre-del-Padre, estará siempre presente en el largo itinerario que Lacan transitó para avanzar en la investigación del tema. Como lo veremos más adelante, este itinerario tiene como punto de arribo el significativo viraje que se

¹⁵³ J. Lacan: *Seminario sobre el hombre de los lobos*, inédito, versión CD, quinta clase.

producirá cuando, en la última etapa de su enseñanza, Lacan introduzca en su teoría la utilización de la topología nodal.

La metáfora paterna

Habrá que esperar hasta el año 1955 para que Lacan, continuando con su interrogación acerca de la clínica freudiana -en esta ocasión abocándose al estudio del caso Schreber-, otorgue al Nombre-del-Padre un lugar de fundamental importancia en la construcción de su edificio conceptual. En su seminario sobre las psicosis plantea: "Antes del Nombre del Padre no había padre, había toda clase de cosas. Si Freud escribió *Totem y tabú*, es porque pensaba haber vislumbrado lo que había entonces, pero, indiscutiblemente, antes de que el término padre haya sido instituido en determinado registro, históricamente no había padre".¹⁵⁴ De esta forma, al introducir decididamente un nuevo concepto y al mismo tiempo mencionar a Freud, Lacan pretende señalar, a nuestro entender, cierta distancia que le permita comenzar a delinear un camino más allá del padre del psicoanálisis.

Asimismo, el desarrollo del Nombre-del-Padre como concepto se da en el marco de un fuerte replanteo del Complejo de Edipo freudiano. En el seminario antes citado comenta: "El Complejo de Edipo significa que la relación imaginaria, conflictual, incestuosa en sí misma, está prometida al conflicto y a la ruina. Para que el ser humano pueda establecer la relación más natural, la del macho con la hembra, es necesario que intervenga un tercero, que sea la imagen de algo logrado, el modelo de una armonía. No es decir suficiente: hace falta una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, es decir del Padre. No del padre natural sino de lo que se llama

¹⁵⁴ J. Lacan: *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, op.cit., clase del 27/06/1956, pág.436.

el padre. El orden que impide la colisión y el estallido de la situación en su conjunto, está fundado en la existencia de ese nombre del padre".¹⁵⁵ Vemos entonces como el padre es concebido como una función simbólica que introduce una ley reguladora del deseo del Otro. Por consiguiente, el Nombre-del-Padre pasa a ser el significante primordial, aquel que habilita la articulación significativa y por ende, la producción de significación. Significante esencial y principio organizador que constituye una razón de estructura y que antecede a todo lazo social fundado en la palabra.¹⁵⁶

Lacan profundiza esta línea de investigación -y su correlativo cuestionamiento al Complejo de Edipo freudiano- en el *Seminario 5*, dedicado al estudio de las formaciones del inconciente, y en el escrito sobre las psicosis, donde se abocará a la formalización de la metáfora paterna. El objetivo de Lacan es despejar el núcleo del complejo de Edipo, a saber, el complejo de castración, y de esta forma explicitar la diferencia entre su propuesta y la de su antecesor: "Les hablo de metáfora paterna. Espero que ustedes se hayan dado cuenta de que les estoy hablando del complejo de castración. No porque les hable de la metáfora paterna les estoy hablando del Edipo. Si mi discurso estuviera centrado en el Edipo, ello supondría una enorme cantidad de cuestiones...".¹⁵⁷ A través de esta articulación entre metáfora paterna y castración, Lacan conceptualiza al Nombre-del-Padre como significante de la falta en el Otro, y es en este sentido, que podemos decir que la función del padre es metaforizar una imposibilidad -ser el falo que completa al Otro- a través de una prohibición.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, clase del 18/01/1956, pág. 139.

¹⁵⁶ Cabe aclarar que durante este seminario, el desarrollo teórico sobre el significante Nombre-del-Padre está íntimamente ligado a un problema clínico referido ya en el capítulo anterior y en el marco teórico, a saber, concebir la psicosis a partir de la forclusión de este significante.

¹⁵⁷ J. Lacan: *El seminario, Libro 5, Las formaciones del inconciente*, Paidós, Buenos Aires, 1999, clase del 29/1/1958, pág. 203.

Lacan además subraya la relevancia que en esta cuestión tiene la relación de la madre con la palabra del padre: “Ahora bien, no se trata tanto de las relaciones personales entre la madre y el padre, ni de saber si uno y otro dan la talla o no la dan, como de un momento que ha de ser vivido y que concierne a las relaciones no sólo de la persona de la madre con la persona del padre, sino de la madre con la palabra del padre -con el padre en tanto que lo que dice no es del todo equivalente a nada-.

Lo que cuenta es la función en la que intervienen, en primer lugar el Nombre del Padre, único significante del padre, en segundo lugar la palabra articulada del padre, en tercer lugar la ley en tanto que el padre está en una relación más o menos íntima con ella. Lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella, y de su capricho, a saber, pura y simplemente, la ley propiamente dicha”.¹⁵⁸ La metáfora paterna encuentra entonces la siguiente resolución: el significante Nombre-del-Padre, sustituye el deseo incontrolado de la madre, induciendo así la inscripción en el inconsciente del Falo simbólico y por ende, la posibilidad de la significación fálica. Se trata de un momento decisivo para la constitución subjetiva ya que propicia el movimiento dialéctico entre el deseo del Otro y el del sujeto.

La propuesta clínica de Lacan será promover el pasaje del analizante por la experiencia subjetiva de la castración del Otro. Y lo que determina la inconsistencia del Otro es en definitiva -lo que quedará más claramente fundamentado por Lacan en momentos posteriores de su enseñanza- la falta estructural de un goce absoluto. La falta es inicial y por lo tanto imposible de colmar. El objeto de la pulsión, según Lacan, está irremediabilmente perdido porque nunca existió. El Nombre-del-Padre entonces no hará

¹⁵⁸ *Ibid.*, clase del 22/1/1958, pág. 197.

más que redoblar esa falta inicial, cumpliendo así con su auténtica función, la de unir la ley con el deseo, ya que "la castración quiere decir que es preciso que el goce sea rechazado, para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la ley del deseo".¹⁵⁹

El seminario interrumpido

En su seminario sobre la angustia, al profundizar su desarrollo teórico sobre el objeto a, al considerar a la angustia como un afecto cuya emergencia se produce frente a la falta de la falta y al ubicar a la castración definitivamente del lado del Otro, Lacan se "aparta de Freud". No es casual que al finalizar este seminario el psicoanalista francés anticipe al auditorio el título del próximo: *Los nombres del padre*.¹⁶⁰ Tampoco lo es que tras dictar la primera clase del nuevo seminario anuncie que es la última. Lacan decide interrumpir su seminario sobre los nombres del padre como una reacción frente a las medidas discriminatorias que la IPA venía efectuando en su perjuicio. En un período signado por excomuniones, escisiones, disoluciones y refundaciones en el seno de las instituciones analíticas, Lacan coloca la temática del Nombre-del-Padre sobre el tapete y escoge para su abordaje un título que señala su pluralización: *los nombres del padre*.

Tal como se puede leer en un pasaje extraído de la única clase del seminario suspendido y que transcribiremos a continuación, la pluralización del Nombre-del-Padre es una propuesta que se sostiene en el entrecruzamiento de dos dimensiones, la clínica pero también la política: "Freud coloca en el centro de su doctrina el mito del padre, claramente debido a la inevitabilidad de esta pregunta (¿qué hay de ese cuya voz toma el sujeto cada vez que habla?). Resulta igualmente claro que si hoy nos parece que la

¹⁵⁹ J. Lacan: "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano", en *Escritos 2*, op. cit., pág. 807.

¹⁶⁰ J. Lacan: *De los nombres del padre*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

teoría y la praxis del psicoanálisis están detenidas, es por no haber osado ir más lejos que Freud sobre esta pregunta".¹⁶¹

Los años posteriores a la suspensión de este seminario se caracterizaron por una marcada recurrencia por parte de Lacan a la recordación de los motivos por los cuales decidió interrumpirlo, y la consecuente abstención de seguir teorizando sobre la cuestión del padre -salvo a través de algunas aisladas menciones-. Tal es así, que en su artículo *La equivocación del sujeto supuesto saber* comenta: "Ese lugar de Dios el Padre es el que designé como Nombre del Padre y el que me proponía ilustrar en lo que debía ser el decimotercer año de mi seminario (mi undécimo en Sainte Anne) cuando un pasaje al acto de mis colegas psicoanalistas me forzó a ponerle punto final después de mi primera lección. Nunca retomaré ese tema, pues veo en él que ese sello no podría ser aún abierto por el psicoanálisis".¹⁶² A pesar de ello, Lacan retomó la cuestión del Nombre-del-Padre dos años más tarde.

La castración del padre

Nos estamos refiriendo al *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, en el que, por razones de extensión y para no desviarnos demasiado de nuestro objeto de interés, no nos detendremos. Sí subrayaremos una de las ideas centrales que Lacan elabora en este seminario y que será el fundamento de su alejamiento definitivo de Freud en lo concerniente a la cuestión del padre y consecuentemente a la concepción acerca del fin de análisis. A través de una lectura crítica, aún más minuciosa y exhaustiva que las anteriores, Lacan intenta derribar el soporte religioso de la propuesta freudiana acerca del padre, es decir, la creencia en un Otro no castrado: "...el padre es amor, el padre es

¹⁶¹ *Ibíd.*, pág. 84.

¹⁶² Jacques Lacan: "La equivocación del sujeto supuesto saber", en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, op.cit., pág. 34.

lo primero que hay que amar en este mundo. Extraña supervivencia. Freud cree que con esto se va a evaporar la religión, cuando en realidad lo que conserva con este mito extrañamente compuesto es su mismísima substancia.

(...)

¿Qué es lo que se trata de disimular? Que, cuando entra en el campo del discurso del amo con el que ahora nos estamos orientando, el padre está castrado desde el origen”.¹⁶³

*Les non dupes errent/ Les noms du pere*¹⁶⁴

Recurriendo al recurso de la homofonía, Lacan vuelve a jugar con el título de su seminario interrumpido de 1963 que, como recién comentábamos, pone de relieve la pluralización del Nombre-del-Padre. Pero no solamente diez años separan a ambos seminarios. El autor francés, a partir de la década del 70, comienza a pensar la teoría y praxis psicoanalíticas utilizando un concepto extraído de la topología matemática, a saber, el nudo borromeo. Los nombres del padre, de ahora en más, serán puestos en relación con las tres *dit-mensiones* que fundan el espacio habitado por el hablante: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Por consiguiente, el hecho de que Lacan sostenga que estas tres *dit-mensiones* anudadas borromeamente son nombres del padre, nos introduce en lo que será para él, en el próximo seminario, la esencia de la función del Nombre del Padre: la *nominación*.

¹⁶³ Jacques Lacan: *El seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992, clase del 18/2/1970, pág. 106.

¹⁶⁴ J. Lacan: *Seminario 21, Los no incautos yerran o los nombres del padre*, inédito, versión para circulación interna de la EFBA.

La función nombrante del padre en RSI

En su *Seminario RSI*, y a través entonces del análisis de la cuestión de la paternidad y de su función principal, la nominación, Lacan propone el armado de un nudo borromeo de cuatro cuerdas. Para Lacan es necesaria una cuarta consistencia que distinga real, simbólico e imaginario y como el acto de nominar implica otra *dimensión*, la nominación se transforma en el cuarto anillo que, anudando a los otros tres, constituye la estructura misma: "Toda la cuestión es saber si la nominación resulta, como aparentemente parece, de lo simbólico. Lo menos que se puede decir es que, para mi nudo, la nominación es un cuarto elemento...Un cuarto círculo anuda los otros tres ante todo planteados como desanudados".¹⁶⁵

La función nombrante del padre es adscripta por Lacan al registro de lo simbólico pero su interés apunta especialmente a saber cómo incide sobre lo real del goce: "La nominación no es la comunicación. Es ahí que la habladería se anuda a algo de lo real".¹⁶⁶ Evidentemente, el alcance de estas proposiciones -que Lacan va elaborando sobre la marcha de este seminario y del siguiente- excede el propósito que nos planteamos en este capítulo. Para finalizar esta reseña entonces, elegimos un último pasaje, también perteneciente al *Seminario 22*, que por su luminosidad nos servirá de puente para la articulación teórico clínica que a continuación realizaremos: "De tres consistencias, no se sabe nunca cuál es real. Es por eso que es preciso que sean cuatro. El cuarto es lo que por este doble bucle, soporta lo simbólico de eso para lo cual está

¹⁶⁵ Jacques Lacan: *Seminario 22, RSI*, op.cit., clase del 13/05/1975, pág. 120.

¹⁶⁶ *Ibid.*, clase del 11/03/1975, pág. 70.

hecho, a saber, el Nombre del Padre. La nominación es lo único de lo que estamos seguros que haga agujero".¹⁶⁷

La falla en la función de nominación

La puntuación precedente nos ofrece las condiciones necesarias para meternos de lleno en la temática elegida para este capítulo, esto es, la singular falla en la función de nominación paterna y sus consecuencias sobre la subjetividad psicótica. Decíamos que a partir de los reiterados intentos de formalización de algunas originales ideas que Lacan ensaya especialmente en los *Seminarios 22 y 23*, se abre una nueva puerta: la nodalización de la clínica psicoanalítica. Esta verdadera transformación de la clínica misma trajo aparejados profundos cambios en la teoría y práctica psicoanalíticas, particularmente en el campo de las psicosis.

Repasemos las dos cuestiones esenciales que, en relación con la temática del padre, signan este momento de la enseñanza de Lacan: la pluralización del significante del Nombre-del-Padre, esto es, los nombres del padre -lo real, lo simbólico y lo imaginario-; y el desplazamiento que se produce del Nombre-del-Padre al Padre del nombre.

Ahora bien, subrayar esta función nominante del padre nos podría habilita a considerar no sólo a los nombres del padre sino también a los *nombres del sujeto*, entre los cuales podríamos situar al *nombre propio*.

¹⁶⁷ *Ibid.*, clase del 15/04/1975, pág. 112.

El nombre propio -al que proponemos no circunscribir al nombre de pila y al apellido sino también a los apodos y a otro tipo de nominaciones- es una marca superpuesta al objeto que designa y tiene un carácter identificatorio, razón por la cual se distingue de otras marcas. Será precisamente desde el seminario dedicado al tema de la identificación que Lacan ligará el nombre propio a la relación entre “la emisión nominante y algo que en su naturaleza radical es del orden de la letra”.¹⁶⁸ Si el nombre se puede leer, si se trata de “una marca abierta a la lectura”, como agregará el maestro francés un par de años más tarde, nos remite a la letra como litoral entre saber y goce. El nombre permite la caída de un goce y, a la vez, la fijación de otro.

El nombre porta una doble cara: al tiempo que sostiene la ilusión de una entidad autónoma, está enfrentado con un vacío en la dimensión del sentido. La ambiciosa pretensión misma del nombre reviste una imposibilidad estructural: la designación del ser. Para Lacan lo que hay detrás de lo que nombrado es en definitiva innombrable.

Estas consideraciones preliminares bastan para establecer una primera relación entre nominación, nombre propio y sujeto: un sujeto es lo que se nombra y lo que la nominación nombra es del orden de una falta.

Falta, entonces, introducida por el acto de nominación del padre y que ofrece un lugar a quien es nombrado, a quien recibe la marca del nombre propio -y esta vez sí, especialmente del apellido-. De este modo, el hijo es insertado en una genealogía que lo convierte en el sucesor del padre. En este sentido, y tomando como referencia las nociones de ordenación y numeración que Lacan trabaja en el seminario *De un discurso que no sería del semblante*, Erik Porge formula: “Lo incertus, lo desconocido será el cero y la nominación el uno. Cada nominación de un padre se efectúa sobre el fondo de

¹⁶⁸ Jacques Lacan: *Seminario 9, La identificación*, op.cit., clase del 20/12/1961.

lo “no conocido”, del “cero conocido”. La operación de nominación se repite cada vez y se necesita de una ordenación para distinguir a todos los unos (abuelos, hijos, nietos)”.¹⁶⁹ Llegados a este punto, compartimos con el lector el siguiente interrogante: si un sujeto no es debidamente nombrado, ¿qué lugar tendrá a su disposición?

Caso Carlos

Un nombre sin padre, un hijo sin nombre

Carlos Pérez, supongamos que así se llama nuestro paciente. Carlos Pérez se llamaba su abuelo, también su padre y su hermano mayor, quien murió antes del nacimiento de aquel. No hay segundos nombres ni apodos ni nada que los distinga. Tal es así, que cuando dice Carlos Pérez resulta imposible saber de quién está hablando. Sólo una diferencia de nombres se va despejando con el transcurso de las sesiones: a su padre prefiere llamarlo Pérez, mientras que él se reconoce, no sin alguna reticencia, como Carlitos, diminutivo puesto por la madre y que lo deja atrapado en un sitio gobernado despóticamente por el capricho del Otro. Madre omnipresente que aparece incluso mimetizada en el cuerpo de alguna prostituta allí cuando Carlitos intenta tener relaciones sexuales, las que, claro está, resultan imposibilitadas por la irrupción de este goce incestuoso.

La figura de su padre, fallecido hace cinco años, no cesa de retornar. Su sombra acecha, su radical indiferencia aplasta y elimina la posibilidad de construir un lugar en él para su hijo. La crudeza de esta verdad no le impide al sujeto verbalizarla: “Pérez no me quería, yo no existía para él”. Ni siquiera con las numerosas crisis que el paciente

¹⁶⁹ Erik Porge: “Presentar un cuadro de persecución”, en *Littoral*, nº 15, Edelp, Córdoba, 1993, pág. 35.

sufrió a lo largo de su vida y que requirieron de varias internaciones, logró que el padre se conmoviera. Buscando desesperadamente descubrir en análisis algún recurso otorgado por el padre, el paciente llega con el correr del tiempo a esta certera conclusión: “Pérez no servía para nada”. Ante esta taxativa asección, cabe preguntarnos: ¿cómo servirse de un padre que no sirve para nada? ¿Cómo prescindir de su figura ante la imposibilidad de servirse de él?

Las psicosis revelan una verdad de estructura, a saber, que la ausencia radical de padre determina su presencia en exceso y la correlativa falta de lugar para el hijo. En el caso que estamos analizando, esta atopía del sujeto se evidencia en una conducta sostenida por el paciente durante gran parte de su vida. Al no soportar su estadía durante un tiempo prolongado en su casa, Carlos viajaba por todo el país. Se iba hasta “Retiro”, se tomaba el primer micro que salía, se dirigía al nuevo destino donde abordaba otro micro, el primero que pasaba, repitiendo incansablemente este circuito. El único espacio en el que se sentía cómodo y seguro era dentro del micro: sólo se trataba, según sus dichos, de “andar”. Un andar que no hace camino, un andar que continúa luego de la muerte de su padre, pero con una sensible diferencia: ya no necesita irse tan lejos. Sale a caminar durante toda la noche, sin rumbo por las calles de la ciudad hasta la llegada del amanecer, momento en el que, ante el recrudecimiento de sus síntomas en presencia de la cantidad de gente que a esa hora ya empieza a circular, regresa a su casa.

A través de esta tendencia errática, el sujeto denuncia la arrolladora omnipresencia del Otro pero, a la vez, construye un recurso frente a ella, aunque más no sea para conseguir mediante esta fáctica distancia un poco de alivio. No obstante, queremos resaltar que la utilización de este recurso es, a nuestro entender, tan necesaria como insuficiente. Frente a esta singular situación, el desafío terapéutico inicial

consistió en poder generar por lo menos las condiciones básicas para que un tratamiento sea posible con este sujeto errante, no obstaculizando su deambulación -incluso, en algunas ocasiones directamente aconsejándola- pero, al mismo tiempo, procurando ofrecer ciertos puntos de amarre que le permitan alojarse en la relación transferencial. Transferencia que para producirse requiere de la constitución de dos lugares: el del sujeto y el del analista.

Los encuentros se realizan en la casa del paciente, donde vive solo con su madre. Al armar la escena del análisis “in situ”, el escenario de su vida cotidiana se va transformando. Consideramos que la presencia real del analista “ahí” introdujo: en lo real un corte, al provocar en el vínculo madre-hijo una mediatización favorecedora de una efectiva separación entre ellos; en lo imaginario, un soporte especular diferente al ubicarse el analista en su relación con el analizante como semejante; y en lo simbólico, la posibilidad a mediano plazo de fomentar la simbolización del par ausencia-presencia del Otro -y de los otros- que contribuye a su horadación.

Las sesiones se despliegan con grandes silencios que lejos de incomodar, apaciguan. Sólo son matizados con unas pocas oraciones sueltas y aisladas que el paciente extrae de algún libro -los de literatura, filosofía y psicoanálisis son los de su preferencia- o del recuerdo de palabras dichas por psiquiatras que lo atendieron en otros momentos de su vida. Del discurso de estos psiquiatras repite aforismos que no producen ningún efecto, que no tocan en nada algo del orden de su subjetividad sino, por el contrario, lo estancan cada vez más en un “ser esquizofrénico”.

Con el correr del análisis estas sentencias doctrinales se convierten en un material que, vía su cuestionamiento, empiezan a delinear un principio de diálogo entre

paciente y analista. Diálogo que fue aportando una plataforma de base para que Carlos, instalándose lentamente en esta nueva e inédita interlocución, vaya arriesgando alguna frase de su autoría. Recordamos, entre muchas otras, cuál fue la primera. Refiriéndose a sus ideas de persecución, conmovido, comenta: “Cuando alguien me persigue no estoy tan solo”. Es él mismo quien cada vez aclara si la oración proferida es de su cosecha. Estas frases, al permitirle al sujeto implicarse en los problemas que lo aquejan, sí van teniendo efectos promisorios dentro y fuera del análisis y muchos de los padecimientos que lo atormentan van de a poco atenuándose e incluso en algunos casos desapareciendo.

A esta actividad el paciente la llama “hacer poesía”. Producciones poéticas en las que el sujeto cree y que las crea directamente en las sesiones o en las salidas nocturnas previas a las mismas. Dichas salidas no sólo le van robando algunas horas al día sino que, además, van realizándose con un ordenamiento introducido por la elección de ciertos puntos de referencia en el trazado del recorrido. Y estos lugares, espontánea pero especialmente escogidos en función de recuerdos de vivencias pasadas, ofician de auténticos remansos donde Carlos se toma una pausa y deja vía libre para el surgimiento en su cabeza de estas frases que luego comparte en análisis. El “hacer poesía” constituye para el análisis un “hacer saber”, incluyendo sus dos acepciones posibles: transmitir el saber pero también producirlo.

De esta manera, se efectúa el desplazamiento de un saber referencial a un saber textual, “saber inconciente del cual un sujeto puede descifrarse”,¹⁷⁰ pero, nos permitimos agregar, no sin antes localizarse. Y esta localización del sujeto sugiere pistas

¹⁷⁰ Jacques Lacan: *Seminario 21, Los no incautos yerran o Los nombres del padre*, op.cit., clase del 13/11/1973.

para la localización del analista al preparar el terreno para la aparición de una explícita demanda que termina de circunscribir el lugar del analista. Una palabra, y el pedido que vehiculiza, comienzan a preceder la verbalización de algunas de estas frases: “anotala” dice el paciente. El analista es convocado así a desempeñar su función de secretario, de escribiente que confirma el saber inventado por el sujeto convirtiéndolo en escritura. Precisión de lugares que propicia lo que llamaremos un *saber hacer con el hacer saber*, tarea entonces que le compete tanto al sujeto psicótico como al analista, ubicados en lugares semejantes pero dispares a la vez.

Un hombre en busca de un nuevo nombre...

Y si bien el analista lo confirma, ese saber nuevo exige ser refrendado con la firma del sujeto. Tal es el criterioso designio de Carlos. Pero ¿con qué nombre propio puede apropiarse de este saber? El filósofo José Saramago para el epígrafe de su obra *Todos los nombres* toma prestadas del Libro de las Evidencias las siguientes palabras: “Conoces el nombre que te dieron, no conoces el nombre que tienes”.¹⁷¹ En el caso de nuestro paciente, ni Perez -apellido que el padre no le terminó de dar- ni Carlitos -nombre que la madre le dio pero al precio de su arrasamiento subjetivo-, están a su disposición para firmar su obra. Ahora bien, ¿qué nombre tiene pero aún no conoce? El nombre que se invente. Y el que eligió está conformado por dos letras: C P, que “coinciden” con las iniciales de su nombre.

Anudamiento entre saber y nombre propio que al pertenecer al registro de la letra permiten la localización del sujeto en la cadena significativa pero también la obtención de una satisfacción pulsional. En términos topológicos, consideramos que

¹⁷¹ José Saramago: *Todos los nombres*, Punto de lectura, Buenos Aires, 1997, pág. 10.

dicho anudamiento, producido en transferencia, puede entenderse como un intento de reparación de la falla de la estructura subjetiva que le permite al sujeto reencontrarse con su falta para relanzar su deseo.

Este acto de nominación supletoria, a cargo del sujeto -aunque no sin el analista, quien, como vimos, ha encontrado su posición en ese acompañamiento mismo- le ofrece un nuevo nombre y con él, un nuevo lugar. Nuevo nombre que lo despoja de los anteriores: de “Carlitos”, también de “esquizofrénico” -nombre que intenta designar el ser, y que, como todo ser es ser para el Otro, lo deja cosificado en una posición de impotencia (no puede trabajar, no puede tener relaciones con mujeres, etc)-. Nuevo nombre que le otorga un lugar desde el cual poder soportar mejor los embates de su madre, dejar de apoyarse en los aforismos vacíos de sus psiquiatras y no padecer tanto el incesante retorno del fantasma de su padre. En relación con este último punto, nos preguntamos: ¿podrá nuestro sujeto prescindir de la figura de su padre a condición de servirse de su nuevo nombre?

Finalizamos la lectura de este caso, compartiendo con el lector una de aquellas frases creadas y firmadas por el paciente:

“he avanzado en la poesía, el psicoanálisis y el dolor”.

CAPÍTULO 9.

EL PSICOANÁLISIS EN LA ÉPOCA: CUERPO Y LENGUAJE

“Al infierno se va por atajos, jeringas y recetas”.

Joaquín Sabina, *Barbi superestar*.

“El abismo no tiene límites ni vacío”.

John Milton, *El paraíso perdido*.

La normalidad de las psicosis

Lacan lleva al extremo su posición clínica cuando en 1962, lejos de considerar a la psicosis en términos meramente deficitarios y menos aún de situarla fuera de estructura, define a la psicosis como una de las caras de una estructura única, fallada y calificada de normal. Recordemos la cita: “[...] el neurótico, como el perverso, como el psicótico mismo, no son sino caras de la estructura normal [...] El neurótico es el normal en tanto para él el Otro con una A mayúscula tiene toda su importancia. El perverso es el normal en tanto para él el falo -el Φ mayúscula, que nosotros vamos a identificar a ese punto que da a la pieza central del plano proyectivo toda su consistencia-, el falo tiene toda su importancia. Para el psicótico el cuerpo propio, que hay que distinguir en su lugar, en esta estructuración del deseo, el cuerpo propio tiene toda su importancia”.¹⁷²

A los fines de nuestra investigación, extraemos de este párrafo dos ideas centrales: por un lado, la psicosis, la neurosis y la perversión comportarían diferentes modos de responder a una falla radical propia de la estructura del sujeto, concebida por

¹⁷² Jacques Lacan: *El seminario, Libro 9, La identificación*, op.cit., clase del 13/06/1962.

Lacan, según distintos tiempos de su enseñanza, en términos de “carencia del Otro”, “no hay Otro del Otro”, “no hay relación sexual”; y por el otro, que la “normalidad de la psicosis” radica en la importancia que en esta configuración clínica adquiere el cuerpo propio. Desde esta perspectiva, el estudio del cuerpo en la psicosis se convierte entonces en una tarea necesaria no sólo para su abordaje terapéutico sino también para un análisis de este concepto en sus relaciones estructurales con el lenguaje.

Dedicaremos este capítulo y el siguiente a la articulación de algunas teorizaciones en torno a las distintas dimensiones del cuerpo con dos fragmentos de nuestra clínica. A continuación, y como un modo de comenzar con nuestra conceptualización acerca del cuerpo en psicoanálisis y sus particularidades en la psicosis, abriremos una reflexión acerca de una de las versiones que, sobre este tema, promulga el discurso de la época. Desde este contrapunto, quedará más destacada la originalidad del discurso del psicoanálisis acerca del cuerpo, así como también los alcances de su eficacia clínica.

Cierta vertiente del discurso de época -ya que éste no es unívoco- tiene sus incidencias sobre algunas presentaciones recurrentes en la clínica de nuestros días cuyo denominador común es la existencia de un profundo fracaso de la función de la palabra, con el consecuente impacto sobre los distintos registros del cuerpo. Estos casos -entre los cuales podríamos situar el que trabajaremos en este capítulo- son llamados en la jerga psicoanalítica casos “raros” y exigen al analista un esfuerzo adicional a la hora de establecer un diagnóstico diferencial, labor que además no siempre puede lograrse, por lo menos en los tiempos iniciales de un tratamiento.

De ahí la relevancia de contar con herramientas de análisis que favorezcan una lectura más precisa del material clínico en cuestión y por ende, una mejor orientación de

la dirección de la cura. Esperamos que las elaboraciones que siguen contribuyan para tal propósito.

El cuerpo para el discurso posmoderno

El primero de los versos transcritos a modo de epígrafe, nos servirá de estímulo para iniciar nuestro recorrido: “atajos, jeringas y recetas” nos sugieren las modalidades a través de las cuales el superyó contemporáneo ordena su desmesurado imperativo, “¡gozá ya!”. No importan los medios, o en todo caso sólo importa que sean fáciles y rápidos para que esté “todo bien”. Y si no está “todo bien”, entonces... está “todo mal”. Los resultados del sumiso acatamiento a este gozoso designio posmoderno quedan de manifiesto en las cada vez más frecuentes consultas de adolescentes y de jóvenes desencantados de la vida, sin referentes ni referencias, sin proyectos que los orienten ni causas que los sostengan.

A veces, este sentimiento de pérdida de sentido existencial intenta ser compensado ilusoria y desesperadamente con el abuso de un goce desamarrado de sus relaciones con el amor y con el deseo. Abuso que los extravía en una multiplicidad de satisfacciones inmediatas, es decir, no mediadas por la pausa necesaria para la formulación de la pregunta por el propio deseo. El músico Luca Prodan así lo expresaba en una de sus canciones: “no sé lo que quiero pero lo quiero ya”.

Este imperativo de inmediatez es “prescripto” por un saber sobre el goce que, por pretenderse totalizador, reniega de las verdades singulares. Además, es este mismo saber el que se encarga de ofertar nuevas recetas para calmar el sufrimiento psíquico que se desprende de esta lógica superyoica, y que tampoco se hace esperar.

Este “fantasma de saber totalidad” es encarnado por la ciencia.¹⁷³ Claro está que no podemos caer en la necedad de desestimar los notables avances científicos y tecnológicos que contribuyen a mejorar nuestra calidad de vida. El problema aparece cuando la ciencia se encarga de asuntos que conciernen a la subjetividad humana. Estos “descubrimientos” son difundidos periódicamente en los medios masivos de comunicación. Tan sólo a modo de ejemplo, reproduciremos algunos pasajes de un artículo que publicó el *New York Times* el 27 de enero del 2010 y que tituló: *El amor al fin podría tener remedio*:

El neurocientífico Larry Young especula con que el amor humano se desarrolla por una "cadena de eventos bioquímicos", que evolucionó del antiguo circuito cerebral involucrado en el amor madre-hijo, estimulado en los mamíferos por la oxitocina liberada durante el parto y los meses subsiguientes (...)

Cuando se le inyecta oxitocina al cerebro de una ratona, ésta se sentirá atraída rápidamente por el macho más cercano (...) Otra hormona relacionada, la vasopresina, crea la necesidad de formar una pareja cuando se la inyecta en los ratones machos. De esta manera los hombres con tendencias genéticas similares serían menos propensos a casarse (...)

Young advierte que podrían existir, en un futuro cercano, drogas que incrementaran los deseos de enamorarse o por el contrario los inhibieran para no convertirse, como él mismo dice, en tontos enamorados. Una vacuna para el amor es más simple y práctica, y ya hay algunas drogas que inhiben los impulsos románticos de las personas y han sido probadas en los ratones de campo.

¹⁷³ Así se refería Lacan en el *Seminario 17, El reverso del psicoanálisis*, a su primera versión del discurso capitalista, ubicando al saber en el lugar del agente del discurso.

En pocos días esta noticia fue relevada en nuestro país por Clarín, La Nación, Infobae, El Día, y seguramente por una infinidad de medios de comunicación en todo el mundo. Cabe agregar además que en ninguno de estos diarios la noticia fue presentada en un marco de cierta comicidad: por el contrario, se le otorgó el estatuto de “verdad científica”. A creer o reventar, ¿no? Y sí, en definitiva es una cuestión de fe. Como dice Gerard Pommier la ciencia es una ficción moderna pero que se ignora a sí misma como tal.¹⁷⁴ La ciencia cree en la ficción de un cuerpo en sí mismo, puro organismo por fuera de los lazos sociales. Con semejante rechazo de la castración, cualquier dimensión deseante tiende así a quedar abolida.

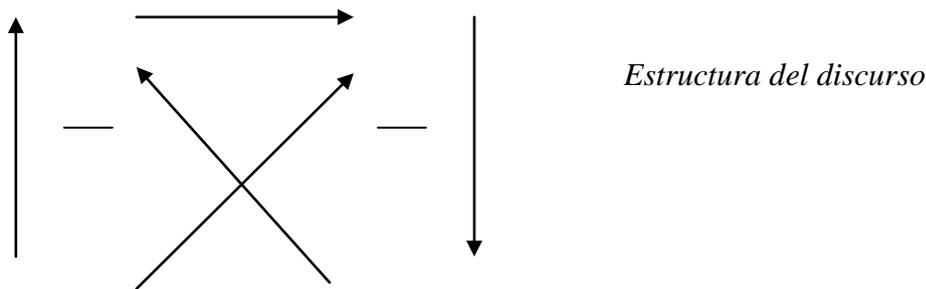
La esquematización que Lacan hiciera, en el marco de su novedosa teoría de los discursos, de la operatoria del discurso capitalista nos aportará preciadas referencias para profundizar la lectura que estamos realizando sobre una de las concepciones predominantes en la actualidad respecto del cuerpo.

Estructura y funcionamiento del discurso capitalista

En el *Seminario 17*, Lacan desarrolla la primera formalización de su teoría de los discursos. El maestro francés le otorga a la noción de discurso un sentido fundamental: un discurso sin palabras pero fundado en el lenguaje, que implica lugares y términos y que constituye una suerte de matriz de cualquier acto en donde se tome la palabra. En el contexto de esta teoría, el llamado discurso analítico entra en relación sincrónica con otros tres: el del amo, el universitario y el de la histeria. Cuatro formas -y sólo cuatro- de hacer lazo social.

¹⁷⁴ Gerard Pommier: “El cuerpo en la posmodernidad”, en Fundación del Campo Lacaniano: *El cuerpo. El psicoanálisis frente al orden biológico*, Ediciones Kliné, Buenos Aires, 1993.

Las cuatro modalidades discursivas -todas ellas ordenadoras de goce- comparten la misma estructura compuesta por cuatro lugares, cuatro términos distribuidos en dichos lugares (\$, a, S1, S2), dos barras horizontales que los separan y cinco vectores que trazan ciertas conexiones entre los mismos y el sentido de las determinaciones:¹⁷⁵



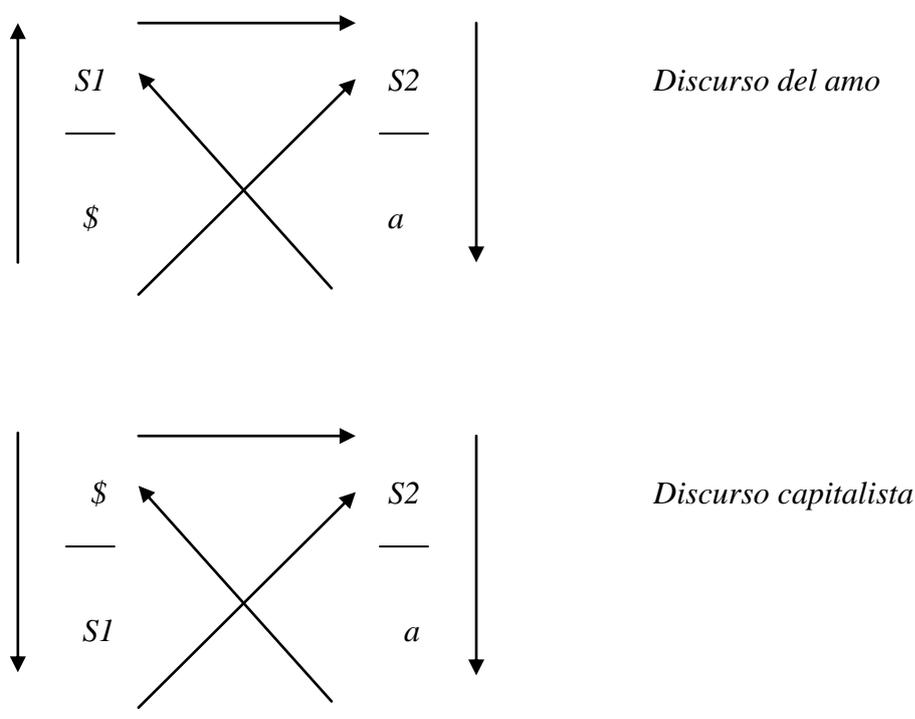
Para nominar a esos cuatro lugares, Lacan apeló a dos designaciones sucesivas y diferentes:

<i>agente</i>	<i>otro</i>	
—————	—————	<i>Seminario 17</i>
<i>verdad</i>	<i>producción</i>	
 <i>semblante</i>	 <i>goce fálico</i>	
—————	—————	<i>El saber del analista</i>
<i>verdad</i>	<i>plus de goce</i>	

¹⁷⁵ En el *Seminario 20* Lacan dice: “Una de estas rayas –como hay cuatro letras, debía haber seis rayas-falta” (en Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 20, Aun*, op.cit., clase del 09/01/1973, pág. 39). La supresión del vector de abajo significa que la verdad discursiva no puede recibir ningún tipo de determinación de otro lugar del discurso.

Acerca de la comparación entre estas dos nomenclaturas, nos limitaremos a subrayar el hecho de que hay un lugar que en ambas se conserva y que, por esta misma razón, podemos inferir su radical importancia: el lugar de la verdad.^{176*}

Ahora bien, en una conferencia pronunciada en Milán, el 12 de mayo de 1972,¹⁷⁷ y con el propósito de situar el discurso analítico en relación con su reverso, el discurso del amo, Lacan presenta por única vez la estructura del discurso capitalista -en su segunda versión-:



¹⁷⁶ Queda demostrado así que la verdad no es un término, sino un lugar. La verdad considerada como lugar guarda estricta relación con el decir. Y como punto de partida del estudio de dicha relación, proponemos pensar en la articulación de tres célebres aserciones de Lacan: "Yo, la verdad, hablo...", "La verdad sólo puede decirse a medias" y "La verdad tiene estructura de ficción". Siguiendo en la misma dirección, es conveniente recordar que Lacan, retomando la oposición aristotélica entre *hyle* y *morphé*, acentúa la dimensión de la verdad en tanto causa material y subjetiva del discurso que se sustrae a toda determinación, dejando en la cuenta del objetivo de la ciencia el aspecto formal de la verdad, cuyo valor se dirime en términos de verdadero o falso. (Jacques Lacan: "La ciencia y la verdad", en *Escritos I*, op.cit.).

* Para ahondar en el análisis de la temática de la verdad, recomendamos al lector dos interesantes trabajos: Rolando Karothy: "El problema de la verdad", en *Contexto en Psicoanálisis 5*, Colección Acto, Argentina, agosto del 2000 y Daniel Gerber: "Ficciones de verdad", en *Laberintos de la estructura*, Siglo Veintiuno editores, México.

¹⁷⁷ Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972, publicado en la obra bilingüe "Lacan in Italia", Milán, La Salamandra, 1978, ficha de Páremaï, traducción de Carlos Ruiz.

El discurso capitalista es una variedad del discurso del amo y se produce por una “pequeña inversión” (*Conferencia en Milán*) o “pequeñísimo cambio en el orden de las letras” (*Sobre la experiencia del pase del 03/11/1973*) entre S1 y \$. Además, tal como se puede apreciar en el gráfico, cambia el sentido de una de las flechas. Esta “pequeña” diferencia formal provoca, sin embargo, sustanciales transformaciones en el funcionamiento general de la fórmula. La consecuencia más grave es, según nuestra lectura, el rechazo de la verdad.¹⁷⁸

Mientras que en el discurso del amo el semblante es el significante amo que recibe su determinación de la verdad, en el discurso capitalista el agente repudia esa determinación pasando a comandar su relación con la verdad. La figura del ego capitalista es la que oficia de sujeto entronizado como agente y opera sobre el significante amo ubicado en el lugar de la verdad. Podríamos decir que se trata de una inversión que conduce a una perversión: el cambio en el sentido del vector que conecta el lugar del semblante con el de la verdad es tributario del despliegue de una vertiente perversa de la discursividad contemporánea imperante ya que, al rechazar la castración, establece una circularidad sin interrupciones y sin pérdidas,¹⁷⁹ donde el sujeto no puede alojarse en su efectuación.

Profundizando aun más este planteo, podemos pensar que la manipulación de la verdad y la correlativa exclusión del sujeto en tanto dividido que el discurso capitalista procura le arrebatan su estatuto mismo de discurso, ya que apunta en el extremo a la

¹⁷⁸ En este sentido, Lacan sostiene: “Lo que distingue al discurso del capitalismo es esto: la *verwerfung*, el rechazo fuera de todos los campos de lo simbólico, con lo que eso tiene de consecuencia. El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor, amigos míos. Ven eso, eh? no es poca cosa.” (en Jacques Lacan: *El saber del analista*, inédito, versión para circulación interna de la EFBA, clase del 06/01/1972).

¹⁷⁹ Circuito que, por hallarse orientado hacia la izquierda, permite a Alemán y Larriera llamarlo “círculo siniestro” (Jorge Alemán y Sergio Larriera: “Los discursos”, en *Lacan: Heidegger*, Ediciones Del Cífrado, Buenos Aires, 1996, pág. 178).

procreación de sujetos-fuera-de-discurso inmersos en un autismo que reniega del lazo social.¹⁸⁰

Volviendo a la temática que estamos trabajando, podemos conjeturar que este cortocircuito en el funcionamiento del discurso también produce un serio trastocamiento sobre el cuerpo. Si el cuerpo queda desamarrado de su necesaria ligazón con la palabra y con el deseo del Otro, no puede cumplirse la función ordenadora de goce propia del discurso. Con esta desregulación pulsional, queda el terreno abonado para una escalada del goce del Otro, convirtiéndose el cuerpo en un objeto más entre otros, gozado por este goce. A veces como pura imagen, culto de devoción exhibicionista, sometido así a una variedad de manipulaciones técnicas que, en nombre de la estética, conduce al cuerpo, en el extremo, una y otra vez al quirófano; otras, como sede de oscuras e indecibles alquimias, de las cuales también participan -y cada vez a edades más tempranas- cócteles de psicofármacos indicados abusivamente.

Tan sólo dos ejemplos, de tantos otros, donde el cuerpo es excluido de la dialéctica discursiva que le brinda un lugar privilegiado a la verdad subjetiva de cada quien, atravesada por la castración e inscripta en un lazo social.

Antes de pasar a profundizar una conceptualización psicoanalítica posible de la noción de cuerpo, retomamos la cita con la que comenzamos este recorrido y apuntamos lo siguiente: si para el psicótico el cuerpo tiene toda la importancia es porque padece de la relación con él. Y algunos de estos padecimientos, aún determinados por otro orden de razones, también denuncian las dificultades del sujeto psicótico para tener un cuerpo

¹⁸⁰ Por esta misma razón, afirmábamos al comienzo de este apartado que, en rigor, sólo existen cuatro formas de hacer lazo social, los llamados cuatro discursos. Si, no obstante, mantenemos con Lacan la denominación “discurso capitalista” es exclusivamente a los fines de favorecer el estudio comparativo con el discurso del amo y facilitar así el examen de las consecuencias que las diferencias entre ambos traen aparejadas.

habitado por la falta y con el que pueda hacer su juego en la escena social. La estructura de la psicosis no se adapta fácilmente a la lógica de los discursos y por consiguiente, es manifiesta su vulnerabilidad ante el eventual asedio del goce del Otro. Con estas últimas consideraciones podríamos estar advertidos de la potencial peligrosidad para la subjetividad psicótica de algunas de las repuestas -incluso terapéuticas- que la época, por lo menos desde la vertiente aquí enfatizada, pueda llegar a ofrecer.

¿Qué es el cuerpo para el psicoanálisis?

El tema del cuerpo es uno de los ejes del debate actual entre las diferentes corrientes psicoanalíticas. Nuestra pretensión en las páginas que siguen consiste en efectuar algunas puntualizaciones preliminares que nos permitan sumarnos a ese debate, sin perder de vista nuestro objetivo central para este capítulo y para el próximo: construir una noción operatoria de cuerpo que contribuya al tratamiento de la psicosis.

Para el psicoanálisis el cuerpo se distingue radicalmente del organismo. En contraposición de lo que planteábamos a propósito del discurso de la época, el psicoanálisis concibe al cuerpo como hecho de palabra, constituido en la relación del sujeto con el Otro y habitado por la castración. Desde esta concepción, el cuerpo cuenta además con múltiples dimensiones. Cuerpo hablado y que habla, cuerpo representado por imágenes, cuerpo que siente dolor, placer y otros afectos, que goza y es gozado.

Para fundamentar esta concepción del cuerpo, encontramos argumentos consistentes en dos escrituras de nos legó Lacan: el nudo y el toro. Ambas escrituras

pertenecen a topologías diferentes trabajadas por el maestro francés en distintos momentos de su enseñanza.¹⁸¹

Del nudo borromeo nos ocuparemos en el siguiente capítulo. Por el momento, sólo adelantamos que, a través del particular anudamiento de lo simbólico, lo imaginario y lo real, se escribe en la estructura -cabe aclarar, ya constituida- la articulación entre el cuerpo simbólico, el cuerpo imaginario y el cuerpo real. Como no hay estructura del ser hablante sin tres, el cuerpo entonces es, en principio, el anudamiento de tres cuerpos. Dejamos también planteada la pregunta por la eventual existencia de lo que podríamos llamar el “cuerpo *sinthomatizado*”, es decir, el efecto sobre el cuerpo de la introducción de una cuarta consistencia, el *sinthome*.¹⁸²

Asimismo, si ubicamos el acento en los tiempos instituyentes de la subjetividad - y por ende, del cuerpo-, quizás nos resulte de mayor utilidad la otra referencia topológica mencionada. El toro -que es, por ejemplo, el neumático de un auto- es una superficie doblemente agujereada: tiene un interior absoluto, llamado alma, y un agujero central -el agujero del deseo como prefiere llamarlo Lacan- que conecta con el exterior y que se convierte, por lo tanto, en un lugar de encuentro y desencuentro entre el sujeto y el Otro.

El toro, a diferencia de la esfera, propia de la espacialidad freudiana, es una figura de agujero irreductible a un punto y por consiguiente, tiene la ventaja de permitirnos situar la inscripción de la castración. Siguiendo las consideraciones de Lacan, podemos sostener que el cuerpo simbólico antecede lógicamente a la

¹⁸¹ Aunque existen en su obra intentos de reunión entre la topología nodal y de superficie: por ejemplo, en el *Seminario 24, L'insu...*, hablará de nudos tóricos.

¹⁸² Las viñetas clínicas que incluiremos en este capítulo y en el siguiente nos ofrecen algunas pistas para comenzar a trabajar sobre esta pregunta.

constitución del cuerpo: es la condición de posibilidad para que el niño tenga un cuerpo. En *Radiofonía y Televisión*, Lacan aborda esta pregunta: ¿cómo se atrapa la estructura?, y propone lo siguiente: “la estructura se atrapa en el punto mismo donde lo simbólico toma cuerpo. El cuerpo de lo simbólico, a ese cuerpo, no hay que entenderlo, en absoluto, como una metáfora. La prueba de eso es que nada aísla al cuerpo tomado en el sentido ingenuo, el cuerpo se sostiene por el ser que no sabe que es el lenguaje el que se lo otorga, al punto de que jamás lo tendría si no pudiera hablar. El primer cuerpo es incorporeal y forma al segundo por incorporarse dentro. Hay incorporeal que marca el cuerpo exactamente luego de su incorporación”.¹⁸³

La idea de lo “incorporeal” es tomada por Lacan de los estoicos. Ellos distinguían lo corporal, lo somático, de lo incorporeal, definido como algo que acontece en el límite de los somas. Las cuatro categorías estoicas de lo incorporeal son el *lektón* (traducido como lo “significable” o lo “expresable”), el vacío, el espacio y el tiempo. Un bebé, sobre la base necesaria y real de un soma, puede, en el mejor de los casos, contar con una operación facilitada por el Otro real que permite la producción y posterior incorporación de ese incorporeal.

Para que ese primer incorporeal pueda ser incorporado por el futuro sujeto no alcanza con el lenguaje. Es necesario que éste sea agujereado tras la extracción del objeto *a*. Volviendo a la referencia topológica que venimos trabajando, es preciso en primer lugar que el Otro se le presente al niño tórico -esto es, si le habla poniendo en juego sus agujeros- pero además que en sus demandas deje titilar su deseo, es decir, su falta. La psicoanalista Silvia Amigo lo explica de esta manera: “Se pueden trazar algunas líneas sobre el toro, figurando éstas las demandas que rodean el alma del toro,

¹⁸³ Jacques Lacan: *Radiophonie et télévision*, Éditions du Seuil, París, 1974, traducción de Silvia Amigo.

rozando el agujero central, pero sin advertirlo. Las demandas rodean el alma del toro, no sin pasar rozando su agujero central, el del deseo.

(...)

Es sólo en este caso (si esas demandas se espiralan) que se va a demostrar cierta la afirmación de Lacan, quien define al sujeto advirtiendo el vacío central como error en la cuenta que lleva a cabo sobre las demandas del Otro.

Contemos las vueltas de la línea que da la demanda sobre el toro. Supongamos que sean, en este caso, cinco. Al espiralarse, puede hacerse sensible que se dio una vuelta por el agujero central. (...) Denuncia que, para que el sujeto aparezca entre los dichos del Otro, debe encontrar su lugar en un sitio singular: en el error en la cuenta que debe poder localizarse en el Otro, única posibilidad de su resta de ese campo. Sólo si se contabiliza este error (que hace contabilizable el agujero central del toro) el sujeto podrá hendir el toro del Otro, y así comenzar a succionarlo, incorporándolo. De la mano del error en la cuenta, donde el niño computa como falta el deseo del Otro, va a poder llevarse a cabo la primera reversión tórica¹⁸⁴. Gracias a esta reversión tórica, el sujeto contará con su toro-trique, su cuerpo simbólico, dentro del cual podrá alojar su cuerpo especular.

La oralidad del niño, a través de la cual se realiza la incorporación de la falta del Otro, será propiciada si la voz y la mirada de la madre funcionan como vectores de su deseo. El agujero del deseo del Otro succionado se transforma en el alma del cuerpo del niño, como esencia ausente. Ese vacío será el núcleo del inconciente, alrededor del cual

¹⁸⁴ Silvia Amigo: *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens, Rosario, 2005, págs. 78-79.

girará el movimiento de la pulsión, dialectizando el intercambio de demandas pulsionales entre el sujeto y el Otro. En relación a la importancia decisiva de estos primeros tiempos constituyentes agrega Silvia Amigo: “Ofrecer la lactancia, en la delicada química del niño con el Otro, es el acto en que, porque la madre espirala su demanda de modo tal que tittle, dejándose oír el vacío que porta, el niño traga lo real del Otro real, su vacío.

Paradójicamente, incorporar el lenguaje implica incorporar el nódulo vacío de donde partirá la constante rotacional. Para que lo simbólico pueda hacer trama consistente se necesita incorporar el núcleo vacío que, como constante rotacional, hace que luego todo el lenguaje aparezca entramado significativamente alrededor del agujero del inconciente”.¹⁸⁵

Ahora bien, antes de pasar al relato del material clínico, sumamente ilustrativo para pensar algunas de las consecuencias que trae aparejadas la falla en las operaciones que recién detallábamos, anticiparemos qué ocurre en esos primerísimos tiempos pero esta vez respecto de las psicosis. El Otro materno, en vez de presentarse ante el niño como un campo agujereable y succionable, se presenta como una masa compacta de goce, no pudiendo donarle la falta necesaria para que el niño pueda alojarse.

En estos casos, las demandas aún sucediéndose no alcanzan a espiralarse. Por el contrario, éstas irrumpen en forma aislada sin ligarse unas a otras. La autora antes citada lo argumenta en términos topológicos: “Estas líneas hacen un recorrido cerrado por el alma del toro donde vemos que el agujero central, que Lacan llama agujero del deseo, se roza pero no se hace computable. En este caso el toro no resultará pasible de ser

¹⁸⁵ *Ibíd.*, págs. 86-87.

hendido por el sujeto para posteriormente succionarlo. Al no poder formarse el toro-
trique, primera consistencia corporal, estaremos frente a la combinatoria que da por
resultado las grandes psicosis”.¹⁸⁶

Si el niño no puede deducir ese agujero central, ciertas demandas del Otro
tendrán un peso de plomo tendiendo a ser aplastantes para él. En lugar de vacío habrá
un signo inequívoco. Un cabal ejemplo lo pudimos encontrar en el discurso de un
paciente psicótico quien, respecto del “originario” encuentro con su madre, recuerda
que las primeras palabras que ella le dirigió fueron las siguientes: “tené cuidado
conmigo”.

Además de esta dificultad de relativización y dialectización de las demandas del
Otro, la imposibilidad de incorporación del deseo del Otro provocará, por lo
anteriormente dicho, indeseadas consecuencias sobre la conformación del cuerpo: no
sólo a nivel del cuerpo imaginario -ya que depende de la constitución del primer cuerpo,
es decir, del cuerpo simbólico- sino también en relación a lo real del movimiento
pulsional, cuyo adecuada circulación se encuentra así gravemente afectada por la
carencia de aquél vacío central, alrededor del cual hace su recorrido.

A continuación, podremos apreciar a través de un fragmento clínico cómo estos
avatares en los tiempos instituyentes de la subjetividad son reactualizados en coyunturas
posteriores, mostrando la vigencia de su poder nocivo. También de lo que un sujeto, con
la ayuda del trabajo analítico, es capaz de hacer para torcer ese funesto destino.

¹⁸⁶ *Ibid.*, pág. 79.

Caso Juan

Se trata de un joven de 20 años que, al momento de la consulta, se encuentra internado en una clínica psiquiátrica luego de numerosos e ineficaces tratamientos a cargo de distintos especialistas médicos. Por iniciativa siempre de su madre este joven deambuló por una infinidad de consultorios incluyendo el de un brujo, ya que una de las hipótesis de su madre era que el estado de depresión aguda de su hijo -que no mejoraba desde hacía dos años- era producto de un “trabajo” realizado por su ex novia.

Este muchacho, con aparentes tendencias adictivas al alcohol y a la marihuana, tenía ahora graves problemas con la comida: primero bajó 30 kilos en dos meses. Tiempo después y luego de recuperar lentamente su peso normal, cayó presa de atracones recurrentes e incontrolables y empezó a subir exageradamente de peso, una cantidad similar de kilos a los bajados y también en muy poco tiempo. A los médicos y a su madre les daba la sensación de que Juan podía llegar a comer “hasta reventar”. De ahí la decisión de internarlo.

En estas condiciones comienza su análisis. Su “cuerpo-bolsa” -casi deformado- reflejaba una cruda imagen de mortífera devastación subjetiva. En esa primera entrevista comenta: “perdí las ganas de vivir, nada me interesa. Tengo ganas de estar todo el día comiendo”. Transcurrieron algunas silenciosas sesiones, hasta que Juan comenzó a soltar su palabra. Según su registro, los problemas empezaron efectivamente dos años atrás, cuando tenía 18, y justo después de que su madre le prohibiera hacer el viaje de egresados. Para ella ese viaje representaba dos peligros: las drogas y la todavía en aquel entonces novia de su hijo. El paciente cuenta que esta chica nunca fue del agrado de su madre; desagrado que fue tornándose en un “obsesivo” y explícito rechazo.

Este rechazo de la madre y la “neutralidad” de su padre lo fueron acorralando en una situación sin salida: “mi vieja me hizo la vida imposible. A partir de ahí me encerré -cortando relaciones con su novia y con todos sus amigos- y empecé con los problemas digestivos”. También empezaron los padecimientos con su imagen: “Me miraba al espejo y me sentía una mierda con patas. Había un espejo en la cocina de mi casa, que mi vieja llegó a sacar”.

En otra sesión comenta que con su novia estaban, antes del viaje, muy cerca de tener relaciones sexuales. Inclusive, ese mismo viaje era concebido por ellos como el escenario ideal para el tan ansiado debut. “Nunca se lo dije a nadie, pero quizás ese haya sido el problema de fondo: no poder tener relaciones sexuales”. A continuación y muy afectado agrega: “Me cuesta digerirlo”. Leyendo a la letra este mensaje, queda precisada una versión del problema que lo aqueja y la especificidad del espacio analítico para poder alojarlo. El analista lo invita entonces a que, con el transcurso de las charlas, pueda ir elaborando la relación entre su sexualidad y su posición frente a la demanda de su madre.

Este quiebre discursivo produjo un afianzamiento del vínculo transferencial que permitió, entre otras cosas, que el paciente, frente a las habituales demandas caprichosas de su mamá, comience a animarse a introducir algunos “no”, esos “no” anteriormente omitidos. Estos límites a los embates maternos fueron la condición de posibilidad para que su deseo pudiera hacerse escuchar, empezando por él mismo.

Dentro de este nuevo contexto, aparece por primera vez en su relato la mención de una actividad sumamente placentera para Juan: cocinar. “A mi vieja no le gusta cocinar, a mí me encanta. No sé a quién salí”.

Queda así despejada la notable diferencia entre dos tipos de relaciones que él establece con el objeto comida: “antes vivía en un atracón constante; durante los atracones, la comida me decía “vos me comés como yo quiero. En cambio, cocinar es la antítesis: cuando cocino, me siento muy bien, porque puedo expresar lo que siento”. Y añade: “Es más me encantaría trabajar de chef”. La vitalidad de sus palabras llevaron a su analista a preguntarle acerca de la posibilidad de prepararse en ese campo para poder cumplir con su anhelo. En ese momento una grata sorpresa invade el consultorio ya que responde: “es que ya soy cocinero profesional”. Sorpresa que pasó a ser conmovedora cuando comenta que realizó y terminó sus estudios precisamente durante estos dos últimos años de “sufrimiento infernal”. Mientras lo va enunciando descubre que quizás fue eso mismo lo que lo aferró a la vida, lo que lo sostuvo, según sus palabras, para “no caer en el abismo”.

Cabe preguntarse: si además de las ganas tenía el título, ¿qué estaba esperando? Elaboramos esta respuesta: que alguien se lo reconociera, más que el título, su deseo mismo. Creemos que este reconocimiento fue un estímulo para que el emprendiera su búsqueda.¹⁸⁷ En este otro viaje encontró trabajo de cocinero, nuevos amigos y hasta una jovencita con la cual pudo, por primera vez, tener relaciones sexuales.

Por supuesto que con este trabajo, con estos amigos y con esta jovencita, encontró también nuevos problemas pero, como él mismo aclara, “son problemas como los de todo el mundo”. En fin, podríamos decir que a partir de estos encuentros la vida se le hizo posible.

¹⁸⁷ El valor del reconocimiento en la clínica con adolescentes fue acentuado por los analistas Jorge Alemán (en *El porvenir del inconciente*, Grama, Buenos Aires, 2008) y Héctor López (en “¿El superyo de los adolescentes se diluye en alcohol?”, publicado en *Imago Agenda* n° 126).

Finalizamos este capítulo retomando los versos del inicio pero a la luz del caso presentado. Juan, además de preguntas, nos dejó esta enseñanza: para salir del infierno no hay atajos, sí caminos. Caminos que deben contar con límites y con un vacío para que cada uno en relación al otro, pueda disponer de su cuerpo haciendo uso de su palabra.

CAPÍTULO 10.

CONSISTENCIAS DEL CUERPO EN LAS PSICOSIS

“Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso”.

Jorge Luis Borges, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*.

La falta de agresividad frente a la intrusión del semejante

En este capítulo ahondaremos nuestro estudio sobre el concepto de cuerpo en las psicosis, poniendo especial énfasis en su dimensión imaginaria, registro del cuerpo que, por otra parte -aunque siempre en relación con los otros registros-, fue el más explorado por Lacan desde los comienzos mismos de su obra.

En esta ocasión, centraremos nuestra atención en una manifestación de lo imaginario característica de la psicosis: *la falta de agresividad frente a la intrusión del semejante*. Este curioso indicador clínico despertó el interés de Lacan en el tratamiento con su paciente Aimée; reaparece también como elemento clave en su lectura de la novela de Marguerite Duras, *El rapto de Lol V. Stein*; y retorna, hacia el final de su enseñanza, a propósito de su análisis de Joyce, dando lugar incluso a una novedosa escritura nodal -el llamado “nudo de Joyce”- que se transformó en una suerte de paradigma para pensar el riesgo de desprendimiento de lo imaginario en muchas presentaciones de pacientes psicóticos.

A continuación intentaremos reconstruir el recorrido que, sobre esta temática, transitó Lacan y que va *desde Aimée hasta Joyce*.

La “lucha sorda” de Aimée

El telón de fondo para el tratamiento de lo imaginario en las psicosis es la relación entre el cuerpo y el lenguaje. Esta relación se expresará, en distintos momentos de la enseñanza de Lacan, de diversas maneras pero siempre estará presente. Por ejemplo, en su examen de las *Memorias...* de Schreber, dirá: “Ya que se trata del discurso, del discurso impreso del alienado, es manifiesto entonces que estamos en el orden simbólico. Ahora, ¿cuál es el material mismo de ese discurso? ¿A qué nivel se despliega el sentido traducido por Freud? ¿Dónde se toman prestados los elementos de nominación de ese discurso? De manera general, el material, es el propio cuerpo.

La relación con el propio cuerpo caracteriza en el hombre el campo, a fin de cuentas reducido, pero verdaderamente irreductible, de lo imaginario. (...) Esta relación, siempre en el límite de lo simbólico, sólo la experiencia analítica permitió captarla en sus mecanismos últimos”.¹⁸⁸

Si bien antes del comienzo de su enseñanza estrictamente psicoanalítica, lo imaginario y lo simbólico estaban todavía en tiempos de elaboración conceptual, podemos suponer, a través de un trabajo de lectura retroactivo, que la relación cuerpo-lenguaje en el campo de las psicosis encontró su primera impronta en la formalización del caso Aimée.

Lo que para Lacan fue el objeto de una “intuición primordial”, al decir de Philippe Julien,¹⁸⁹ y que ordenó toda su tesis, fue la singular respuesta de Aimée frente a la intrusión en su vida familiar de su hermana mayor, Élise. Así comienza Lacan a describir lo que define como “un acontecimiento que será decisivo en la vida de

¹⁸⁸ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, op.cit., clase del 16/11/1955, pág. 22.

¹⁸⁹ Philippe Julien: “Lacan y la psicosis”, en *Littoral* 7/8, op.cit., pág. 11.

Aimée”: “ocho meses después de su matrimonio, la hermana mayor viene a vivir bajo el techo conyugal. Las más nobles intenciones, sumadas a esa inmunidad temible de que goza -tanto para el sujeto mismo como con respecto a los demás- la virtud afligida por la desgracia, tales son las armas irresistibles con que este nuevo actor interviene en la situación.

Lo que la hermana mayor aporta a Aimée es el apoyo de su cariño solícito, de su experiencia, así como los consejos de su autoridad y más todavía una enorme necesidad de compensación afectiva”.¹⁹⁰

En este sentido, Lacan señala que la nota predominante del psiquismo de Élise es su frustrada necesidad de maternidad: “Por lo menos es eso lo que ella nos confiesa, sin ningún disfraz, cuando nos dice de la manera más candorosa, que encontró su consuelo en el papel de madre del hijo de su hermana, y que esta situación de madre la conquistó ella cuando el niño estaba a punto de cumplir un año, o sea justamente en los meses que precedieron al primer internamiento de Aimée”.^{191 192}

¹⁹⁰ Jacques Lacan: *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, op.cit., págs. 209-210.

¹⁹¹ *Ibid.*, pág. 210.

¹⁹² Así describe Lacan la posición de la hermana mayor durante la entrevista que mantuvieron: “Hemos entrado en contacto directo con esta persona convocándola para una conversación cuya finalidad expresa era no sólo oír de ella informes acerca del estado de su hermana, sino también planear algunas eventuales medidas eventuales para su porvenir.

A causa de esto último, la hermana de Aimée llegó a la cita en un estado de emoción extrema, que no cesó de exaltarse durante la conversación; a decir verdad, fue más bien un puro monólogo, pues nosotros permanecemos estrictamente pasivos.

Durante casi una hora, esta mujer nos presentó un estado de agitación extrema, sin una sola ruptura. El eretismo verbal y gestual con que se expresaba es, a nuestro parecer, la manifestación de un fondo de estenia auténticamente hipomaniaca (...)

La hermana de Aimée nos expresó por principio de cuentas un temor sin medida de una eventual liberación de nuestra enferma, cosa que ella consideraba ni más ni menos que como una amenaza inmediata para su propia vida lo mismo que para la del esposo y del hijo de Aimée. De esa manera pasó luego a una serie de súplicas -bastante fuera de lugar, por cierto- para que se hallara la manera de evitar tamaños males. Y concluyó su discurso con un cuadro apologético de su abnegado cariño para con Aimée, de la vigilancia sin falla que siempre había demostrado, y finalmente de las angustias por las que había pasado. El conjunto, con su tono de defensa lacrimógena, no dejaba de revelar cierta incertidumbre de conciencia” (en *Ibid.*, págs. 210-211).

Lacan no duda en afirmar que el derrocamiento de Aimée en la dirección práctica del hogar, se debió a la decidida intromisión de su hermana. Lo argumenta en estos términos: “(Aimée) Experimenta la situación como una humillación moral y la expresa en los reproches permanentes que su conciencia le formula. Por lo demás, no se trata aquí de una pura reacción de su fuero interno; esta humillación se objetiva en la reprobación, muy real, que su hermana le impone sin cesar por sus actos, sus palabras y hasta sus actitudes”.

Ahora bien, llegamos así al punto de inflexión de la tesis de Lacan, esto es, cómo responde Aimée frente a este arrasador embate de su hermana: “Pero la personalidad de Aimée no le permite reaccionar de manera directa con una actitud de combate, que sería la verdadera reacción paranoica, entendida en el sentido que ha tomado este término a partir de la descripción de una constitución así designada. En efecto, la fuente de donde la hermana saca su principal fuerza contra Aimée no son los elogios que de ella hacen los amigos y conocidos, ni la autoridad que le confieren, sino la conciencia misma de Aimée. Aimée reconoce en todo su valor las cualidades, las virtudes y los esfuerzos de su hermana. La hermana representa para Aimée, bajo cierto ángulo, la imagen misma del ser que ella es incapaz de realizar, de manera que está dominada por ella, tal como lo estuvo, aunque en un grado menor al parecer, por aquella amiga C. de la N., la de las cualidades de lideresa. La lucha sorda de Aimée con esa hermana que la humilla y le quita su lugar no se expresa más que en la ambivalencia singular de los comentarios que hace acerca de ella. Es impresionante, en efecto, el contraste entre las fórmulas hiperbólicas que emplea para rendir homenaje a lo buena que es su hermana, y el tono helado con que las expresa. A veces, sin que ella se dé

cuenta, estalla la confesión: ‘Mi hermana era demasiado autoritaria. No estaba de mi parte. Siempre ha estado del lado de mi marido. Siempre contra mí’¹⁹³.

Lacan agrega que semejantes confesiones sólo pueden salir espontáneamente cuando la atención de Aimée se centra en otro objeto. Si se le pregunta directamente sobre el tema de su hermana, irrumpe nuevamente una fuerte reacción de denegación. Al respecto Lacan, comenta: “Debemos reconocer que la denegación no es sino la confesión de aquello que tan rigurosamente se está negando, a saber, en el caso presente, el agravio que Aimée imputa a su hermana de haberle arrebatado a su hijo, agravio en el que es impresionante reconocer el tema sistematizador del delirio.

Ahora bien (y es aquí donde es preciso llegar), ese agravio en el delirio ha sido apartado de la hermana con una constancia cuyo verdadero alcance va a sernos mostrado por el análisis”¹⁹⁴.

Más adelante, y una vez avanzada la formalización de este caso, Lacan enfatiza aún más el papel prominente que han desempeñado en la génesis del delirio las relaciones de Aimée con su hermana mayor. Ocasión en la que vuelve a destacar la ausencia de respuesta efectiva de Aimée frente a la intrusión de su hermana: “Pero en las reacciones de Aimée aparecen con evidencia ciertas *resistencias especiales* con respecto a esa persona precisa; en efecto, no sólo abandona la lucha directa, sino que renuncia a toda reivindicación moral de sus derechos. No tiene otra reacción que la de sentirse inferior y más culpable. Más aún: en la psicosis misma a la que este conflicto la precipita, Aimée no se atreve, al parecer, a hacer uso de los recursos de la interpretación delirante para proveer de objetos mórbidos su reivindicación reprimida. Todo el delirio

¹⁹³ *Ibid.*, págs. 211-212.

¹⁹⁴ *Ibid.*, pág. 212.

de Aimée, por el contrario, según lo hemos hecho ver, puede entenderse como una trasposición cada vez más centrífuga de un odio cuyo objeto directo se rehúsa ella a reconocer. Ha sanado del delirio, pero sigue negando formalmente cualquier culpabilidad que pudiera atribuirse a esa hermana, a pesar de la actitud plenamente inhumana que ahora está mostrando hacia ella”.¹⁹⁵

Lacan se aboca a un intento de explicación de las mencionadas “resistencias especiales” con las insuficientes categorías teóricas que en ese período manejaba, fundamentalmente en lo que concierne a sus consecuencias: la pulsión agresiva reprimida retorna en el pasaje al acto homicida, a través del cual, según la tesis de Lacan, se satisface en definitiva una moción masoquista. La pregunta entonces queda planteada: ¿qué es lo que le falta a Aimée para que no pueda ponerle un límite a la intrusión invasora de su hermana-madre? Lacan construirá una respuesta posible, cuatro años más tarde, en 1936, con la invención del *estadio del espejo*: en la psicosis existe una ausencia de la identificación resolutive de una fase psíquica denominada, precisamente, fase del espejo.

El estadio del espejo

En 1936 Lacan expone en el 14º Congreso Psicoanalítico Internacional, desarrollado en Marienbad, su primer trabajo sobre el estadio del espejo. Quizás debido a la prematura interrupción de Jones, Lacan no entregó este texto para que pueda ser incorporado a las actas y se perdió. Si bien entonces no disponemos de lo allí vertido, sí contamos con una serie de trabajos realizados por Lacan durante aquellos años

¹⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 256.

dedicados a la conceptualización de su primera versión del estadio del espejo: *Más allá del principio de realidad* (1936), *Los complejos familiares* (1938), *Acerca de la causalidad psíquica* (1946), *La agresividad en psicoanálisis* (1948) y *El estadio del espejo como formador del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica* (1949). Nos apoyaremos especialmente en algunos párrafos de estos dos últimos artículos para cercar mejor el asunto que nos interesa.

El estadio del espejo es una experiencia que puede darse en el lactante desde los seis años de vida cuando descubre su imagen en el espejo. Lo que llama la atención de varios autores, desde la perspectiva de la psicología comparada, es que, a diferencia del chimpancé -cuya reacción frente al espejo se agota en la adquisición del control de la inanidad de la imagen-, el *infans* responde jubilosamente ante el reconocimiento de su imagen. Este “espectáculo impresionante” también despertó la curiosidad de Lacan, quien aún tomando referencias de los trabajos realizados por otros autores, entre ellos los de Henri Wallon, Elsa Köhler y Charlotte Bühler, ha podido contribuir al conocimiento de esta cuestión con aportes muy originales.

Para Lacan el estadio del espejo es un acontecimiento que efectúa una identificación primaria, con las consecuentes transformaciones de las relaciones del sujeto en constitución con sus semejantes. La imagen reflejada en el espejo anticipa la maduración del poder del yo (*moi*) al ofrecerle una forma al cuerpo, vivido hasta entonces como fragmentado: “Es que la forma total de su cuerpo, gracias a la cual se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como *Gestalt*, es decir en una exterioridad donde sin duda esa forma es más constituyente que constituida, pero donde sobre todo le aparece en un relieve de estatura que la coagula y

bajo una simetría que la invierte, en oposición a la turbulencia de movimientos con que se experimenta a sí mismo animándola”.¹⁹⁶

En la medida en que Lacan va desplegando sus argumentaciones, esta dimensión imaginaria del cuerpo y del yo queda ubicada en estricta dependencia de lo simbólico, llegando incluso a la siguiente conclusión: que el estadio del espejo constituye una matriz simbólica en la que se precipita el yo (*je*). En el texto antes mencionado de 1949, en cuyo título ya se expresa esta conclusión, Lacan asevera: “El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio *infans*, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [*je*] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”.¹⁹⁷

Y unos párrafos más adelante vuelve a destacar el carácter estructural del estadio del espejo y por ende, las significativas incidencias que traerá aparejadas sobre la constitución de la subjetividad: “Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el *estadio del espejo* es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos

¹⁹⁶ Jacques Lacan: “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, en *Escritos I*, op.cit., págs. 87-88.

¹⁹⁷ *Ibíd.*, pág. 87.

ortopédica de su totalidad -y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental”.¹⁹⁸

Ahora bien, en su escrito sobre la agresividad en psicoanálisis Lacan propone una serie de tesis; una de ellas, la tesis cuarta, reza lo siguiente: “la agresividad es la tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista y que determina la estructura formal del yo del hombre y del registro de entidades característico de su mundo”.^{199 200}

Si bien la imagen del otro constituye nuestra propia imagen especular, a la vez, ese otro conserva su alteridad. Por consiguiente, la identificación especular abre una dualidad interna irreductible entre la cautivación erótica y la tensión agresiva hacia el semejante. En este sentido, podemos pensar que si esta identificación narcisista es

¹⁹⁸ *Ibid.*, pág. 90.

¹⁹⁹ Jacques Lacan: “La agresividad en psicoanálisis”, en *Ibid.*, pág. 102.

²⁰⁰ Una vez presentada esta formulación, Lacan esgrime sus razones para fundamentarla. Transcribimos uno de los pasajes donde las despliega: “Es esa captación por la *imago* de la forma humana, más que una *Einfühlung* cuya ausencia se demuestra de todas las maneras en la primera infancia, la que entre los seis meses y los dos años y medio domina toda la dialéctica del comportamiento del niño en presencia de su semejante. Durante todo ese periodo se registrarán las reacciones emocionales y los testimonios articulados de un transactivismo normal. El niño que pega dice haber sido pegado, el que ve caer llora. Del mismo modo es en una identificación con el otro como vive toda la gama de las reacciones de prestanda y ostentación, de las que sus conductas revelan la ambivalencia estructural, esclavo identificado con el déspota, actor con el espectador, seducido con el seductor.

Hay aquí una especie de encrucijada estructural, en la que debemos acomodar nuestro pensamiento para comprender la naturaleza de la agresividad en el hombre y su relación con el formalismo de su yo y de sus objetos. Esta relación erótica en que el individuo humano se fija en una imagen que lo enajena a sí mismo, tal es la energía y tal es la forma en donde toma su origen esa organización pasional a la que llamará su yo.

Esa forma se cristalizará en efecto en la tensión conflictual interna al sujeto, que determina el despertar de su deseo por el objeto del deseo del otro: aquí el concurso primordial se precipita en competencia agresiva, y de ella nace la tríada del prójimo, del yo y del objeto...” (en *Ibid.*, págs. 105-106).

resolutiva es porque logra mantener, simultáneamente, la intrusión del otro y su exclusión.²⁰¹

En su análisis del caso Schreber, Lacan conjetura, precisamente, la existencia de una falla en la operatoria de la fase del espejo que imposibilita el manejo de la dualidad interna recién mencionada. Así lo explica: “Si la imagen cautivante es desmesurada, si el personaje en cuestión se manifiesta simplemente en el orden de la potencia y no en el del pacto, aparece una relación de agresividad, de rivalidad, de temor, etcétera. En la medida en que la relación permanece en el plano de lo imaginario, dual y desmesurado, no tiene la significación de exclusión recíproca que conlleva el enfrentamiento especular, sino la otra función, la de la captura imaginaria (...) La relación imaginaria se instala sola, en un plano que nada tiene de típico, que es deshumanizante, porque no deja lugar para la relación de exclusión recíproca que permite fundar la imagen del yo en la órbita que da el modelo, más logrado, del otro”.²⁰²

Daniel Paul Schreber en sus *Memorias...* nos brinda un cabal testimonio de las consecuencias que provoca el déficit de esta identificación resolutiva. El sujeto queda atrapado en un momento anterior a la dialéctica del espejo: por un lado, padeciendo las variadas manifestaciones que puede llegar a asumir la fragmentación del cuerpo y por el otro, teniendo serias dificultades para desenvolverse en las relaciones con el semejante,

²⁰¹ “Para eso exactamente sirve el estadio del espejo. Evidencia la naturaleza de esta relación agresiva y lo que significa. Si la relación agresiva interviene en esa formación que se llama el yo, es porque le es constituyente, porque el yo es desde el inicio por sí mismo otro, porque se instaura en una dualidad interna al sujeto. El yo es ese amo que el sujeto encuentra en el otro, y que se instala en su función de dominio en lo más íntimo de él mismo. Si en toda relación con el otro, incluso erótica, hay un eco de esa relación de exclusión, *él o yo*, es porque en el plano imaginario el sujeto humano está constituido de modo tal que el otro está siempre a punto de retomar su lugar de dominio en relación a él, que en él hay un yo que siempre en parte le es ajeno” (en Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, op.cit., clase del 18/01/1956, págs. 134-135).

²⁰² *Ibid.*, clase del 18/04/1956, págs. 291-292.

especialmente cuando éstas se tornan conflictivas y exigen de parte del sujeto la utilización de recursos que limiten una eventual iniciativa abusiva del otro.²⁰³

La segunda versión del estadio del espejo

Años más tarde, con la construcción del esquema óptico, Lacan termina de articular la incidencia de lo simbólico sobre lo imaginario así como también sobre lo real del cuerpo. En esta segunda versión del estadio del espejo, el acento estará puesto en el intercambio de miradas que se produce entre el niño y el adulto que lo sostiene. El signo de la mirada del Otro -de su presencia pero también de su amor, como ejemplificará más tarde con la lectura de la novela de Marguerite Duras-²⁰⁴ es constitutivo del rasgo unario. Estas marcas originarias son el soporte del ideal del yo -introyección simbólica- desde donde el sujeto se mirará más tarde, en su yo ideal -fuente de la proyección imaginaria-.

Esta sustancial reformulación del estadio del espejo será rigurosamente elaborada por Lacan en su escrito *Observación sobre el informe de Daniel Lagache* y en el *Seminario 8*. Transcribimos nuevamente la explicación que ofrece Lacan en la clase del 7 de junio de 1961 de su seminario sobre la transferencia: “Si puede funcionar algo que supone la fecundidad de la relación propiamente narcisista, es en la medida en que

²⁰³ Conflictividad siempre potencial ya que, como vimos, es inherente a la dialéctica del inconciente tal como se desarrolla en las relaciones entre el yo y el otro: “Esta dialéctica entraña siempre la posibilidad de que yo sea intimado a anular al otro. Por una sencilla razón: como el punto de partida de esta dialéctica es mi alienación en el otro, hay un momento en que puedo estar en posición de ser a mi vez anulado porque el otro no está de acuerdo. La dialéctica del inconciente implica siempre como una de sus posibilidades la lucha, la imposibilidad de coexistencia con el otro” (en *Ibíd.*, clase del 30/11/1955, pág. 62).

²⁰⁴ Cf. capítulo 4 de esta tesis.

el tercero, el Otro con mayúscula, interviene en la relación del yo con el otro con minúscula.

Ejemplifiquémoslo con un gesto del niño ante el espejo, gesto que es bien conocido y que no es difícil de observar. El niño que está en los brazos del adulto es confrontado expresamente con su imagen. Al adulto, lo comprenda o no, le divierte. Entonces hay que dar toda su importancia a este gesto de la cabeza del niño que, incluso después de haber quedado cautivado por los primeros esbozos de juego que hace ante su propia imagen, vuelve hacia el adulto que lo sostiene, sin que se pueda decir con certeza qué espera de ello, si es del orden de una conformidad o de un testimonio, pero la referencia al Otro desempeñará aquí una función esencial. Articular esta función de esta forma no es forzarla, ni lo es disponer de esta manera lo que se vinculará respectivamente con el yo ideal y con el ideal del yo en la continuación del desarrollo del sujeto.

De este Otro, en la medida en que el niño frente al espejo se vuelve hacia él, ¿qué puede llegarle? Nosotros decimos que no puede llegarle sino el signo *imagen de a*, esa imagen especular, deseable y destructiva al mismo tiempo, efectivamente deseada o no. He aquí lo que ocurre con aquel hacia quien el sujeto se vuelve, en el lugar mismo donde en ese momento se identifica, en la medida en que sostiene su identificación con la imagen especular”²⁰⁵.

Para Lacan este signo de asentimiento del Otro lo es también de la elección de su amor.²⁰⁶ La imagen narcisista, la imagen amada de sí es el vestido, el hábito con el cual el Otro nos recubre con su amor, otorgándonos un lugar en el conjunto de los

²⁰⁵ Jacques Lacan: *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, op.cit., clase del 07/06/1961, págs. 392-393.

²⁰⁶ *Ibid.*, clase del 07/06/1961, pág. 395.

significantes. Es desde esta idea que Lacan interpreta la posición de Lol V. Stein y su falta de reacción en la paradigmática escena del baile ante el abandono de su prometido. La caída del vestido, el desvestimiento de su imagen narcisista, deja al descubierto la ausencia de afecto -incluyendo la posibilidad de una respuesta agresiva- cuando la relación imaginaria falta. Esta tesis que, como acabamos de ver, Lacan fundamentó valiéndose de diferentes herramientas conceptuales en sus lecturas de Aimée y Lol V. Stein, también será puesta a prueba en su análisis de Joyce, esta vez desde un nuevo marco teórico: la escritura nodal de la estructura subjetiva.

El cuerpo como consistencia

Hacia el final de su enseñanza, Lacan presentará la estructura del sujeto completamente nodalizada, es decir, conformada por el particular anudamiento entre lo simbólico, lo imaginario, lo real y (en el mejor de los casos) el *sinthome*. Enfocaremos nuestra atención ahora en el siguiente problema: ese “uno real” de la estructura se encuentra sensiblemente amenazado en algunas presentaciones de sujetos psicóticos, entre las cuales situamos el caso clínico que trabajaremos al cierre de este capítulo.

Efectivamente, la clínica de las psicosis nos advierte acerca de los riesgos de que el sujeto deje de ser uno con su cuerpo. Riesgo que, en el contexto teórico mencionado, quedará representado por el peligro de desprendimiento del registro imaginario en relación con los otros dos anillos, tal como lo muestra el llamado “nudo de Joyce”. A esta altura de su enseñanza, Lacan sigue equiparando al cuerpo con lo imaginario - aunque no lo reduzca sólo a este registro- : “El cuerpo se introduce en la economía de goce por la imagen del cuerpo. La relación del hombre, de lo que llamamos así, con su

cuerpo, si algo subraya muy bien que es imaginaria es el alcance que tiene en ella la imagen”.²⁰⁷ Más aún, en uno de los gráficos presentados en ese mismo trabajo designará al redondel de lo imaginario del nudo borromeo directamente con el nombre “cuerpo”.²⁰⁸

No obstante, lo novedoso del planteo de Lacan de los años 70’ es atribuirle a lo imaginario una propiedad esencial: la consistencia. De ahora en más, su función fundamental radica en permitir una ligazón adecuada de los elementos de la estructura. Es aquello que mantiene unido, aquello que evita ciertas rupturas. Es en este sentido, que podríamos sostener que el cuerpo es la consistencia. Incluso, la topología del toro, trabajada en el capítulo anterior, también lo demuestra: el toro es un cuerpo agujereado que tiene consistencia, que se puede manipular, y de esa eventual transformación dependerá la posibilidad de la constitución misma del cuerpo del sujeto por venir.

Esta topología es entonces integrada a la nodal. Seguimos en este punto las consideraciones de Erik Porge: “Con la topología y el nudo borromeo, el cuerpo es por cierto aún la imagen del cuerpo $i(a)$, el objeto a , aquello pues que aliena al yo, alrededor de lo cual gira la pulsión, lo que organiza placer, deseo, goce, pero también es un término operatorio. Operatorio en lo siguiente: que cada una de las nominaciones real, simbólico, imaginario, se soporta de un cuerpo, que cada una tiene una consistencia, tórica, que no son ideas, conceptos. “Hay un cuerpo de lo imaginario, un cuerpo de lo simbólico, es la lengua, y un cuerpo de lo real del que no se sabe cómo se sale” [frase extraída de la clase del 16/11/1976 del seminario *L’insu...*]; esas consistencias tienen

²⁰⁷ Jacques Lacan: “La tercera”, en *Intervenciones y textos 2*, op.cit., pág. 91.

²⁰⁸ *Ibid.*, pág. 90.

una alteridad radical, no reductible a la mentalidad: el pensamiento es la extensión, dice Lacan”.²⁰⁹

El término cuerpo, entonces, designa la consistencia de cada una de las cuerdas y, al mismo tiempo, la consistencia del nudo borromeo mismo, es decir, la operación por la cual se produce el ensamble de los elementos de la estructura. Por lo tanto, para que haya estructura del parlêtre es necesario que la consistencia oficie como borde del agujero y limite con la ex -sistencia de lo real, más allá de ese borde.

Ese cuerpo-superficie-consistencia constituye además una cubierta que hace de límite a la intrusión del Otro. Es precisamente en relación a la falla de esta cubierta, que Lacan interpreta la escena de la paliza del *Retrato del artista adolescente* de Joyce.²¹⁰ Lo que a Lacan le resulta “sorprendente” es la ausencia de afecto del protagonista de la novela, Stephen, después de la golpiza. Ausencia de afecto que se traduce en un “dejar hacer” ante la intrusión del semejante. La superficie del cuerpo se desprende como una cáscara. Al decir del maestro francés, la consistencia de lo imaginario “se escabulle, se escabulle exactamente como lo que Joyce siente tras haber recibido su paliza; se escabulle, la relación imaginaria no tiene lugar”.²¹¹

En términos nodales, el riesgo de liberación del anillo de lo imaginario se produce por un lapsus o error de escritura: la interpenetración de las cuerdas simbólica y real. Pero este nudo no sólo nos muestra el error y sus posibles consecuencias sino también su reparación: en el caso Joyce, el ego corrige *in situ*, en el lugar mismo del

²⁰⁹ Erik Porge: “Endosar su cuerpo”, en *Littoral* 7/8, op.cit., pág. 73.

²¹⁰ Cf. capítulo 5 de esta tesis.

²¹¹ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 11/05/1976, pág. 11.

cruce, la relación faltante restituyendo el anudamiento de los registros -no borromeo en sentido estricto- e impidiendo de esta forma el desprendimiento de lo imaginario.

El “nudo de Joyce” escribe, a la vez, la carencia y la suplencia joycena. Por esta razón, el estatuto de caso instrumental que le otorgamos adquiere toda su relevancia por aportarnos valiosas herramientas conceptuales no sólo para la lectura de las fallas posibles en la estructuración psicótica sino también para el trazado de las vías de resolución que pueden abrirse y conciernen a nuestro trabajo como analistas en la transferencia psicótica.

Caso Alejandro

Alejandro tiene 23 años al momento de la consulta y desde los 14 no se escucha la voz. Este problema le dificulta cualquier tipo de diálogo incluyendo el que de a poco se va desplegando en el análisis. Las pocas palabras que se anima a pronunciar en el encuentro con otra persona no alcanzan a sonar para él y sobre ese fondo de silencio el único ruido que escucha es el que producen sus intestinos. Situación que lo ha llevado prácticamente a no hablar con nadie más que con su madre. Con ella tampoco dialoga, pero se consuela diciendo que su presencia por lo menos produce la desaparición de ese desagradable ruido de sus intestinos. No obstante, la sonoridad real de su cuerpo queda acallada por la voz también real de su madre, quien lo hostiga permanentemente nombrándolo con adjetivos desubjetivantes tales como “cerdo”, “cochino” o “gusano”, que lo despojan de su condición humana misma.

A la edad referida (14 años) comienza la escuela secundaria en un establecimiento mixto. La presencia de las mujeres lo perturbaba. Tampoco podía

relacionarse con sus compañeros varones. Al respecto Alejandro comenta: “no podía ser amigo de ellos. Me sentía menos. Yo era gordito y bajito. Era una bolita. Yo era un niño y ellos adolescentes”. Fuera de la escuela tampoco encontraba la tranquilidad buscada ya que gente desconocida que se cruzaba por la calle lo insultaba, gritándole socarronamente “feo” y “asqueroso”. “Estaba acomplejado por mi fealdad. El ser feo me empezaba a torturar”. Esta certera sensación lo llevó a sustraer su cuerpo del espejo hasta la finalización de sus estudios. “Pasé varios años sin mirarme al espejo. Me sentía perseguido por mi imagen”. Sufrimiento que devino tortura pues al verse reflejado por ejemplo en la vidriera de algún comercio o en las ventanillas de algún auto, prefería quedarse encerrado en su casa y si salía a la calle, lo hacía mirando hacia abajo por miedo a mirarse o ser mirado. Dice que a partir de ese momento se siente “muerto en vida. No siento nada, ni amor ni odio”.

Su soledad entonces pasó a ser radical, haciendo literales aquellas metafóricas palabras de Borges: “Estoy solo y no hay nadie en el espejo”. Podríamos agregar que ni él ni su madre están allí. Recordemos lo que desarrollamos en uno de los apartados anteriores respecto de la segunda versión lacaniana del estadio del espejo. Allí el interés está orientado hacia un acontecimiento puntual de esta experiencia: el bebé, jubiloso ante la imagen que el espejo le devuelve, dirige su gesto hacia quien lo sostiene, solicitándole su mirada. Cuando la mirada del Otro está ausente en ese momento constitutivo, la imagen narcisista con la cual recubre con su amor a su hijo, no adquiere consistencia. Así, queda el terreno abonado para la aparición de ciertas manifestaciones de lo imaginario propias de las psicosis, entre ellas, las dificultades relacionadas con la

sensación de tener un cuerpo y la correlativa ausencia de afecto, dado que la imagen misma es la condición del afecto.²¹²

Tal como conjeturamos en el capítulo anterior valiéndonos de la topología del toro, si la voz y la mirada del Otro hacen caso omiso a su función de vectores del deseo, el lugar del Otro se transforma en una masa compacta de goce sin ese vacío central necesario para alojar al sujeto. Y es esta falla radical en la relación con el deseo de la madre, la que, en muchos casos, tendrá profundas consecuencias sobre la subjetividad del hijo.

Volvamos al relato. Al no escuchar su propia voz, Alejandro empezó a apoyarse en la de su analista. Lo invita a leer fragmentos de obras literarias que él mismo especialmente escogía antes de cada sesión. Ese material ofrecía algunas pistas para conocer los conflictos que lo atormentaban. Por ejemplo, cuentos como *El monje negro* de Chejov, *El esqueleto* de Bradbury o *El leve Pedro* de Anderson Imbert ponían en primer plano los padecimientos de los protagonistas con sus cuerpos. Estas lecturas propiciaron un primer desplazamiento registrado como tal por Alejandro: “Antes mi mamá hablaba por mí, ahora yo hablo a través de estos escritores”.

Con el correr de las sesiones se va descubriendo que Alejandro además de ser un apasionado lector escribe cuentos. Expresándole sus ganas de compartir con él esos cuentos, el analista se ofrece a leerlos durante los encuentros. Estos cuentos también constituían un medio para enunciar algunas de sus verdades. En uno de ellos, por

²¹² Al respecto, y reforzando las consideraciones teóricas precedentes, compartimos el planteo de Philippe Julien, quien sostiene: “...esta imagen es la condición (sin hacer de ella la causa, de orden simbólico) del *afecto*: soy tocado, interesado, afectado... ¡narcisísticamente! Gracias a la relación imaginaria, “hay algo que se afecta, que reacciona, que no es desplegable”, es decir, mi cuerpo no me es extraño: lo tengo, en el sentido latino del verbo *habeo*, lo soporto, lo siento y...soy susceptible a él” (en Philippe Julien: “Lacan y la psicosis”, en *Littoral* 7/8, op.cit., pág. 29).

ejemplo, se pregunta: “¿Cómo escapar de nuestra verdadera imagen si el mundo está repleto de espejos que nos muestran nuestra miserable condición a cada instante?”.

Ahora bien, contradiciendo el célebre aforismo lacaniano, estas verdades no alcanzan a tener estructura de ficción: “Cuando escribo siento que me voy consumiendo... a la larga me lleva por los terribles accesos a los infiernos de la locura”. Lo simbólico y lo real no alcanzan a distinguirse; se funden sin enlazarse con lo imaginario.

La búsqueda entonces continúa. Y Alejandro dispone de otro recurso: el dibujo. Dibuja personajes dedicándole minuciosa atención a la superficie de sus cuerpos. Dibuja con admirable talento cada detalle de los mismos resaltando gestos, posturas, movimientos, líneas de los rostros, musculaturas... No sólo la voz entonces sino también la mirada del analista es convocada a ocupar su lugar. Dicha mirada y el interés que vehiculiza se transforman en un incentivo para que Alejandro siga dibujando con gran entusiasmo. Las charlas sobre los personajes dibujados son una fuente inagotable de inspiración para que Alejandro comience a imaginar historias. Historias que se van convirtiendo en historietas.

La historieta es una narración gráfica que se apoya en el llamado lenguaje visual. La articulación entre palabra e imagen se va estableciendo sobre una estructura definida que exige el despliegue de variados y específicos elementos para la construcción de una historieta. Mencionaremos sólo aquellos que han movilizad especialmente la subjetividad de Alejandro. En primer lugar, Alejandro toma la palabra ubicándola en los llamados globos o bocadillos haciendo hablar a los personajes. También en los llamados cartuchos, utilizados para escribir algunos textos de apoyo (pensamientos de los

personajes o una voz en off que aclara determinada situación). Por otro lado, utiliza metáforas visuales (por ejemplo dibujando estrellitas sobre la cabeza de un personaje como signo de dolor, o líneas concéntricas alrededor de sus cuerpos para dar impresión de movimiento). Además, las elipsis, separaciones entre los espacios donde se representan las escenas, permiten secuenciar la historia introduciendo determinados cortes temporales en la desarrollo de la narración misma.

El guión, la planificación y el armado de cada una de las escenas le permiten a Alejandro la constitución de una ficción donde sí hay un lugar para él. En esas historietas él está incluido como uno de los protagonistas. Con un nuevo nombre y un nuevo cuerpo se lanza decidido a la aventura, participando activamente de diferentes combates que sus adversarios le proponen. Haciendo uso de sus poderes especiales puede defenderse del abuso de sus enemigos. La rivalidad entre ellos se desata por la presencia de una bella mujer, Natalia, primera referencia de una compañera de secundario que Alejandro amó en silencio durante aquellos oscuros años.

De esta manera, Alejandro empieza a ser uno con su cuerpo, necesitando para ello ser al menos dos: el historietista y el personaje.

Consideramos que este recurso construido en transferencia tiene un efecto supletorio. ¿Por qué? Porque suple la consistencia corporal al ligar lo imaginario con lo simbólico y con lo real. ¿De qué modo? Arriesgamos la siguiente lectura: escenificando la dialéctica del estadio del espejo y algunas de sus sustanciales consecuencias. Entre otras, el sostenimiento a la vez de la intrusión del Otro y de su exclusión. Esta singular articulación entre palabra e imagen le ofrece a Alejandro la posibilidad de tener un cuerpo y por lo tanto, de sentirse afectado por sus afectos. Dolor, alegría, bronca,

emoción, amor pueden ser sentidos y expresados. Dentro y fuera de las historietas empieza a experimentar nuevos goces, compartiendo incluso algunos de ellos con otros. Y este es un punto que merece ser destacado para seguir pensando la clínica de la psicosis: muchas veces con el objeto de invención solo no se llega muy lejos. Es necesario que en el lugar de ese cuarto anillo participen de alguna manera un analista, un hermano, un amigo, una mujer... Esos lazos sociales son los que propiciarán la posibilidad de un anudamiento diferente: no olvidemos que la estructura subjetiva incluye tanto al sujeto como al Otro.

Las historietas trascendieron los límites de la transferencia. Alejandro se creó un fotolog en Internet para subir y mostrar sus producciones. Su inclusión en la Red contribuyó a que armara de a poco la suya, lo que motorizó el encuentro virtual y real con nuevos interlocutores.

Alejandro volvió a hablar. Y no es sólo una metáfora. En una sesión, exultante dice a su analista: “Estoy hablador. Después de una década me escucho la voz, recuperé mi facultad de hablar”. Expresándole su alegría por ello, el analista le dice que están entonces en condiciones de ensayar aquella representación teatral que meses atrás Alejandro había propuesto: él es un profesor y su analista un alumno; Alejandro, desde este rol, lee en voz alta el texto de las historietas y va mostrando las imágenes de las diferentes escenas. Este ensayo tiene que ver con un fuerte deseo de Alejandro: enseñar historia en colegios secundarios a través de las historietas. Se trata de un deseo que proyecta para sus treinta y pico de años. Proyección que traspasa temporalmente la barrera de una referencia mortífera para Alejandro ya que, según lo ha leído en un libro, a los treinta comienza la curva declinante de la vida y por esta razón, había decidido

poner fin a la suya cuando los cumpliera. Su vida le hace frente a la muerte al compás de esas cuerdas que comenzaron a vibrar.

Para finalizar queremos compartir con los lectores la primera historieta que Alejandro terminó, motivado por un encuentro casual que tuvo con Natalia, su gran amor. Decide entonces hacerle un regalo. ¿Qué mejor obsequio que una historieta? ¿Qué mejor medio que su fotolog para entregárselo?

En la historieta, Alejandro le propone a Natalia hacer juntos un viaje al pasado. Ella gustosamente acepta y en una máquina del tiempo se transportan al colegio secundario. Ingresan ansiosos, entusiasmados, expectantes. El colegio era el mismo pero, a la vez, era otro. Algunos de sus rincones habían perdido la oscuridad de entonces, adquiriendo una atractiva vitalidad. Durante el recorrido se encuentran con algunos profesores, quienes los saludan con gran afecto. También con algunos compañeros que inmediatamente los reconocen y con los cuales intercambian cordialmente algunas palabras. Tiempo después, invadidos todavía por la emoción y la sorpresa, se quedan solos en la puerta del colegio. En ese momento, luego de un profundo pero entrañable silencio, Alejandro, balbuceante, se anima a decirle a Natalia lo que sentía por ella. Natalia, más bella que nunca, queda cautivada por las elogiosas palabras de Alejandro, su rostro se transforma y presa de una extraña confusión, calla. Pasaron unos instantes, algunos segundos, tal vez algunos años. Ella, como saliendo de un hechizo, vuelve en sí, se disculpa y se despide definitivamente de él, no sin antes agradecerle por el placentero viaje compartido. Ella se va. Su esbelta figura se aleja hasta perderse en el horizonte. Sus últimos destellos son acompañados incansablemente por los ojos de Alejandro. Esos ojos expresan un intenso dolor. No obstante, son esos mismos ojos los que reflejan una desconocida satisfacción. Alejandro

Capítulo 10. Consistencias del cuerpo en las psicosis

tenía sus razones. Por primera vez había sentido amor por una mujer; por primera vez se había sentido escuchado y mirado por esa mujer. ...

Con esta escena termina la historieta de Alejandro. A partir de esta escena, quizás, comience para él una nueva historia.

CAPÍTULO 11.

EL ARTIFICIO DE LA TRANSFERENCIA

“El arte es un saber-hacer. Creo que hay más verdad en el decir que es el arte que en un cualquier bla-bla-bla”.

Jacques Lacan, *Seminario 24, L’insu...*

“El arte no es un espejo en el que nos contemplamos sino un destino en el que nos realizamos”.

Octavio Paz, *Las peras del olmo.*

La transindividualidad del inconciente

Las psicosis nos ofrecen un cabal testimonio de esa verdad de estructura acentuada muy tempranamente por Lacan a través de su célebre aforismo “el inconciente es el discurso del Otro”. Los dos genitivos contenidos en esta sentencia doctrinal son legítimos: somos hablados por el Otro -verdad ya expresada poéticamente por Beckett en *El innombrable*: “soy palabras, estoy hecho de palabras, de palabras de los demás”- y el inconciente es un discurso que se dirige al Otro.²¹³

Esta transindividualidad del inconciente -probablemente sugerida a Lacan por su entrada al psicoanálisis de la mano de las psicosis- es destacada en *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, texto fundamental de su enseñanza psicoanalítica, y sostenida durante toda su obra. Lacan nos propone ubicar al inconciente en ninguna otra parte más que en lo que decimos y como toda palabra está

²¹³ Lacan en *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano* subraya especialmente el genitivo objetivo (en Jacques Lacan: *Escritos 2*, op.cit., pág. 794).

enmarcada en una relación de interlocución, el inconciente no está dentro de nadie sino en la superficie del discurso que se despliega entre el sujeto y el Otro.

Así queda formulada una concepción novedosa del inconciente que cuestiona en sus raíces mismas el endo-psiquismo freudiano. A pesar de las sustanciales reformulaciones de las que será objeto a lo largo del apasionante itinerario teórico ensayado por Lacan, el inconciente siempre gozará de esta libertad, escapando de su encierro en las tópicas freudianas. El maestro francés indicará un desplazamiento que va de las tópicas a la topología -tanto la de superficies como la nodal-, siendo consecuente con el subversivo intento de ofrecerle al inconciente un nuevo lugar: el del decir que se efectúa entre el sujeto y el Otro. Sólo desde este nuevo lugar puede ser alojado el testimonio de aquellos que llegan a sentir esa radical exterioridad del lenguaje.

Esta especial vivencia del psicótico es tan cercana al carácter intrusivo del lenguaje, que Lacan llega a preguntarse por qué no todos lo sentimos: “¿Cómo es que no sentimos todos que unas palabras de las que dependemos nos son de alguna manera impuestas? Es precisamente en eso que lo que llamamos un enfermo llega algunas veces más lejos que lo que llamamos un hombre normal. La cuestión es más bien saber por qué es que un hombre normal, llamado normal, no se da cuenta de que la palabra es un parásito, que la palabra es un enchapado, que la palabra es la forma de un cáncer de la que el ser humano está afligido. ¿Cómo es que hay quienes llegan hasta sentirlo?”²¹⁴

¿Cómo podemos propiciar entonces que aquellos que padecen esta invasiva iniciativa del Otro se animen a tomar la palabra? Para que esto ocurra debemos

²¹⁴ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 17/02/1976, págs. 7-8.

situarnos como destinatarios de un mensaje que nos concierne porque a nosotros va dirigido y porque se constituye como tal en el diálogo analítico mismo.

El espacio habitado por el hablante está fundado por el decir. Decir no es hablar. El decir, que se extrae de los dichos y que produce un más allá de lo que se intenta decir, tiene que ver con la enunciación que se desprende de los enunciados: quién habla, desde dónde, a quién, por qué. Si bien hay dos decires en juego, podríamos tomar la denominación que Lacan ofrece en *L'Étourdit* y hablar de “decir del análisis”, ya que es convergente con el estatuto transindividual del inconciente antes indicado: a fin de cuentas, cuando ese decir se estructura en un análisis, algo se dice, se lee y se escribe entre analizante y analista. Es en este sentido que podríamos pensar incluso que la práctica analítica misma -que en principio se plantea como una experiencia donde alguien le habla a otro- es constitutiva de la estructura del sujeto.

Por consiguiente, las intervenciones del analista se apoyan en una operación esencial: su lectura. El analista lee en lo que escucha del discurso del analizante las letras que escriben significantes, es decir, un fonema, una palabra, una frase o una serie de enunciados, letras que cifran los goces del sujeto. Tarea de desciframiento que produce nuevas cifras. Es decir, no se trata simplemente de un texto ya escrito que el analista lee, sino que es en ese mismo ejercicio de lectura donde la escritura del texto se produce. Profundizando esta dirección, Lacan efectuará algunos pasos decisivos más allá de Freud, quien ya definía al sueño como una escritura jeroglífica. En el contexto de su teoría de los discursos no sólo dirá que “el inconciente es un lenguaje que en medio de su decir produce su propio escrito”, siguiendo la senda trazada por su antecesor, sino además que “el inconciente estructurado como un lenguaje sólo en análisis se ordena como discurso”. A esta altura de su enseñanza, el discurso es ya un concepto definido

como lazo social del sujeto con el otro y con los objetos pulsionales, ubicando en los cuatro discursos que propone lo que es del orden de la imposibilidad y por ende, del no-todo.

A partir de esta conceptualización, se perfila una tendencia de formalización que concibe al inconciente como saber agujereado, en íntima relación con lo real del goce y escrito en transferencia, tendencia que culminará en el *Seminario 24*, cuando Lacan le done al inconciente un nuevo nombre: a través de la transliteración permitida por la homofonía con el vocablo alemán *Unbewusst* -lo no conciente, lo no sabido-, Lacan introduce el término francés *Une-bévue* -una equivocación- para nombrar al inconciente. Esta nueva denominación es la creación de “algo que va más lejos que el inconciente”.²¹⁵ Permite romper definitivamente con el endopsiquismo freudiano y con la literalidad de un término que acentúa un aspecto meramente descriptivo.

Y en el seminario siguiente, confirma estas consideraciones redefiniendo el pivote mismo de la transferencia, esto es, el sujeto supuesto saber: como el saber es esencialmente lo legible pasará a llamarlo “sujeto-supuesto-saber-leer-de-otro modo”.²¹⁶ Si el analista “lee de otro modo” los pliegues del texto del analizante, podrá contribuir a la producción de un decir que diga “de otro modo” lo real. Por ende, de esa “otra lectura” dependerá la escritura del inconciente en el transcurso de un análisis: “(...) ni en lo que dice el analizante ni en lo que dice el analista hay otra cosa que escritura”,²¹⁷ concluirá Lacan.

²¹⁵ Jacques Lacan: *Seminario 24, L'insu...*, op.cit., clase del 16/11/76, pág. 12.

²¹⁶ Jacques Lacan: *Seminario 25, El momento de concluir*, inédito, versión CD, clase del 10/01/1978.

²¹⁷ *Ibid.*, clase del 20/12/77.

Sobre la clínica de las psicosis a partir del *sinthome*

Estos últimos desarrollos de Lacan son acompañados por un empeñoso trabajo con la topología nodal. A partir de los años 70', cuando Lacan se aboca a la formalización de la estructura subjetiva a través del nudo borromeo, el espacio del decir se nodaliza. Recordemos nuevamente que este nudo, denominado así por ser el emblema heráldico de la dinastía italiana de los Borromeo y que simbolizaba la triple e indisociable alianza familiar, tiene la siguiente propiedad: los tres anillos están enlazados de tal manera que si se corta cualquiera de los tres, se sueltan los otros dos, deshaciéndose el nudo. Este particular modo de anudamiento es para Lacan, como él mismo comenta en *Palabras sobre la histeria*, lo “más cercano a la categoría de estructura” que ha encontrado.^{218 219}

El régimen del inconciente en las psicosis evidencia que el espacio habitado por el hablante es *tridit-mensional*, utilizando el neologismo introducido por Lacan en el *Seminario 21, Los nombres del padre o Los no-incautos yerran*: lo simbólico, lo imaginario y lo real son las tres dimensiones del decir que delimitan las fronteras de su espacio y el campo de acción de la operación analítica. “Singularmente les diría: es que hay tres dimensiones del espacio habitado por el hablante, y esas tres *dit-mensiones* tal como las escribo, se llaman lo simbólico, lo imaginario y lo real”.²²⁰

Estas tres *dit-mensiones* anudadas conforman una escritura que soporta lo real, lo real del inconciente estructurado como un lenguaje...poético, podríamos agregar, a

²¹⁸ Jacques Lacan: “Palabras sobre la histeria” (Conferencia dictada en Bruselas el 26 de febrero de 1977), en *Seminario 24, L'insu...*, pág. 83.

²¹⁹ En definitiva, Lacan recurre a la topología nodal por su estrecha articulación con la clínica y la transmisión del psicoanálisis: “Él (el nudo) no nos servirá para ir más lejos que allí de donde sale, a saber la experiencia analítica. Es de ésta que da cuenta. Ahí está su valor” (Jacques Lacan: *Seminario 22, RSI*, op.cit., clase del 17/12/1974, pág. 19) y “Yo he sido llevado a la mostración de este nudo, mientras que buscaba una demostración del hacer del discurso analítico” (en *Ibíd.*, clase del 11/03/1975, pág. 67).

²²⁰ Jacques Lacan: *Seminario 21, Los no incautos yerran o Los nombres del padre*, op.cit., pág. 9.

esta altura de la enseñanza de Lacan. Y lo que hace nudo es el decir del inconciente: “Y es por el hecho de que está el inconciente que ya en lo que él dice hay unas cosas que hacen nudo, que ya hay decir, si especificamos el decir por lo que hace nudo”.²²¹

Ahora bien, aunque el mínimo de la estructura subjetiva sea tres, RSI, Lacan propone la necesidad de un cuarto anillo que los anude y distinga: el Nombre-del-Padre, instancia que al tener a su cargo la función de nominación, revestirá a la vez estos dos sesgos: el padre como nombre y el padre que nombra.

Esta cuarta cuerda recibirá, desde el *Seminario 23*, una nueva denominación: *sinthome*, apelando a la grafía del francés antiguo del vocablo “síntoma”. El *sinthome* se irá constituyendo como concepto durante el desarrollo mismo del seminario -en tiempos donde Lacan esencialmente busca y no siempre encuentra-. Lo que sí queda en evidencia desde la primera clase, es que el *sinthome* es el efecto más importante del encuentro de Lacan con el genial escritor irlandés, James Joyce. La noción de *sinthome* le fue “entregada” por este artista, por *el artista*.²²² El riguroso y original trabajo de lectura de la obra joyceana que Lacan realiza nos aporta valiosos elementos para redefinir la formalización de la estructura del hablante y con ella, la dirección de las curas que conducimos en el tratamiento tanto de las neurosis como de las psicosis.

En esta ocasión, centraremos nuestra atención en las consecuencias que la introducción del *sinthome* puede tener en lo que, a buen título, podríamos llamar *clínica nodal de las psicosis*.

²²¹ Jacques Lacan: *Seminario 22, RSI*, op.cit., clase del 11/02/1975, pág. 50.

²²² “(...) cómo por su arte alguien ha podido apuntar a entregar como tal, hasta el punto de aproximarle tan cerca como es posible, ese cuarto término, a propósito del cual hoy he querido simplemente mostrarles que es esencial al nudo borromeo mismo” (en Jacques Lacan, *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 09/12/1975, pág. 13).

En principio, cabe aclarar que Lacan nunca diagnosticó a Joyce. Sí llega a preguntarse -y con cierta insistencia- si Joyce estaba loco. Pregunta que queda sin una explícita respuesta pero que quizás, y siguiendo la idea de Ricardo Rodríguez Ponte,²²³ afirma más de lo que interroga: alguien puede estar loco sin desencadenarse. Hipótesis que nos exige una profunda reformulación del marco conceptual edificado a partir del *Seminario 3, Las Psicosis, y De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*, época en que la forclusión del significante del Nombre-del-Padre, condición esencial de las psicosis, se deducía a partir del desencadenamiento mismo. Si bien la vigencia de la propuesta clínica²²⁴ que de ahí se desprende podría mantenerse -no sin algunos reparos y revisiones-, la clínica de las psicosis -tanto de las llamadas psicosis clínicas como de las psicosis no desencadenadas, con su sintomatología más sutil- la desborda ampliamente. Por su parte, la clínica nodal de las psicosis cuenta con nuevas herramientas de análisis que contribuyen a un manejo de la transferencia más elástico y a sostener objetivos terapéuticos más ambiciosos para la vida del sujeto.

El concepto de *sinthome* deja su impronta respecto de la nueva manera de pensar la dirección de algunas curas. La orientación en el tratamiento de las psicosis apunta así a la búsqueda de un objeto de goce inventado y extraído del decir del sujeto. Este objeto de goce reintroduce el agujero en la estructura al reparar *in situ* el error o lapsus del nudo, facilitando un modo de gozar anudado al deseo del sujeto.

²²³ Ricardo Rodríguez Ponte: *Psicosis. La cuestión preliminar...y otras cuestiones*, Seminario dictado en la EFBA, 1998.

²²⁴ Sucintamente, podríamos decir que dicha propuesta clínica se sostiene en un firme posicionamiento ético siempre vigente -“una sumisión completa, aun cuando sea enterada, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo”-, pero limitada fundamentalmente a estas dos indicaciones: tener máxima prudencia de no terminar de desencadenar la psicosis mediante la transferencia y colaborar en la construcción de una metáfora delirante que venga a sustituir la metáfora paterna faltante.

El saber-hacer

Siguiendo la “pista de Joyce”, Lacan ubica en el eje de la dirección de la cura una nueva dimensión del saber: el *saber-hacer*. Se trata de una tercera categoría, superadora de la dupla anteriormente discriminada, por ejemplo en la *Proposición del 9 de octubre...*, entre el saber referencial, ligado a un conocimiento con referente, y el saber textual, el saber insabido del inconciente. La locución francesa *savoir-faire* ya había sido utilizada en el *Seminario 20*, ocasión en la cual Lacan le otorga cierto estatuto conceptual al hacerla participar de la definición misma del inconciente: “El lenguaje sin duda está hecho de lalengua. Es una elucubración de saber sobre lalengua. Pero el inconciente es un saber, una habilidad, un *savoir-faire* con lalengua. Y lo que se sabe hacer con lalengua rebasa con mucho aquello de que puede darse cuenta en nombre del lenguaje”.²²⁵

En esta definición, el saber-hacer es presentado como habilidad, sinonimia entre ambos términos que se mantendrá. Pero es durante el transcurso del *Seminario 23* que Lacan comienza a elaborar una teorización sobre el saber-hacer que sentará las bases para la reformulación de dos temáticas tan importantes como diferenciadas entre sí: la orientación en el tratamiento de algunas psicosis y la concepción del fin del análisis para las neurosis.

En su lúcida lectura de la función de la obra en la vida del autor, Lacan caracteriza a Joyce como “(...) un puro artífice, que es un hombre de saber-hacer, es decir lo que se llama también un artista”.²²⁶ Caracterización que no solamente señala la posición subjetiva del escritor irlandés sino que también anticipa la estrecha y esencial

²²⁵ Jacques Lacan: *El seminario, Libro 20, Aún*, op.cit., clase del 26/06/1973, pág. 167.

²²⁶ Jacques Lacan: *Seminario 23, El síntoma*, op.cit., clase del 09/03/1976, pág. 14.

relación entre los términos “artífice”, “saber-hacer” y “artista”, sobre la que volverá una y otra vez, a lo largo del seminario. Según esta lectura, el saber-hacer joyceano contiene distintas expresiones supletorias, que Lacan enumera no sin presentarlas articuladamente: la escritura, el ego y el hacerse un nombre. Tres variantes de la suplencia a una misma carencia de estructura, asociada a una falla de la función paterna. Ya desde la primera clase del seminario, Lacan adelanta su tesis principal: el arte de Joyce es lo que ha suplido a su sostén fálico. Se trata para Lacan de una suplencia necesaria a raíz de una radical carencia paterna.²²⁷

Lacan situará el saber-hacer del artífice en el centro de su interrogación sobre el arte: “¿en qué el artificio puede apuntar expresamente a lo que se presenta ante todo como síntoma?”.²²⁸ Entendemos que, en el contexto del seminario, esta pregunta adquiere un significativo valor clínico al indicar un pasaje posible para promover en la dirección de algunas curas, a saber, el pasaje del síntoma al *sinthome*. Pero además, y haciendo una lectura retroactiva de este seminario a partir del siguiente, pensamos que esta pregunta -junto con las ideas que en ella convergen- se convierte en un antecedente privilegiado de lo que será precisado en *L'insu...* con la fórmula *saber-hacer-allí-con* o *saber arreglárselas con*, según la preferencia de traducción..

Esta fórmula se desprende de dos fragmentos del seminario citado que transcribiremos a continuación, respetando su orden cronológico de aparición. En la clase del 16 de noviembre de 1976 Lacan comenta: “Entonces, ¿qué quiere decir conocer? Conocer su síntoma quiere decir saber hacer con, saber desembrollarlo, manipularlo. Lo que el hombre sabe hacer con su imagen, corresponde por algún lado a

²²⁷ Se remite al lector al capítulo 5 de esta tesis.

²²⁸ *Ibid.*, clase del 18/11/1975, pág. 16.

esto, y permite imaginar la manera en la cual se desenvuelve con el síntoma. Se trata aquí del narcisismo secundario, que es el narcisismo radical, estando el narcisismo llamado primario excluido en este caso. Saber hacer allí con su síntoma, ése es el fin del análisis”.²²⁹ Y unos meses más tarde, en la clase del 11 de enero de 1977, agrega: “El hombre -hay que nombrar así una cierta generalidad, de la que no se puede decir que algunos emerjan, Freud no tenía nada de trascendente, era un mediquito que hacía lo que podía para lo que se llama curar, lo que no va lejos- el hombre, pues, no se saca mucho que digamos de este asunto de saber. Eso le es impuesto por los efectos de significativo, y no le está cómodo, él no sabe “hacer con” el saber. Es su debilidad mental, de la que no me exceptúo -porque tengo que vérmelas con el mismo material que todo el mundo, con este material que nos habita. Con este material, no se sabe hacer allí. Es la misma cosa que este “hacer con” del que yo hablaba recién, pero eso no puede decirse, este “hacer allí” en todas las lenguas. Saber hacer allí es otra cosa que saber hacer -eso quiere decir “desembrollarse”, pero sin tomar la cosa en concepto”.²³⁰

Entonces, si bien Lacan termina de precisar su nuevo concepto en el *Seminario 24*, creemos que se trata de una formalización más acabada de lo que Joyce ya le ha mostrado en el seminario anterior: que, a través de su arte, él supo-hacer-allí (en el lugar mismo del lapsus del nudo)-con...aquello que generó su síntoma.

La función del artífice

Retomamos ahora el estudio de la función que Lacan atribuirá a Joyce y que constituirá un valioso aporte para su teoría del sinthome: la *función del artífice*. En este

²²⁹ Jacques Lacan: *Seminario 24, L`insu...*, op.cit., clase del 16/11/1976, pág. 14.

²³⁰ *Ibid.*, clase del 11/01/1977, pág. 30.

sentido, y en el afán de examinar la relación de Joyce con su padre, Lacan pone el acento en el final de la historia de Stephen Dédalus en el *Retrato del artista adolescente*. Reproducimos sus últimas líneas: “Salgo a buscar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza. Abril, 27. Antepasado mío, antiguo artífice, ampárame ahora y siempre con tu ayuda”.²³¹ Al respecto, Lacan comenta: “él invoca al ‘artíficer’ por excelencia que sería su padre, mientras que es él el ‘artíficer’, que es él quien sabe lo que tiene que hacer”.²³² Y lo que sabe que tiene que hacer, se expresa mediante el artificio de su escritura y constituye su singular respuesta, subjetiva y artística, a los problemas derivados de la relación con su padre.

Valiéndose del “caso Joyce”, caso singular pero también instrumental, construye su concepto de *sinthome*. Desde esta perspectiva, el *sinthome* es un artificio y por ende el arte es su principal aliado -aunque huelgue aclarar que no es imprescindible que el objeto inventado sea específicamente artístico-. El sujeto autor del artificio se convierte así en un artífice, a fin de cuentas en el artífice de su propia historia. Lacan trabaja muy especialmente esta cuestión a lo largo de la clase del 13 de enero de 1976, a la que nos abocaremos en este apartado. Esta clase comienza con una frase que contiene, para nosotros, una nueva propuesta ética para la dirección de la cura: “Uno sólo es responsable en la medida de su saber-hacer. ¿Qué es el saber-hacer? Digamos que es el arte, el artificio, lo que le da al arte del que uno es capaz un valor notable”.²³³ La etimología de la palabra confirma estas referencias: artífice viene de *ars*: arte y *facere*: hacer. Una de las acepciones posibles para la Real Academia Española -agradecemos a

²³¹ James Joyce: *Retrato del artista adolescente*, op.cit., pág. 293.

²³² Jacques Lacan: *Seminario 23...*, op.cit., clase del 13/01/1976, pág. 10.

²³³ *Ibid.*, clase del 13/1/1976, pág. 2.

Roberto Harari por habernos guiado hacia este interesante descubrimiento-²³⁴ nos brinda una definición de absoluta pertinencia para nuestro tema y que difícilmente pueda ser superada por otra: artífice es “la persona que tiene arte para conseguir lo que desea”.

Transcribiremos algunos pasajes más de la misma clase con el fin de recorrer el itinerario trazado por Lacan en torno a las nociones de artificio y de artífice, esto es, el sujeto creador de un saber-hacer eficaz del cuál debe hacerse responsable.

A propósito de esta reformulación de la noción de responsabilidad subjetiva, ligada esta vez “al arte del que uno es capaz”, Lacan profundiza: “El término mismo de acto [en alusión al acto sexual] implica la polaridad activo-pasivo, lo que ya es comprometerse en un falso sentido: es lo que se llama el conocimiento, con esta ambigüedad de que lo activo, es lo que nosotros conocemos, pero que nos imaginamos que, haciendo esfuerzos para conocer, nosotros somos activos. El conocimiento entonces, desde el comienzo se muestra lo que es: engañoso. Es precisamente por eso que todo debe ser retomado al comienzo a partir de la opacidad sexual. Digo opacidad por lo siguiente: que primeramente no nos percatamos de que lo sexual no funda en nada ninguna relación. Esto implica, al gusto del pensamiento, que no hay responsabilidad, en el sentido en que responsabilidad quiere decir no-respuesta o respuesta de lado, no hay responsabilidad sino sexual, de lo que al fin de cuentas todo el mundo tiene el sentimiento. Pero, por el contrario, que lo que llamamos el saber-hacer va mucho más allá, y añade a ello el artificio que imputamos a Dios, de un modo completamente gratuito, como Joyce insiste en ello, porque es una artimaña que le ha hecho cosquillas en alguna parte de lo que se llama el pensamiento, no es Dios quien ha

²³⁴ Roberto Harari: *¿Cómo se llama James Joyce? A partir de “El síntoma”*, de Lacan, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1995, pág. 84.

cometido esa artimaña que se llama el universo; imputamos a Dios lo que es asunto del artista, cuyo primer modelo es, como todos sabemos, el alfarero, y {del que} se dice que, ¿con qué, por otra parte? Que ha modelado esa artimaña que se llama, no por azar, el universo. Lo que no quiere decir más que una cosa, es que hay el uno. Hay el uno, pero no se sabe dónde. Es más que improbable que este uno constituya el universo”.²³⁵

Sobre esta cita podríamos puntuar lo siguiente. En primer lugar, la distinción que Lacan introduce entre una responsabilidad ligada al sexo, esto es, una respuesta sexual definida desde nuestra posición inconciente frente a la ausencia de relación sexual, y otra responsabilidad que concierne al artificio, a un saber-hacer que va “mucho más allá”. El sujeto entonces no sólo es responsable de su posición subjetiva -como planteaba Lacan en *La ciencia y la verdad*- sino también de su saber-hacer singular, artificioso e inventivo.

Asimismo, dicho artificio, aclara Lacan, aunque se lo imputemos a Dios, es asunto del artista. Como nos recuerda Lacan en este pasaje, el primer modelo del artista -que él mismo trabaja en el *Seminario 7* siguiendo el ejemplo heideggeriano- es el del alfarero, quien construye sus obras modelándolas alrededor de un vacío. Las “artimañas” del artista -traducción posible del francés “*truc*” que puede significar tanto “truco” y “artimaña” como “habilidad” y “destreza”- son un medio privilegiado para crear a partir de la falta. Lacan incluso llega muy lejos cuando ubica esta creación en relación a la existencia del Uno, “hay el uno, pero no se sabe dónde”. Una lectura posible de esta enigmática formulación podría ser la siguiente: si evidentemente el Uno así referido no alude a ninguna instancia totalizante -“es más que improbable que este uno constituya el universo”- ni tampoco unificante -por estar esencialmente

²³⁵ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 13/1/1976, pág. 4.

comprometido un saber-hacer con la falta-, podríamos suponer entonces que se trata del Uno del *sinthome*, que destaca su singularidad y su especial localización en la estructura. Al respecto, Roberto Harari comenta que este Uno denota “una instancia marginal, por cuanto no se totaliza, ni se suma. Localizado en un margen distinto, desde ese otro lugar, funciona como sustento del hablante. Podríamos designarlo como lo uno desencadenado, fuera del atrapamiento por parte de una serie. No responde a integración alguna, a contextos, a historias, a sentidos plenos y anticipables. Y de este lo Uno -no del universo- proviene la posibilidad de inventar, tomando en cuenta que dicha invención es *sinsentido*”.²³⁶

Si bien, como sostiene este autor, se trata de un uno desencadenado, podríamos agregar que, no por ello, está desanudado. Por el contrario, la puesta en juego de este saber-hacer singular tiene incidencias estructurales sobre la escritura nodal del sujeto al propiciar nuevos empalmes entre las cuerdas que la componen: “Es de sutura y costura que se trata en el análisis. Pero hay que decir que las instancias debemos considerarlas como separadas realmente. Imaginario, Simbólico y Real no se confunden. Encontrar un sentido implica saber cuál es el nudo, y coserlo bien gracias a un artificio”.²³⁷ Nos parece que aquí Lacan ya no está hablando de sentido en su vertiente más imaginario-simbólica sino del efecto de sentido que agujerea lo real del goce parasitario, permitiendo la posibilidad de obtención de otros modos de gozar anudados al amor o al deseo del sujeto. Queda así de manifiesto el valor clínico de la producción del artificio.

Pasemos ahora a otro fragmento de la misma clase del *Seminario 23*: “Un nudo, entonces, eso puede hacerse -es precisamente por eso que he tomado su camino- por

²³⁶ Roberto Harari: *¿Cómo se llama James Joyce?*, op.cit., págs. 119-120.

²³⁷ Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 13/01/1975, pág. 13.

costura {*raboutage*} elemental. He procedido así porque me pareció que era lo más didáctico, vista la mentalidad. No tengo necesidad de decir más: la senti-mentalidad propia del *parl`être*, la mentalidad en tanto que, puesto que la siente, siente su fardo, la mientalidad en tanto que él miente: es un hecho. ¿Qué es un hecho? Es justamente él quien lo hace. No hay hecho más que por el hecho de que el *parl`être* lo diga. No hay otros hechos que aquellos que el *parl`être* reconoce como tal diciéndolos. No hay hechos más que de artificios. Y es un hecho que él miente, es decir que instaura en el reconocimiento falsos hechos, esto porque tiene la mentalidad, es decir el amor propio. Este es el principio de la imaginación. Él adora su cuerpo. Lo adora porque cree que lo tiene. En realidad no lo tiene, pero su cuerpo es su única consistencia –mental, por supuesto. ¡Su cuerpo abandona el campo a cada instante! Ya es bastante milagroso que subsista durante un tiempo, el tiempo de esta consumación que es de hecho, por el hecho de decirlo, inexorable en cuanto que nada hace allí porque ella no es reabsortiva. Este es un hecho constatado, incluso en los animales: el cuerpo no se evapora, es consistente, y esto es lo que le es, a la mentalidad, antipático, únicamente porque ella allí cree, tener un cuerpo para adorar: ésta es la raíz de lo Imaginario. Yo lo panzo {*panse*}, P A N S E, es decir lo hago panza, entonces lo sufro, ¡es a eso que eso se resume!”²³⁸.

Nos apoyaremos en esta cita para intentar avanzar un paso más respecto del tema que estamos trabajando en este capítulo, a saber, los enlaces y desenlaces discursivos de la transferencia psicótica. Para hacerlo nos dejaremos conducir por el siguiente interrogante: ¿qué definición de discurso se insinúa a partir de la cita? Recordemos que Lacan, con su teoría de los discursos de fines de los 60’, despeja definitivamente la

²³⁸ *Ibid.*, clase del 13/01/1975, pág. 6.

noción de discurso de cualquier reduccionismo lenguajero. Pero a partir de la década siguiente profundiza su planteo, valiéndose, como estamos viendo, de la topología nodal. En ella, el mínimo es tres, simbólico, imaginario y real, anudados borromeamente. Ahora bien, la introducción del cuarto, llamado *sinthome* desde el *Seminario 23* y más específicamente *artificio* durante el transcurso de esta clase, produce un anudamiento diferente que enriquece aún más la conceptualización del discurso.

De lo que ahora se trata no es sólo de hablar sino esencialmente de *artificiar*. Para que un hecho se inscriba como tal es necesario que el *parl'être* lo diga pero también que lo escriba a través de su artificio: “no hay hechos más que de artificios”. De esta manera, nos alejamos del engaño propio de la mentalidad que miente, que puede establecer falsos hechos, y nos acercamos a la posibilidad de una praxis que sostenga una integración posible -con fallas pero también con reparaciones- entre el lenguaje y el cuerpo. En el párrafo transcrito, podemos leer dos dimensiones del cuerpo: la consistencia imaginaria -claramente explicitada- y la real, aludida por el neologismo “*panse*”, el cual por homofonía permite su vinculación y diferenciación con lo que es del orden del pensamiento y por su sentido, remite a la posibilidad de sufrirlo: “Yo lo panzo {*panse*}, P A N S E, es decir lo hago panza, entonces lo sufro, ¡es a eso que eso se resume!”.

De ahora en más entonces, cuando hablemos de enlaces y desenlaces discursivos en la transferencia, estaremos apuntando a esos anudamientos que, a través de la invención en transferencia de un saber-hacer-allí-con, ligan de una manera singular y novedosa lenguaje y cuerpo.

Caso Pablo

Pablo tiene 19 años y llega al consultorio luego de un pasaje al acto suicida. No tiene a su disposición ningún texto que dé cuenta de lo que le pudo haber ocurrido durante esa dramática situación. Los padres, en su desesperado intento por encontrar alguna explicación, sospechan que ciertas canciones que su hijo escucha encerrado en su habitación pueden haber sido las responsables de provocar el casi fatal episodio.

Pablo siente una particular predilección por un género musical denominado *grunge*. Se trata de un rock alternativo cercano al hard rock, desarrollado en los Estados Unidos y que marcó un hito en la historia de la música hacia fines de los 80' y principios de los 90'. Algunas de las canciones que se inscriben dentro de este género musical están teñidas por cierto desencanto y apatía, siendo las drogas, la alienación y la muerte algunos de sus principales temas recurrentes. También lo es, es cierto, la búsqueda de libertad. El ídolo de Pablo es Kurt Cobain, el exponente máximo de esta revolucionaria corriente musical y líder del grupo Nirvana, quien termina sumido en una profunda depresión que lo llevaría al suicidio.

La música de Pablo entra rápidamente en análisis. Durante las sesiones son escuchadas las canciones de ésta y de otras bandas, intercambiándose opiniones sobre su contenido. Como Pablo tiene un excelente manejo del inglés, el analista le propone traducir las canciones, tarea que realiza con mucho placer y con una gran capacidad para conservar el estilo poético del idioma original. Es evidente que estas letras lo representan pero, lejos de ser peligrosas, son para él un medio de expresión de algunas de sus verdades más íntimas. Se identifica con estos músicos porque, según sus dichos, “para ellos la música es un recurso creativo con el que pueden decir lo que sienten”.

Incluso por esta misma razón, estas letras, aun cuando versen sobre la muerte, son para él “mensajes de vida”.

La pregunta que se fue despejando con el correr de las sesiones y que se transformó en una auténtica demanda de análisis fue la siguiente: “¿Por qué me deprimó?”. Este interrogante orientó la labor analítica, pudiéndose elaborar algunas respuestas en la medida en que él iba manifestando sus más entrañables inquietudes. Por primera vez lo hacía, sencillamente porque por primera vez se sentía escuchado. Su palabra se iba liberando durante las charlas; a veces, ayudado por canciones que él mismo componía y que luego, guitarra en mano, cantaba. Al compás de esas cuerdas que vibraban en análisis, el sonido y el sentido comenzaron a conjugarse, habitando y vitalizando el espacio transferencial.

Estimulado por el análisis y apoyado por sus padres, por su novia y por sus amigos empezó a estudiar música, armó una banda y se comprometió aun más con la composición de temas musicales. La vocación y el talento artísticos de Pablo son admirables, y traspasan las fronteras de la música. También le apasiona el cine, gusto que lo empieza a acercar a su padre con el que de vez en cuando mira y analiza algunas películas. Inclusive está en sus planes incursionar en este campo a partir del año próximo. De hecho ya escribió un par de guiones que le brindan la posibilidad de tejer ciertas tramas que le ofrecen a él, y en relación a algunos de los personajes de su historia, nuevos lugares y relatos.

Impulsado por la fuerza de estos deseos, el trabajo analítico fue girando alrededor de tres ejes principales: la *conversación*, como modalidad dialógica que causa

el decir de Pablo;²³⁹ el explícito *reconocimiento* de su objeto de invención; y la preparación de *proyectos* a corto y mediano plazo que lo ayudan a transformar su relación con el tiempo y con los otros. Conversación, reconocimiento y proyectos que delimitan para él una nueva posición subjetiva, comandada por una palabra, que suena y resuena insistentemente en análisis: “crear”, esto es lo que Pablo quiere, “crear”.

Así fue como Pablo le fue encontrando “la vuelta a la vida”. Y volvió a la vida a partir de haber hallado para su mensaje un destino diferente. Mensaje de vida que, al no disponer previamente de un espacio donde ser dicho y escuchado, llamaba a la muerte.

Sólo después de transitar este nuevo recorrido dentro -y desde hace ya algún tiempo- fuera del análisis, pudo incluso establecer un texto sobre aquel estado de desolación que lo condujo hacia el abismo. En una sesión recuerda que en los instantes previos a su intento de suicidio “no veía nada por delante”. Es en ese momento cuando, sorpresivamente, irrumpen en él las palabras que su madre en más de una oportunidad sentenció: “no hay futuro”. Comenta que cuando esta frase era pronunciada en la escena familiar no había respuesta alguna, sólo un “silencio sepulcral”. “No hay futuro”, puro S1 desenlazado de su S2 que lo empujaba a un goce deslocalizado y destructivo. Desenlace que requería de un nuevo enlace producido esta vez con las palabras de Pablo, palabras que le permitieran hacer algo diferente con las de su madre. Fue entonces que pudo enunciar en análisis dos nuevos mensajes de vida que desactivaron el poder mortífero de “no hay futuro”. El primero de esos mensajes fue el siguiente: “no hay futuro sin proyectos”. El segundo mensaje, encontrado por Pablo tiempo después, es realmente conmovedor: “hay futuro, lo estoy creando”.

²³⁹ La lengua francesa nos dona una homofonía entre causa (*cause*) y la conjugación del verbo charlar (*causer*), que le permite a Lacan referirse al objeto *a* en estos términos: “esta causa que charla siempre” (en Jacques Lacan: *Seminario 22, RSI*, op.cit., clase del 21/01/1975, pág. 37).

Este saber-hacer-allí-con la lengua acompaña su saber-hacer artificioso, promoviendo en la historia de Pablo un entrelazamiento inédito entre lenguaje y cuerpo. Este caso nos enseña que hay enlaces discursivos que a veces pueden propiciar para el sujeto un *desenlace* diferente: inventarse un nuevo modo de anudarse a la vida.

CONCLUSIONES

“Hay mensajes cuyo destino es la pérdida, palabras anteriores o posteriores a su destinatario/ (...) Pero toda pérdida es el pretexto de un hallazgo/ Los mensajes perdidos inventan siempre a quien debe encontrarlos”.

Roberto Juarroz, *Poesía vertical*.

Llegamos a la última instancia de este recorrido de investigación. A partir del estudio comparativo de los casos clínicos analizados en la segunda parte de esta tesis, nos abocaremos al recorte de los elementos comunes encontrados para poder desde allí, y a la luz de los desarrollos conceptuales precedentes, ofrecer al lector algunas de las conclusiones a las que hemos arribado.

La destinación de la transferencia

Los fragmentos clínicos examinados nos permitieron comprobar que el analista, aún cuando no se le atribuyera la figura del *sujeto supuesto saber*, sí queda ubicado como *destinatario* del discurso del analizante psicótico. En algunos de estos casos incluso, esta destinación no se dio inercialmente, sino que fue necesario un primer tiempo en el cual fue el analista mismo quien debió mostrar su predisposición para ocupar ese lugar.

Al hacerlo, el analista queda esencialmente comprometido con el decir del analizante. En términos nodales, podríamos plantear lo siguiente: la escucha atenta e interesada del analista y sus intervenciones forman parte del nudo-decir del inconciente al que antes aludíamos. El analista no es un agente exterior que opera vía corte y sutura

Conclusiones

sobre una presentación nodal que sólo pertenecería a la subjetividad del paciente. Por el contrario, el analista, al formar “parte del concepto de inconciente, puesto que constituye aquello a lo que éste se dirige”,²⁴⁰ es una pieza fundamental del anudamiento transferencial. Aquí podemos situar uno de los resortes de la eficacia del psicoanálisis pero, al mismo tiempo, es lo que contiene un particular peligro para la clínica de las psicosis. Si adherimos a la tesis que formula la imposibilidad del fin de análisis en las psicosis, podemos advertir entonces que la transferencia puede conllevar el riesgo de conducirnos a un callejón sin salida.

“Puertas adentro” de la transferencia el analista debe acomodar su posición desde la *disparidad subjetiva* que, a la vez que lo une, también lo distingue de su analizante. Si bien son partes del mismo engranaje transferencial, los lugares del analista y del analizante no se confunden. La *función sujeto* deberá quedar en todos los casos a cargo del psicótico, mientras que la *función analista* -siempre correlacionada con la lógica inherente a cada cura y con el momento en que la misma se esté desarrollando- será asumida desde una posición particular y desde una ética que la sostenga.

No obstante, y atendiendo a los eventuales riesgos recién señalados, en la clínica de las psicosis resulta necesario además fabricar enlaces alternativos que trasciendan aquellas puertas y que eventualmente puedan ser utilizadas para salir del “autismo de a dos” que supone, tomando la acertada expresión de Lacan,²⁴¹ toda relación transferencial.

²⁴⁰ Jacques Lacan: “Posición del inconciente”, en *Escritos 2*, op.cit., pág. 813.

²⁴¹ Jacques Lacan: *Seminario 24, L'insu...*, op.cit., clase del 19/04/1977, pág. 63.

Conclusiones

Destacamos entonces la relevancia que, desde nuestra experiencia clínica, le otorgamos a esa *otra destinación* específica de la transferencia en las psicosis y cuyo agente es el analista. En esta idea, enmarcada en una estrecha articulación entre *función*, *posición* y *ética* del analista, centraremos el eje de la respuesta que elaboramos para nuestra pregunta de investigación: *¿cuáles son las particularidades de la posición del analista en la transferencia psicótica considerando la disparidad subjetiva en su relación con el analizante?*

La ética del *saber-hacer*

A partir de nuestro abordaje del “caso Joyce”, presentado en el marco teórico de esta tesis, y de las elucidaciones desplegadas en el capítulo anterior, propusimos elevar al estatuto de premisa ética aquella frase que Lacan pronunciara en la clase del 13 de enero de 1976 de su seminario. La recordamos: “Uno sólo es responsable en la medida de su saber-hacer. ¿Qué es el saber-hacer? Digamos que es el arte, el artificio, lo que le da al arte del que uno es capaz un valor notable”.²⁴²

Dicha responsabilidad, que va para Lacan “mucho más allá” -tal es así que dará lugar a una nueva conceptualización del fin de análisis para las neurosis-, también apuntala, a nuestro entender, el rumbo de la práctica clínica con pacientes psicóticos.

Profundizando un poco más este planteo, podríamos decir que si el “arte del que uno es capaz” adquiere “un valor notable” para la cura analítica es porque exige de parte de cualquier sujeto un posicionamiento ético -y por ende responsable- en su relación con la castración. En definitiva se trata de que el sujeto pueda hacer algo diferente con

²⁴² Jacques Lacan: *Seminario 23, El sinthoma*, op.cit., clase del 13/01/1976, pág. 2.

Conclusiones

la falta que anida en la estructura del ser hablante. Para ello, resulta necesario despejar los trazos sintomáticos propios de la subjetividad de cada analizante con el propósito de extraer de allí el material propicio para la búsqueda de una praxis, determinada por aquellos trazos, pero que, a su vez, pueda tener cierto poder transformador de los mismos.

En el contexto del *Seminario 23*, decididamente atravesado por el uso de la topología nodal, Lacan concibe al artificio como un recurso privilegiado para que el sujeto pueda efectuar su pasaje del síntoma al *sinthome*. En este punto nos permitimos aclarar que, desde nuestra clínica y por razones prácticas, decidimos no homologar estrictamente artificio y *sinthome*. Entendemos que este último supone una durabilidad en el tiempo y una incidencia decisiva sobre la estructura que no siempre pueden ser corroboradas por el analista, aunque más no sea por razones precisamente temporales, atendiendo incluso a su dimensión cronológica. Independientemente de que sea o no posible tal corroboración, el *sinthome* como concepto operatorio constituye, para todos los casos, una brújula eficaz en el campo de la clínica. Y es en dirección a la lógica que éste imprime, que quedan orientados los distintos artificios que puedan ir surgiendo durante el itinerario de un análisis, evaluando en cada caso su singularidad, su valor y su alcance sobre la estructura.

Ahora bien, a pesar de la plasticidad que, para nuestra labor clínica, ofrece el argumento recién planteado, sostenemos igualmente que la noción de artificio deberá seguir conservando rigurosamente su especificidad: la de producir una especial escritura de los decires del analizante al promover una relación novedosa -y reparatoria- entre lenguaje y cuerpo.

Conclusiones

En este sentido, y retomando la puesta en relación de las cinco viñetas clínicas analizadas, queremos destacar que uno de los denominadores comunes encontrados fue precisamente la invención en transferencia de un saber-hacer que, en mayor o menor medida, tuvo algún grado de eficacia en la vida de cada uno de estos analizantes.

En el primero de los casos presentados, el *caso Gabriel*, el sujeto pudo desarrollar su saber-hacer a través de la pintura. Recordemos que esta actividad ya formaba parte de sus tareas laborales pero que luego fue extendida fuera de este ámbito, bajo una versión más artística, hasta ocupar un lugar central en su vida. En un principio, pintando en su habitación las escenas de contenido religioso a través de las cuales podía ir expresando y mostrando sus ideas delirantes. Una vez agotado el límite real de este espacio, Gabriel empezó a utilizar otro, el que le ofrecía su propio análisis.

De ahí en más, sus pinturas encontraron telas y un nuevo marco, delimitando un lugar diferente para el sujeto y su objeto de invención. El despliegue en transferencia de esta actividad favoreció no sólo la reducción de su delirio -desde el cual se le hacía imposible el vínculo con los otros- sino también una circulación más fluida en el ambiente familiar, laboral y social.

En el segundo de los fragmentos clínicos analizados, el *caso Carlos*, el sujeto pudo inventarse una nueva actividad, lo que él llamaba “hacer poesía”, y un nuevo nombre para firmar su obra. Estas producciones poéticas eran creadas en las sesiones de análisis o durante sus salidas nocturnas previas a las mismas. Así su errático andar fue

Conclusiones

encontrando cierto ordenamiento ya que Carlos empezó a elegir algunos puntos de referencia en el trazado del recorrido, lugares en los cuales podía frenar su deambulaci3n, tomarse una pausa y encontrar la inspiraci3n necesaria para la creaci3n de frases que concernieran a sus verdades m1s 3ntimas.

Este nuevo artificio, el “hacer poes3a”, se convirti3 para Carlos en un medio privilegiado del “hacer saber”, incluyendo sus dos acepciones posibles: transmitir el saber pero fundamentalmente producirlo. Transmisi3n y producci3n del saber que requer3an de la participaci3n activa del analista, demandada por el analizante mismo a trav3s de una palabra que comenz3 a preceder la verbalizaci3n de estas frases: “anotala”. Desde esa precisa localizaci3n en transferencia -y en estrecha relaci3n con el artificio del sujeto- el analista comenz3 a desempe1ar su funci3n de escribiente, confirmando el saber inventado por Carlos y convirti3ndolo as3 en escritura.

Escritura que, en un tiempo posterior y siempre a trav3s del designio del sujeto, exig3a ser firmada por 3l. Carlos se inventa entonces un nuevo nombre que lo despoja de los anteriores, los cuales, paradójicamente, no pod3an, en sentido estricto, nombrarlo: ni Perez -apellido que el padre no le termin3 de dar-, ni “Carlitos” -nombre que la madre le dio pero al precio de su arrasamiento subjetivo-, menos a3n, “esquizofr3nico” -nombre-diagn3stico que, como sucede en muchos casos de pacientes psiquiatrizados, lo dejaban en una posici3n de pura impotencia-. Este acto de nominaci3n sustitutiva, realizado en transferencia, propici3 en la vida de Carlos un in3dito anudamiento entre saber, objeto y nombre propio, anudamiento que constituy3 un particular modo de suplencia a su carencia de estructura: la falla en la nominaci3n paterna.

Conclusiones

Pasemos ahora a reseñar el saber-hacer construido por *Juan*, otro de nuestros analizantes. Cocinar no sólo era una actividad sumamente placentera para él sino una manera diferente de relacionarse con el objeto comida. Recordemos que el vínculo con la comida -y con los otros, especialmente con su madre, a través de este objeto- venía siendo sumamente nocivo para su vida. Tal es así que se encontraba aislado y sumido en una profunda depresión que lo llevó a perder 30 kilos en un par de meses y, luego de recuperar su peso normal, a subir una cantidad similar de kilos, también en poco tiempo. Su “cuerpo-bolsa” podía llegar a reventar sin que su palabra pudiera hacerse escuchar.

Su palabra empezó a liberarse al ser pronunciada en su espacio de análisis. Sus decires apuntaban especialmente a la relación con su sexualidad -desamarrada de su cuerpo- y a la rectificación de su posición frente a los dichos demandantes de su madre. No obstante, también en este caso, fue necesaria la construcción de otro tipo de recurso que tuviera una mayor incidencia en el entrelazamiento de su cuerpo y de su palabra. Juan encontró una singular modalidad de saber-hacer precisamente a través de su oficio como chef. El título adquirido por Juan -curiosamente durante aquellos silenciosos años de padecimiento- y el deseo articulado al mismo, necesitaron del reconocimiento simbólico del analista. Este reconocimiento, y también el de otros, fuera del dispositivo analítico, constituyeron un fuerte estímulo para que Juan y su artificio pudieran proseguir su juego en la escena social.

Por su parte, el *caso Alejandro* nos muestra los diferentes pasos que, en algunas ocasiones, se deben efectuar para que el sujeto finalmente pueda elegir la praxis más afín a sus marcas sintomáticas y, por ende, más eficaz a la hora de poder hacer algo

Conclusiones

distinto con ellas. La búsqueda en análisis de ese saber-hacer, siempre incentivado por la vocación artística de Alejandro, pasó de la lectura a la escritura y de ésta al dibujo y a la elaboración de historietas. La especial articulación entre palabra e imagen que esta narración gráfica implica, le ofrecieron al sujeto -desdoblamiento mediante entre los roles de autor pero también de protagonista de las historias relatadas- la posibilidad de tener un cuerpo.

Recordemos que antes del armado de este artificio, Alejandro se sentía “muerto en vida”, invadido por una ausencia casi absoluta de sensaciones de amor u odio hacia sus semejantes. Es más, ni siquiera podía escuchar su propia voz. Desde nuestra perspectiva, todos estos fenómenos relativos a los avatares sucedidos en la constitución de su cuerpo hallaban alguna explicación en la incidencia perjudicial del deseo materno durante la fase resolutiva del estadio del espejo.

Es desde esta misma explicación, y a la luz de los efectos promovidos por su nuevo saber-hacer, que pudimos subrayar el valor supletorio que tuvo para Alejandro esta nueva actividad, al brindar una escenificación posible de la dialéctica del estadio del espejo y de sus sustanciales consecuencias. Entre ellas, el sostenimiento simultáneo de la intrusión del Otro y de los otros, pero también de su exclusión. Las ficciones que él iba elaborando le aportaron la cobertura imaginaria necesaria para poder sentir y expresar dolor, alegría, bronca, amor. Dentro y fuera de las historietas comenzó a experimentar nuevos goces, compartiéndolos incluso no sólo con su analista sino también con otras personas, fuera del espacio analítico. A través de un lugar virtual - pero también simbólico y real- por él mismo fabricado en el ciberespacio pudo establecer nuevos vínculos, mediatizados por el objeto inventado y por una nueva imagen que ahora sí podía revestir su cuerpo.

Conclusiones

Por último, destacaremos algunas de las características salientes del saber-hacer de *Pablo*, el quinto caso clínico incluido en la segunda parte de esta tesis. Luego de un pasaje al acto suicida, Pablo entra en el análisis a través de su deseo por la música. En principio, dejándose representar por las letras de algunas bandas de *grunge* que le permitieron empezar a verbalizar algunas de sus verdades más entrañables. Pero en un momento posterior, encontró para ellas un medio de expresión diferente: la composición e interpretación de temas musicales propios.

Con estas actividades, comandadas por nueva palabra en el discurso de Pablo, la vibración conjugada del sonido y del sentido comenzaron a vitalizar aún más el espacio transferencial. Poco tiempo después, y gracias también al apoyo de sus padres, de su novia y de algunos amigos, su saber-hacer franqueó las fronteras del espacio analítico, facilitando la preparación de proyectos que transformaron decididamente su relación con el tiempo y con los otros. En este sentido, podemos considerar que esta nueva praxis también tuvo, para este caso, una función de suplencia a una falla de estructura. Desde nuestra lectura, pensamos que esta falla pudo ser de algún modo enunciada por Pablo cuando estableció un texto sobre las sensaciones que precedieron al intento de suicidio. Recuerda la irrupción, en aquellos instantes de profunda desolación, de una frase que alguna vez su madre sentenció: “no hay futuro”. Los dos nuevos enlaces discursivos y reparatorios construidos por Pablo -“no hay futuro sin proyectos” y “hay futuro, lo estoy creando”- nos enseñan que el artificio se encuentra íntimamente enlazado con otro aspecto esencial del saber-hacer, ya trabajado en las páginas que anteceden a estas conclusiones, pero que ahora volveremos a enfatizar: el *saber-hacer con la lengua*.

El saber-hacer del analista

De este saber-hacer con la lengua el analista participa comprometidamente, también en la clínica de las psicosis. Y lo realiza a través de sus distintas intervenciones, efectuadas todas a partir de su herramienta principal: la *escucha*. Escucha al pie de una letra que se va estableciendo como tal en la medida en que se va escribiendo en esa singular interlocución desplegada entre analizante y analista. Letras que permitirán la lectura de aquellas marcas sintomáticas de las cuales podrá extraerse -en algunos casos- el material necesario para la construcción de un saber-hacer artificioso e inventivo que venga a reparar ciertas fallas estructurales y a ofrecer nuevos modos de anudamiento entre el goce, el deseo y el amor del sujeto.

Ahora bien, los casos trabajados en esta tesis nos muestran, además, cómo este trabajo de lectura y escritura con la lengua le exige al analista otra tarea insoslayable: un *saber-hacer con la transferencia*.

Claro está, que este particular oficio del analista depende de la dirección trazada en cada cura. No obstante, del estudio comparativo que estamos realizando se desprenden algunas cuestiones generales para pensar este asunto y que a continuación resaltaremos. En primer lugar, pudimos apreciar cómo del lado del analista es necesaria una disposición inicial para alojar los diferentes testimonios a él dirigidos. Entendemos que desde este lugar de *destinatario* el analista podrá no sólo asumir su función de *secretario* sino también sentar las bases para la progresiva construcción de lo que será su *otro* lugar en la relación con su analizante: el de *semejante*.

Tal como lo trabajamos en el primer capítulo de la segunda parte de esta tesis - pero que haremos ahora extensivo a los otros fragmentos clínicos- proponemos pensar

Conclusiones

el lugar de semejante en tensión con la noción de *disparidad subjetiva*. Es desde esta misma tensión que podemos sostener que lo semejante sólo puede instaurarse a partir de lo diferente. El reconocimiento de la crucial diferencia que habita la relación transferencial, es la condición de posibilidad para que el analista encuentre, como semejante, su lugar.

Siguiendo la referencia aristotélica indicada por Lacan en su escrito sobre las psicosis, decidimos acentuar el término griego *philia* que, a diferencia de *eros* o *ágape*, y por lo pronto, en una de sus acepciones posibles, pone de relieve el carácter fraternal característico del lazo amistoso. Y entre las múltiples definiciones de amistad que Aristóteles nos brinda, elegimos para nuestra conceptualización de la transferencia con el psicótico, la siguiente: “la amistad es comunidad”.

El vínculo amistoso con el psicótico tiende a preservar al sujeto y a la transferencia misma de las irrupciones gozosas y desestabilizantes. Esta cobertura imaginaria genera las condiciones más propicias para el desarrollo de lo que, a nuestro entender, constituye la modalidad dialógica predominante en la clínica de las psicosis: la conversación. Pero esta dimensión imaginaria debe encontrar su adecuado anudamiento con las otras dos cuerdas de la transferencia, la simbólica y la real. El saber-hacer con la lengua, antes destacado, apunta precisamente a la producción de tal anudamiento a través de la invención de un objeto de goce que venga a mediatizar la relación transferencial, reencausando el deseo del sujeto y el amor amistoso del analista.

Desde esta perspectiva, podemos agregar que si hacemos propia aquella proposición aristotélica, “la amistad es comunidad”, es porque nos permite afirmar que analizante y analista, desde lugares dispares, trabajan en cooperación en pos de un bien

Conclusiones

común: la atenuación del sufrimiento en exceso del sujeto y la promoción de un saber-hacer con el nuevo objeto de goce, dentro pero también *fuera* de la transferencia.

Posición y función del analista en la transferencia psicótica

En la clínica de las psicosis existe entonces una transferencia que es *del* analista. El amor de transferencia así causado no es por el saber del delirio o las voces como objeto, sino fundamentalmente por el saber-hacer con el objeto inventado. Esta *destinación del analista* si bien delimita las coordenadas básicas para el establecimiento de una buena configuración transferencial, propicia a la vez la apertura de estos límites posibilitando que ese saber y ese objeto puedan eventualmente llegar a mediatizar también otros lazos sociales en la vida del psicótico.

El analista se pliega a las mociones deseantes del sujeto contribuyendo a que éstas puedan orientarse hacia el campo del Otro social. De este modo, analista es quien ocupa su específico lugar en el dispositivo de trabajo compartido con su analizante pero, al mismo tiempo, quien se ofrece a ser *uno-más*, entre algunos otros que también puedan acompañar, cada uno a su modo, la construcción y el mantenimiento del artificio del sujeto.

Concluimos nuestro recorrido de investigación con la siguiente propuesta: el analista se ubica transferencialmente en los tratamientos con algunos psicóticos, asumiendo una *posición de borde moebiano entre el adentro y el afuera del espacio analítico*. Posición sostenida por una ética, la del saber-hacer, que apunta al

Conclusiones

reconocimiento simbólico de la capacidad de invención psicótica y a la responsabilidad del sujeto en dicha invención. Posición ética que impulsa una función, íntimamente anudada con la destinación del analista: sostener como pivote de la transferencia la figura operatoria del *sujeto-supuesto-saber-hacer desde el análisis y hacia un más allá del mismo*.

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, Jean: “Perturbación en Pernepsi”, en *Littoral* 15, “El saber de la locura”, Córdoba, Octubre de 1993.
- Allouch, Jean: *Letra por letra*, Edelp, Buenos Aires, 1993
- Allouch, Jean: “Ustedes están al corriente, hay transferencia psicótica”, en *Littoral* 7/8, Editorial la torre abolida, Córdoba, 1989.
- Allouch, Jean: “Tres faciunt insaniam”, en *Ibíd.*
- Allouch, Jean: *Marguerite. Lacan la llamaba Aimée*, E.P.E.L, París, 1990.
- Amigo, Silvia: *Clínicas del cuerpo. Lo incorporal, el cuerpo, el objeto a*, Homo Sapiens, Rosario, 2005
- Aubert, Jacques y otros: *Joyce avec Lacan*, Navarin éditeur, Paris, 1987. Traducción de Ricardo E. Rodríguez Ponte.
- Baumeyer, Franz y otros: *Los casos de Sigmund Freud 2, El caso Schreber*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.
- Beckett, Samuel: *El innombrable*, Hyspamérica Ediciones, Buenos Aires, 1983.
- Cancina, Pura y otros: *Las psicosis*, Homo Sapiens, Rosario, 1997.
- Capgras, J. y Reboul-Lachaux, J.: “La ilusión de ‘Sosías’”, en *Littoral*, nº 7/8, Editorial la torre abolida, Córdoba, 1989.
- Chatel, Marie-Magdaleine: “A falta de estrago, una locura de la publicación”, en *Littoral* nº 17, Edelp, Córdoba, 1994.
- Clerembault, G. de: *Automatismo mental. Paranoia*, Pólemos, Buenos Aires, 1995.
- Cohen, Sara: “Lol, el fracaso de la horrible fugacidad de las cosas”, en *Jacques Lacan y los escritores*, Editorial EFBA, Buenos Aires, 2007.

-Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano: *El sinthome*.
Consecuencias clínicas, Letra Viva, Buenos Aires, 2001.

Bibliografía

- Couso, Osvaldo: *El amor, el deseo y el goce*, Editorial Lazos, Buenos Aires, 2005.
- Derrida, Jacques: “Étre juste avec Freud”, en *Penser la folie*, Galiléé, París, 1992.
- Duras, Marguerite: *El arrebató de Lol V. Stein*, Tusquets, Barcelona, 1987.
- Duras, Marguerite: *Escribir*, Tusquets, Buenos Aires, 2010.
- Eidelsztein, Alfredo: *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Volumen 1*, Letra Viva, Buenos Aires, 2001.
- Ellmann, Richard: *James Joyce*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- Erasmo: *Elogio de la locura*, Alianza, Buenos Aires, 1999.
- Fernández, Élica: *Diagnosticar las psicosis*, Data editora, Buenos Aires, 1993.
- Fontaine, Albert: “Para una lectura de Louis Wolfson”, en *Littoral* 7/8, op.cit.
- Foucault, Michel: *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, 1977.
- Freud, Sigmund y otros: *Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1979, tomo I: 1906-1908, Sesión del 21 de noviembre de 1906.
- Freud, Sigmund: “Breve informe sobre psicoanálisis” (1924), en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1976, tomo XIX.
- Freud, Sigmund: “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia”, en *Ibíd.*, tomo XII.
- Freud, Sigmund: “Introducción del narcisismo” (1914), en *Ibíd.*, tomo XIV.
- Freud, Sigmund: “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915), en *Ibíd.*, tomo XIV.
- Freud, Sigmund: “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad” (1922 [1921]), en *Ibíd.*, tomo XVIII.

Bibliografía

- Freud, Sigmund: “Neurosis y psicosis” (1924 [1923]), en *Ibíd.*, tomo XIX.

- Freud, Sigmund: “La pérdida de la realidad en la neurosis y en la psicosis” (1924), en *Ibíd.*, tomo XIX.

- Freud, Sigmund: “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente” (1910), en *Ibíd.*, tomo XII.

- Freud, Sigmund: “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias)” (1894), en *Ibíd.*, tomo III.

- Freud, Sigmund: “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896), en *Ibíd.*, tomo III. Cf. el apartado III, “Análisis de un caso de paranoia crónica”.

- Freud, Sigmund: “Presentación autobiográfica” (1924), en *Ibíd.*, tomo XX.

- Freud, Sigmund: “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (1916-17), 27ª conferencia “La transferencia”, en *Ibíd.*, tomo XVI.

- Galantini, Ivone; Kaplan, Susana y Rossi, Mónica: *Al pie de la letra 1. Referencias al escrito ‘De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis’ de Jacques Lacan*, Edulp, La Plata, 2009.

- Harari, Roberto: *¿Cómo se llama James Joyce?*, Amorrortu editores, Argentina, 1995.

- Harari, Roberto: “Psicoanálisis post-joyceano. Puntuaciones”, en *Jacques Lacan y los escritores*, op.cit.

- Hes, Margarita: *El Nombre del Padre, de la metáfora al nudo borromeo*, Acme Agalma, Buenos Aires, 1995.

- Joyce, James: *Retrato del artista adolescente*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.

- Joyce, James: *Ulises*, Santiago Rueda Editor, Buenos Aires, 2002.

- Julien, Philippe: “L’amour du père chez Freud et la fonction du noeud borroméen”, en *Lettres de l’École*, n° 21, *Les mathèmes de la psychanalyse*, Aout 1977.

Bibliografía

- Julien, Philippe: “Lacan y la psicosis”, en *Littoral* 7/8, op.cit.
- Károthy, Rolando y otros: “De la *suppositio* al sujeto-supuesto-saber”, trabajo presentado en las Jornadas sobre “La Transferencia” organizadas por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, el 11 de Noviembre de 1982. Posteriormente publicado en *Suplemento de las Notas*, Nº 3, «La Transferencia», E.F.B.A., 1984.
- Kreszes, David: “Algunas consideraciones sobre la "Verwerfung"”, publicado en la revista *Redes de la Letra*, Nº 3, Junio de 1994.
- Lacan, Jacques: *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Siglo XXI editores, México, 1985.
- Lacan, Jacques: *La familia*, Argonauta, Buenos Aires, 1989.
- Lacan, Jacques: “El estadio del espejo como formador de la función del yo [*je*] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949), en *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A., Buenos Aires, 2002.
- Lacan, Jacques: “La agresividad en psicoanálisis”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: “Acerca de la causalidad psíquica”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: “Intervención sobre la transferencia”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis", en *Escritos I2*, Siglo XXI editores, Argentina, 1987.
- Lacan, Jacques: “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: “La significación del falo”, en *Ibíd.*
- Lacan, Jacques: “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconciente freudiano”, en *Ibíd.*

Bibliografía

- Lacan, Jacques: “Presentación de la traducción francesa de las *Memorias* del presidente Schreber”, en *Intervenciones y textos II*, Manantial, Buenos Aires, 1988.

- Lacan, Jacques: “Homenaje a Marguerite Duras, del rapto de Lol V. Stein”, en *Ibíd.*

- Lacan, Jacques: “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1987.

- Lacan, Jacques: “La equivocación del sujeto supuesto saber”, en *Ibíd.*

- Lacan, Jacques: “Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967”. Traducción -para circulación interna de la E.F.B.A.- de Ricardo E. Rodríguez Ponte.

- Lacan, Jacques: “Apertura de la Sección Clínica”, texto de la charla con que Lacan inauguró la enseñanza en la Sección Clínica de Vincennes, el 5 de Enero de 1977, publicado en *Ornicar?*, nº 9, traducción en *Cuadernos de Psicoanálisis*, Nº 1, Ediciones Altazor, Buenos Aires, 1980.

- Lacan, Jacques: “Una psicosis lacaniana. Presentación de caso”. Texto establecido por Jacques –Alain Miller, *El Analiticón*, nº 1, Correo del Campo Freudiano en España / Editorial Paradiso, Barcelona, 1986.

- Lacan, Jacques: *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977.

- Lacan, Jacques: *Conférences et entretiens dans des universités nord-américaines*, en *Scilicet*, 6/7, Éditions du Seuil, Paris, 1976.

- Lacan, Jacques: *El seminario, Libro 3, Las Psicosis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1984.

- Lacan, Jacques: *El seminario, Libro 5, Las Formaciones del inconciente*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1999.

- Lacan, Jacques: *El Seminario, Libro 8: La Transferencia*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2003.

Bibliografía

- Lacan, Jacques: *El seminario, Libro 9, La identificación*, inédito, traducción de Ricardo Rodríguez Ponte, versión para circulación interna de la EFBA.

- Lacan, Jacques: *El Seminario, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1973.

- Lacan, Jacques: *Seminario 13, El objeto del psicoanálisis*, inédito, versión CD.

- Lacan, Jacques: *Seminario 15, El acto analítico*, inédito, versión CD.

- Lacan, Jacques: *El Seminario, Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1981.

- Lacan, Jacques: *El Seminario, Libro 20, Aun*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1981.

- Lacan, Jacques: *Seminario 21, Los no incautos yerran o los nombres del padre*, inédito, versión para circulación interna de la EFBA.

- Lacan, Jacques: *Seminario 22, R.S.I.*, inédito, versión crítica de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la EFBA.

- Lacan, Jacques: *Seminario 23, El síntoma*, inédito, versión crítica de Ricardo E. Rodríguez Ponte para circulación interna de la EFBA .

- Lacan, Jacques: *Seminario 24, L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre*, inédito, traducción de Susana Sherar y Ricardo Rodríguez Ponte, versión para circulación interna de la EFBA.

- Lacan, Jacques: *Joyce le symptôme I*, conferencia de apertura del 5^e *Simposio International James Joyce* (Sorbona, el 16 de Junio de 1975) en Jacques Aubert (direction): *Joyce avec Lacan*, Navarin Éditeur, Paris, 1987.

Bibliografía

- Lacan, Jacques: *De James Joyce como síntoma*, Conferencia pronunciada en el Centre Universitaire Méditerranéen de Niza (24 de enero de 1976), traducción de Ricardo Rodríguez Ponte.

- Lombardi, Gabriel: *La clínica del psicoanálisis 3, Las psicosis*, Atuel, Buenos Aires, 2001.

- Laurent, Eric: “Procedimientos de remiendo”, en *Revista Escansión*, Paidós, Buenos Aires, 1984.

- Maeso, Gerardo: *Lacan con Joyce*, Grama Ediciones, Buenos Aires, 2008.

- Merajver, Marta: “Finnegans wake o el último sueño de un escritor”, en *Jacques Lacan y los escritores*, op. cit.

- Miller, Jacques-Alain: *Introducción al método psicoanalítico*. Eolia-Paidós, Buenos Aires, 1997.

- Miller, Jacques-Alain: “¡Des-sentido (decencia) para la psicosis!”, en *Matemas I*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1987.

- Miller, Jacques-Alain: “Sobre la insignia”, resumen de Jorge Alemán del seminario de J.-A. Miller titulado *Ce que fait insigne*, 1986-87. Publicado en *Metáfora y Delirio*, n° 1 de la revista *Estudios Psicoanalíticos*, Eolia Dor, Madrid, 1993.

- Miller, Jacques-Alain: *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica*, Paidós, Buenos Aires, 2003.

- Miller, Jacques-Alain y otros: *La psicosis ordinaria*, Paidós, Buenos Aires, 2005.

- Miller, Jacques-Alain: *Los signos del goce*, Paidós, Barcelona, 1998.

Bibliografía

- Milot-arrighi, Odile: “3 + 1 y 2 + 2. Remarques sur la tresse borroméenne à quatre noeuds de tréfle présentée par Lacan”, publicado en *L'UNEBEVUE*, N° 7, Hivers 1995 / printemps 1996, E.P.E.L.
- Nasio, Juan David: “El sujeto-supuesto-saber”, en *La voz y la interpretación*, Ediciones Nueva visión.
- Nasio, Juan David: *Mi cuerpo y sus imágenes*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Paola, Daniel: *Erotomanía, paranoia y celos*, Homo Sapiens, Rosario, 1997.
- Pereña, Francisco: *Metáfora y delirio*, EOLIA, Dor Ediciones, España, 1993.
- Piglia, Ricardo: *El último lector*, Anagrama, Buenos Aires, 2005.
- Pommier, Gérard: *El amor al revés*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1997.
- Pommier, Gérard: *La transferencia en la psicosis*, Kliné, Argentina, 1997.
- Porge, Erik: *Los Nombres del Padre en Jacques Lacan. Puntuaciones y problemáticas*, Nueva visión, Buenos Aires, 1997.
- Porge, Erik: “Endosar su cuerpo”, en *Littoral* 7/8, op.cit.
- Porge, Erik: “La presentación de enfermos”, en *Ibíd.*
- Porge, Erik: “Presentar un cuadro de persecución”, en *Littoral* 15, op.cit.
- Porge, Erik: *Jacques Lacan, un psicoanalista. Recorrido de una enseñanza*, Síntesis, Madrid, 2000.
- Rabinovich, Diana: *La angustia y el deseo del Otro*, Manantial, Buenos Aires, 1993.
- Rabinovich, Diana: *Modos lógicos de la transferencia*, Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Rabinovicht, Solel: *Encerrados afuera, la preclusión, un concepto lacaniano*, Del Serbal, Barcelona, 2000.

Bibliografía

- Ramos, Patricia y Rodríguez Ponte, Ricardo: *Las dit-mensiones del síntoma*, seminario en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, con los auspicios de la Secretaría de Extensión Universitaria, 1992.
- Ricoeur, Paul: *Vivo hasta la muerte*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2008.
- Ringebach, Anne-Marie: “Avatares del cuerpo y de su envoltura”, en *Littoral*, n° 7/8, Editorial la torre abolida, Córdoba, 1989.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: *La Transferencia. Clínica y fundamentos*. Red de Seminarios de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1998. Publicado en fichas.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “El síntoma: sobre una lectura "de hecho" y una "de derecho"”, texto presentado en las Primeras Jornadas de Carteles de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, los días 24-26 de Noviembre de 1988, finalmente publicado en *Cuadernos Sigmund Freud*, n° 15, E.F.B.A., octubre de 1992;
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “Clínica de la suplencia generalizada”. Conferencia pronunciada en el Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero, La Plata, el 5 de Noviembre de 1994.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “Psicoanálisis y Psicosis: una cuestión ética”. Intervención en la mesa-debate sobre *Variantes de la cura-tipo*, inaugural del Coloquio de Verano del mismo nombre, convocado por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, los días 7, 8 y 9 de Enero de 1998.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: *El Seminario «El síntoma». Una introducción*. Seminario-taller en la Red de Seminarios de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1995. Publicado en fichas.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “Para volver a la pregunta sobre si Joyce estaba loco”, intervención en el ciclo “Lectura del Seminario *Le Sinthome*. Fábrica del texto”, Escuela Freudiana de Buenos Aires, Cartel Abierto del 26 de Noviembre de 1987.

Bibliografía

- Rodríguez Ponte, Ricardo: *Estabilización y suplencia en la clínica de las neurosis y las psicosis. Hacia una clínica de la suplencia generalizada*. Intervenciones en el “Curso de Actualización Clínica psicoanalítica – Problemáticas”, Curso Anual Año 1996 de la Escuela de Post-Grado de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, los días 17 y 18 de Mayo de 1996.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: *La Transferencia. Clínica y fundamentos*. Red de Seminarios de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1998. Publicado en fichas.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “Síntoma, *sinthome* y goce”, intervención en la Mesa Redonda del mismo título, Actividad Preparatoria de las Jornadas Aniversario “20 años de Escuela: 1974-1994: en la práctica del Psicoanálisis”. Escuela Freudiana de Buenos Aires, el 3 de Agosto de 1994.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “El Caso Schreber”, intervención en el seminario sobre «Psicosis», propuesto por la Escuela Freudiana de Buenos Aires, en el Servicio de Salud Mental del Policlínico Aráoz Alfaro, el 14 de Noviembre de 1987.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “El "ser tomado por...": Transferencia y Psicosis”, intervención en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, el 4 de Junio de 1996.
- Rodríguez Ponte, Ricardo: “¿Qué hacemos cuando analizamos... las psicosis?”, intervención en el seminario *¿Qué hacemos cuando analizamos?*, Escuela Freudiana de Buenos Aires, el 20 de Noviembre de 1997.
- Rosenfeld, Herbert: *Estados psicóticos*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1974.
- Saramago, José: *Todos los nombres*, Punto de Lectura, Argentina, 1997.
- Schreber, Daniel Paul: *Memorias de un enfermo nervioso*, Libros Perfil, Buenos Aires, 1999.
- Soler, Colette: *Estudios sobre las psicosis*, Manantial, Buenos Aires, 1991.
- Soler, Colette: *Lacan y El Banquete*, Manantial, Buenos Aires, 1992.

Bibliografía

- Tausk, Victor: “De la génesis del aparato de influencia durante la esquizofrenia”, *Obras psicoanalíticas*, Editorial Morel.

- Tendlarz, Silvia: *Aimée con Lacan. Acerca de la paranoia de autopunición*, Editorial Lugar, Buenos Aires, 1999.

- Tendlarz, Silvia: *Psicosis. Lo clásico y lo nuevo*, Grama Ediciones, Buenos Aires, 2009.

- Trobas, Guy: “Du symptôme imposé au choix du symptôme”, en *La Cause freudienne. Revue de psychanalyse*, n° 38, Février 1998.

- Van Gogh, Vincent: *Cartas a Theo*, Altamira, Buenos Aires, 2000.

- Vegh, Isidoro: *Disc-Joyce*, Seminario dictado en la EFBA, 2004.

- Vegh, Isidoro: *Las letras de un análisis. ¿Qué lee un psicoanalista?*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

- Vegh, Isidoro: *Las intervenciones del analista*, Agalma, Buenos Aires, 1997.

- Vegh, Isidoro: *Una cita con las psicosis*, Homo-Sapiens, Buenos Aires, 1993.

- Yankelevich, Héctor: *Ensayos sobre autismo y psicosis*, Ediciones Kliné, Buenos Aires, 1998.

- Yankelevich, Héctor: “Le ravissement de Lol V. Stein”, en *Jacques Lacan y los escritores*, op.cit.

- Zimmerman, Daniel: *Contornos de lo real. La verdad como estructura de ficción*, Letra Viva, Buenos Aires, 2000.